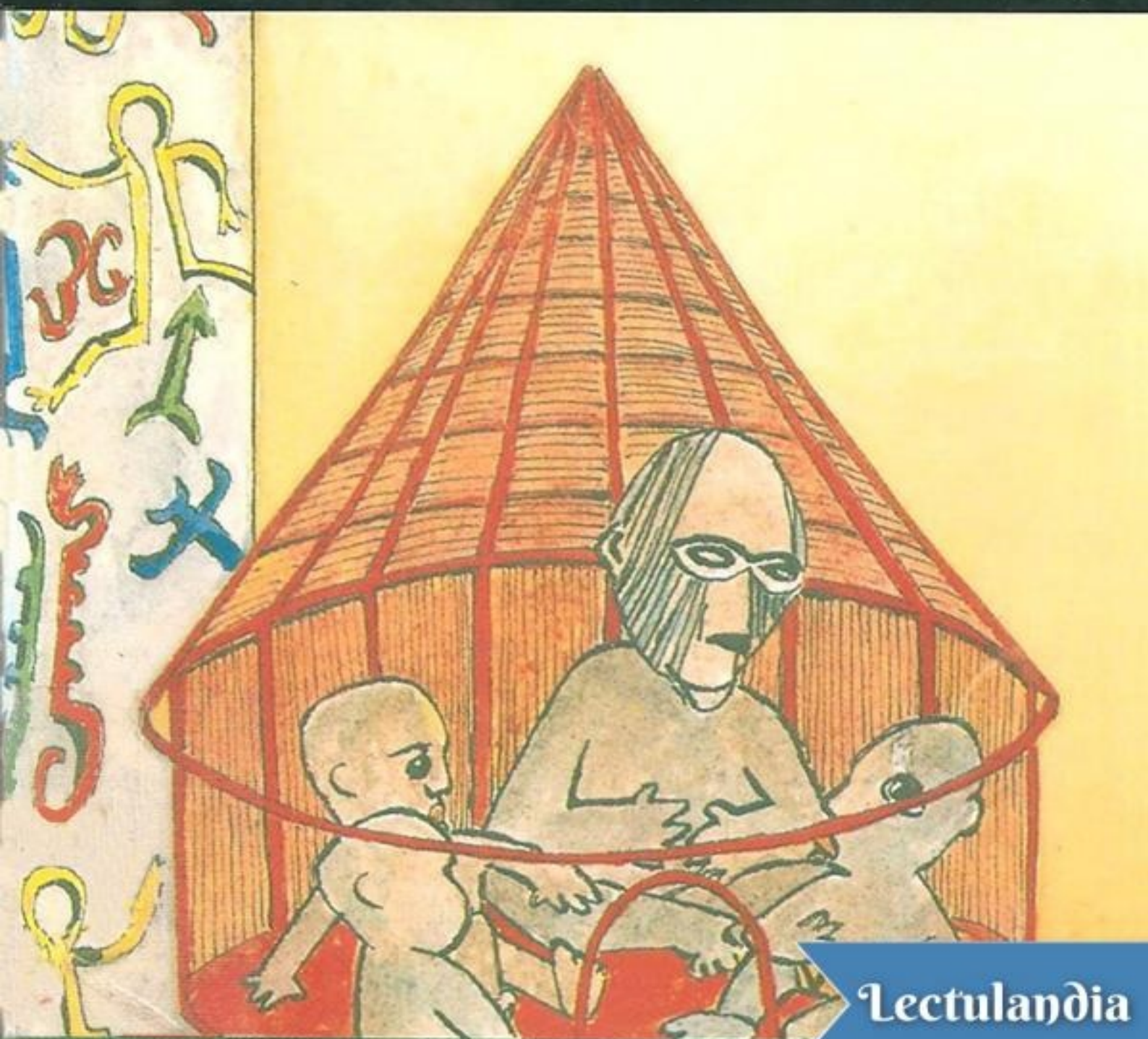


Leyendas y cuentos populares



El círculo de la choza

Cuentos populares africanos



Lectulandia

Entre los débiles muros de las cabañas, durante horas y horas, Goso había transmitido a los niños, a través de la palabra, las maravillas históricas nacidas en la época en que el Espíritu de la Tierra vivía entre los hombres.

La leyenda era de todos, pero nadie sabía decirla como la voz de Goso. Con él desapareció la memoria. Los animales ya no hablaban con las palabras de los hombres, ningún muchacho volvería a nacer del huevo del avestruz, ni los pájaros darían leche, ni habría árboles benefactores.

Por eso lloraban los niños, porque, de pronto, habían perdido la leyenda y la inocencia, esparcidas una vez por Goso, al anochecer, en torno a la magia, en «El círculo de la choza».

Anónimo

El círculo de la choza

Cuentos y leyendas populares - 06

ePub r1.0

Titivillus 18.11.2022

Anónimo, 2005

Traducción: Elena del Amo

Ilustraciones: Pedro González Domínguez

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Leyendas y cuentos populares



EL CÍRCULO DE LA CHOZA

Cuentos populares africanos

ilustraciones de
Pedro González Domínguez

INTRODUCCIÓN

Cuando murió Goso, el narrador de la aldea, los niños le lloraron largamente, dice el cuento. Bajo los árboles, sobre la hierba de las praderas, junto a los ríos y los lagos, entre los débiles muros de las cabañas, durante las horas y las horas. Él dejaba sus palabras y él apacentaba para todos sus palabras, pastor de otros rebaños. Sin él las noches hubieran sido del abandono, los días discurrido sordamente.

Sabía historias maravillosas, que todos, y muy especialmente los niños, escuchaban bajo los árboles: bajo los cocoteros, donde el tiempo perdía la apariencia del tiempo. Eran historias que nadie contaba, o que nadie contaba como él, y que venían de un rumor lejano: hijas de la memoria —como la Musa—, habían sucedido una vez en un ayer mítico, imposible de medir con nuestras nociones de la medida, cuando el Espíritu de la Tierra convivía con nosotros.

Ni oro ni plata tenía el narrador, sino sólo su nada, porque sólo a través de alguna forma de la nada es posible la maravilla. Así pues, él conducía las palabras a través de silencios que, a causa de él, volvían de su olvido.

Sabía el cuento de los primeros hombres, y que habían nacido, por gracia del Espíritu de la Tierra, de las nueces arrojadas al agua del lago; sabía los cuentos de los animales, que podían hablar, pues se les había dado la inteligencia, aunque a unos más que a otros, y conocía las astucias de la liebre, la tortuga, el chacal y el zorro; sabía los cuentos de la magia: el de la muchacha que nació de un árbol llamado irangiri, el del pájaro que daba leche y el de la tribu que tenía una sola pierna, un solo brazo, un solo ojo y una sola oreja, el de la bella Maii, cuyo nombre, susurrado tres veces, producía un hechizo benefactor. Sabía, finalmente, el cuento —que los niños le hacían repetir a menudo— de Gassir, el héroe, cuyo laúd sólo sonaría al contacto de las lágrimas del sufrimiento y, entonces, sonaría eternamente.

Gassir, es verdad, era un héroe y, como tal, había vencido a todos sus enemigos. (Parece ser que esa ha sido siempre la condición del héroe: vencer a los enemigos y devastar sus pueblos). Por eso, dice el cuento, Gassir pensaba que su fama sería eterna. No pensaba, sin embargo, que, como dicen

los sabios: “no podemos convivir creyendo que los demás son enemigos, porque necesitamos conservarnos, mantener la conciencia de nosotros mismos, de nuestro ser, que no puede ser otro que con los demás”. Ni seguramente pensaba —hasta oírsele al canto de la perdiz— en su calidad de pasajero, de sombra o sueño de una sombra, muy especialmente si se es sembrador de la muerte.

Pero, acaso el canto de la perdiz era el propio canto de Gassir, que lo tenía olvidado, pues el canto —la palabra— es el olvido, lo mejor de nosotros. Lo que nos sobrevivirá, cuando todas las cosas se hayan desvanecido.

Lo que tiene de luz original la canción —es decir, el verbo y su melodía —, de retorno eterno a la verdad del ser, han sabido medirlo los poetas y, uno de ellos, Maiakowski, expresarlo así:

Construir una locomotora no basta

.....

Si el canto no suena en la estación,
¿de qué sirve la corriente alterna?

A esta pregunta del poeta ruso, responde el deseo del poeta de Monguer (el subjuntivo es el modo del deseo, que es tanto como decir de la ausencia o de la nostalgia):

Que mi palabra sea
la cosa misma.

Cuando Goso contaba sus historias a los niños, los niños se sentían muy dichosos, pues las palabras nos dejan en los lugares de nuestro amor: “Únicamente donde haya Palabra habrá Mundo”, dice Heidegger, y también “El Ser del hombre se funda en la Palabra”.

Recordamos los cuentos, las leyendas que se contaban junto al hogar (el Marqués de Santillana escribió unos Refranes que dicen las viejas tras el fuego). Habían concluido los afanes del día, el día y su cuidado; se había recogido el cuidado y era el tiempo de la canción. Los cuentos, las leyendas, acudían cada noche tras el fuego, a la llamada de la penumbra que el fuego deja.

Pero también los hallábamos en la espera de los atardeceres, cuando el crepúsculo concede al día su último esplendor, o en cualquier remanso del

discurso del tiempo. Cada lugar de la naturaleza, cada lugar del espíritu. Y cada hombre era su leyenda; nosotros que la escuchábamos y el narrador que la decía; pueblo, pueblo o amor.

Un filósofo español, Juan David García Bacca, y un poeta alemán cada vez más amado por los devotos de las Musas, Hölderlin, han dicho sobre estas cosas algo muy bello que es bueno recordar:

Según García Bacca: “Un pueblo es una colectividad de hombres que han conseguido poblar todo, hasta la tierra —sus ríos, montañas, cuevas, bosques, picos, árboles...—, de leyendas, historias, mitos, apariciones, fantasmas, poemas, música, religión...”.

Y, por su parte, Hölderlin, para quien “por la poesía y poéticamente... es como el hombre ha vuelto habitable la tierra”, nos ha dado este otro pensamiento: “Porque es piadosa, amo yo la voz la voz del Pueblo, piadosa y tranquila: ¡por los dioses y por los hombres!, que no calle demasiado”.

(Aunque a nosotros nos complace pensar también en otras formas de producirse la poesía, en la parte pasiva de la acción de los hombres, en la parte activa que pone la tierra, pues no en vano nuestras palabras son de ella, de su origen remoto; o de ella y del cielo: de la Palabra Primera).

Que no calle demasiado la voz del Pueblo, la voz de Goso. Por eso, cuando Goso murió, los niños le lloraron largamente, dice el cuento. Y, ¿por qué el llanto de los niños? Los niños lloraron largamente porque, de pronto, habían perdido la leyenda.

La leyenda era de todos, es verdad, pero nadie sabía decirla como la voz del narrador. Como los pájaros de la tarde había sido la leyenda, como los pájaros fugaces de la tarde. Se les habían ido los ríos, los bosques, las montañas, y todos los paisajes del corazón, todos los anchos paisajes por donde el corazón podía dejarse devorar sin lamento. Ahora el Espíritu de la Tierra no volvería ya a convivir con nosotros, y no hablarían los animales con nuestras mismas palabras, ningún muchacho nacería del huevo de un avestruz, ni del árbol que llamaban irangiri, el nombre de Maii no tendría su antigua virtud, porque tampoco sería ya pronunciado, y el laúd de Gassir no sonaría con las lágrimas del sufrimiento de los niños.

Ellos penetraban ahora en la amargura sin límites del abandono. Y amargamente lloraron la leyenda, la inocencia perdida.

** * **

Los niños enloquecieron, dice también el cuento, y —lo que no debieran— acordaron matar a la gacela, involuntaria autora de la muerte de Goso, el narrador. Enloquecieron los niños y su locura fue la perdición de la gacela, aquella otra inocencia.

No la olvidarán nuestros ojos.

Después, cuántos gestos violentos —hasta la violencia última— han debido soportar los sujetos desvalidos o airados de estas narraciones. Cuánto ser abatido bajo el mal, bajo la historia constante. Contad, dice el cuento, los pájaros del cielo, las mariposas que revolotean entre las flores, los peces del río, o los pigmeos del país Khun, donde habitan el sol y la abundancia.

Suficiente dolor para el laúd de Gassir, el héroe, que en algún lugar olvidado cantará, para siempre, el dulce canto de la desdicha y de la purificación.

FIDEL DE MIER

Las líneas de la mano

HACE mucho, muchísimo tiempo, una anciana se retiró sola a un lugar apartado, lejos de su aldea. Allí vivía con sus nietos, huérfanos, pues sus padres habían muerto. Ella les cuidaba muy bien y procuraba que nada les faltara.

Por las mañanas, se iba a trabajar al campo y no regresaba hasta la noche. Cuando salía les dejaba la comida preparada. Sólo guardaba para ella una parte muy pequeña, que apartaba para comerla por la noche cuando volvía.

Los días pasaban y la anciana vivía dichosa con los niños, que estaban sanos y fuertes. Las lunas se sucedían una tras otra en absoluta calma y transcurrían los años velozmente, sin que nada pudiera evitarlo.

La anciana veía crecer a sus nietos y se animaba pensando que pronto podrían ayudarla en los pesados trabajos del campo.

Pero una noche, al volver a la casa después de una dura jornada, la anciana sólo encontró la mitad de su parte de comida, que había dejado por la mañana en una pequeña escudilla. Como siempre, la había colocado en el estante más alto de la cocina.

Se quedó muy sorprendida, pues nunca hasta entonces le había ocurrido nada parecido, pero pensó que los ratones y las ratas habían descubierto su escondite y que, a partir de entonces, bastaría con buscar otro sitio donde dejar la escudilla. Así que se comió la porción que había quedado y se fue tranquilamente a la cama.

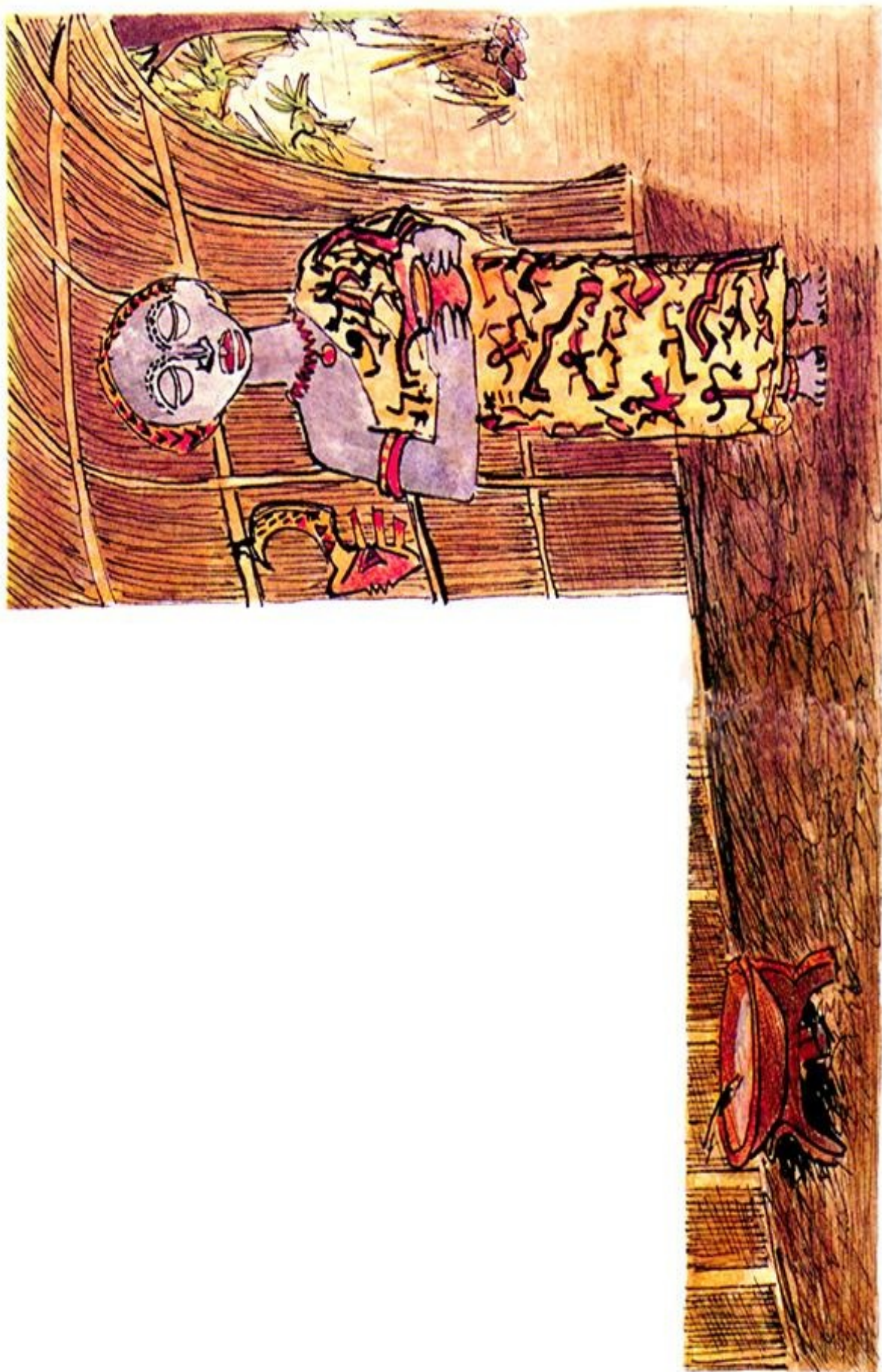
A la mañana siguiente, después de preparar la comida de sus nietos, reservó su parte, dejó la escudilla en otro estante y se fue.

Cuando volvió por la noche, descubrió llena de asombro que la ración había disminuido aún más y que solamente quedaban dos bocados en el fondo de la escudilla.

—¡Qué extraño! —exclamó la anciana—. ¿Qué puede haber ocurrido?

Los días siguientes, la parte que separaba de la comida de los niños para alimentarse ella siguió disminuyendo, a pesar de que la anciana, todas las mañanas, cambiaba la escudilla de sitio.

Entonces decidió ponerle una tapa a la escudilla, aunque de nada sirvió: los robos continuaban. Más tarde decidió colocar una enorme piedra sobre la tapa, pero la anciana descubrió, muy preocupada, que el misterioso ladrón quitaba la piedra antes de comerse la mayor parte del contenido de la escudilla.



Al día siguiente, cubrió la escudilla con un caldero puesto boca abajo. Luego colocó un pesado recipiente de barro para esconder el caldero que escondía la tapa que escondía la comida.

«Esta vez el ladrón no lo conseguirá», pensó.

Pero cuál no sería su sorpresa cuando, al volver por la noche y dirigirse al escondite, descubrió que sus esfuerzos habían sido en vano.

Ideó muchos sistemas, pero ninguno dio resultado y cada día que pasaba encontraba una porción menor de alimento en su escudilla. La porción llegó a ser tan diminuta que apenas se veía.

Por fin, una noche, cosa que esperaba que sucediera de un momento a otro, encontró la escudilla vacía, completamente vacía y limpia bajo la tapa, bajo el caldero, bajo todos los recipientes pesados que había ido acumulando, día tras día, para que no le robaran su alimento.

Aquella noche se fue a la cama sin cenar, pero absolutamente decidida, esta vez, a descubrir al culpable, fuera como fuera.

A la mañana siguiente se levantó temprano, esperó a que sus nietos se despertaran, les reunió a todos y, bruscamente, sin preámbulo alguno, les hizo una pregunta, una sola pregunta:

—¿Cuál de vosotros se ha acostumbrado a comerse la porción de comida que me corresponde a mí?

Los niños se quedaron muy sorprendidos. Nunca habían visto a su abuela tan seria. Se miraron entre sí y exclamaron todos a la vez:

—¡Yo no he sido!

Entonces la anciana les dijo:

—Robar no está bien y tampoco está bien mentir. Si el culpable confiesa franca y humildemente, no le castigaré y nunca más volveremos a hablar de este asunto.

Se hizo un silencio total. Los niños fijaron los ojos en su abuela y nada dijeron. Entonces la anciana les preguntó uno por uno:

—¿Acaso has sido tú?

—¡No, abuela!

—Entonces, ¿has sido tú?

—¡Yo tampoco he sido!

—¿Quizá has sido tú?

—¡No, no, no he sido yo!

Ninguno quiso reconocer que se comía a escondidas la ración de su abuela.

La anciana, que hasta ese momento había conservado la calma, pues era una mujer muy paciente, empezó a enfadarse.

Los niños vieron cómo iba poniéndose furiosa por momentos. Por fin, exclamó:

—Nadie confiesa su culpa y esta situación no puede continuar así.

Los niños siguieron guardando silencio, sin dejar de mirar, atónitos, a su abuela, que añadió:

—¡Utilizaré otro medio! ¡El genio de la laguna sabrá descubrir al culpable y decirme quién es!

Entonces llevó a todos sus nietos a la orilla de la laguna, a un lugar donde el agua apenas llegaba a las orillas.

La superficie del agua estaba lisa y en calma; no se veía ninguna ola.

Los niños estaban un poco asustados. Nunca habían visto a su abuela tan enérgica y la inmensidad de la laguna les impresionaba enormemente.

Ante un gesto de la anciana, el primer niño avanzó hacia el agua, se metió y empezó a cantar:

*Si he sido yo, realmente yo,
quien ha robado el alimento,
¡entonces, agua, tómame!,
¡entonces, agua, mátame!*

Su voz no temblaba y el agua permaneció inmóvil, lisa y en calma.

El segundo niño avanzó a su vez, cantando, con voz firme y clara, la misma canción:

*Si he sido yo, realmente yo,
quien ha robado el alimento,
¡entonces, agua, tómame!,
¡entonces, agua, mátame!*

Y nada ocurrió.

Otro niño entró en el agua y luego otro: la superficie seguía estando lisa y en calma como un espejo.

Los niños se fueron tranquilizando poco a poco. El agua permanecía inmóvil y no parecía que el genio de la laguna fuera a hacer su aparición. Su canción, al entrar en el agua, era cada vez más alegre y despreocupada.

Por fin le tocó el turno al último nieto. Avanzó hacia el agua, se metió y empezó a cantar la misma canción que sus hermanos. Pero las piernas le temblaban, le castañeteaban los dientes y su voz era como un susurro:

Si he sido yo, realmente yo...

Y el agua empezó a agitarse, a crecer y a llenarse de pequeñas olas.

En un instante el niño sintió que el agua le llegaba a los muslos. Continuó, temeroso, su canción:

Quien ha robado el alimento...

Y el agua, que había dejado de estar en calma y parecía hervir, le llegaba ahora, súbitamente, al ombligo.

El niño miró a su abuela y en sus ojos había una especie de súplica, pero la anciana desvió la mirada y la dirigió al infinito. Se había propuesto ser inflexible y llegar hasta el final en la búsqueda del culpable.

Entonces el niño no tuvo más remedio que continuar la canción:

... ¡Entonces, agua, tóname!

Inmediatamente, toda la laguna se cubrió de olas blancas, de ondulaciones, de líneas zigzagueantes. El niño, atemorizado, dejó bruscamente de cantar, pero era demasiado tarde.



Se hundía cada vez más ante sus hermanos, que estaban tan aterrorizados que permanecían en la orilla sin moverse, incapaces de hacer un solo movimiento.

La abuela, en ese momento, lamentó amargamente haberse puesto tan furiosa. Miró a los niños, que estaban fuera del agua y que contemplaban con los ojos desmesuradamente abiertos cómo su hermano se iba hundiéndose cada vez más, sintió lástima y, rápidamente, se precipitó a la laguna.

Intentó arrancar del lodo a su nieto, que parecía ser aspirado por el fondo, como si una fuerza sobrenatural tirara de él. Pero el niño se hundía tan deprisa que sólo consiguió cogerle por el pelo. Los cabellos ya estaban mojados y resbalaron, dejando en la palma de la mano de la abuela unas huellas muy finas, como líneas rectas y curvas.

Y desde entonces tenemos las palmas de las manos llenas de líneas y rayas. Sin aquel niño y su mentira, seguiríamos teniendo la palma de la mano perfectamente lisa, como nuestros antepasados.

El castigo del jefe

HABÍA una vez un joven que decidió ir a recorrer mundo. Entró al servicio de un comerciante de tejidos, y al cabo de un año había ganado tanto dinero, que era un hombre rico. El comerciante tenía una hija muy bella y el joven decidió tomarla por esposa.

—Puedes casarte con ella —dijo el comerciante—. Sé que eres rico y que tienes dinero suficiente para pagármela.

El joven se puso contentísimo, aunque el comerciante exigía mucho dinero, en realidad todo el dinero que poseía. Pero la muchacha era tan hermosa, que pagó la suma pedida y se fue con ella a su aldea natal.

Al jefe de la aldea le gustó mucho y decidió apropiársela.

Entonces llamó al joven y le dijo:

—Mientras te fuiste a ganar dinero, los demás tuvieron que hacer tu trabajo, y ahora debes recuperar el tiempo perdido. Antes de que acabe el día, tienes que talar los árboles de este bosque, quemarlos y hacer el suelo fértil con las cenizas. Si no lo haces, ¡la muerte te espera!

El joven volvió triste y abatido y contó a su mujer la dura tarea que el jefe le había encargado.

—¡No podría hacerlo ni en una semana! —exclamó.

Pero su esposa era tan inteligente como bella.

—Es fácil —dijo—. Coge una gran cantidad de termitas, pon unas cuantas al pie de cada árbol y ya verás.

Siguió su consejo y, antes de que el día hubiera terminado, las termitas se habían comido el bosque entero. Entonces el joven hizo un gran fuego, y el jefe no pudo sino preguntarse cómo había podido terminar en tan poco tiempo.

Unos días más tarde, el jefe convocó de nuevo al joven y le dijo:

—He escrito una carta a nuestros antepasados que están en el infierno: «¡Mis saludos, venerables antepasados que estáis en el infierno! ¿Cómo os encontráis? Nosotros, muy bien. Saludos a todos». Tú se la llevarás.

—¡Pero no conozco el camino!

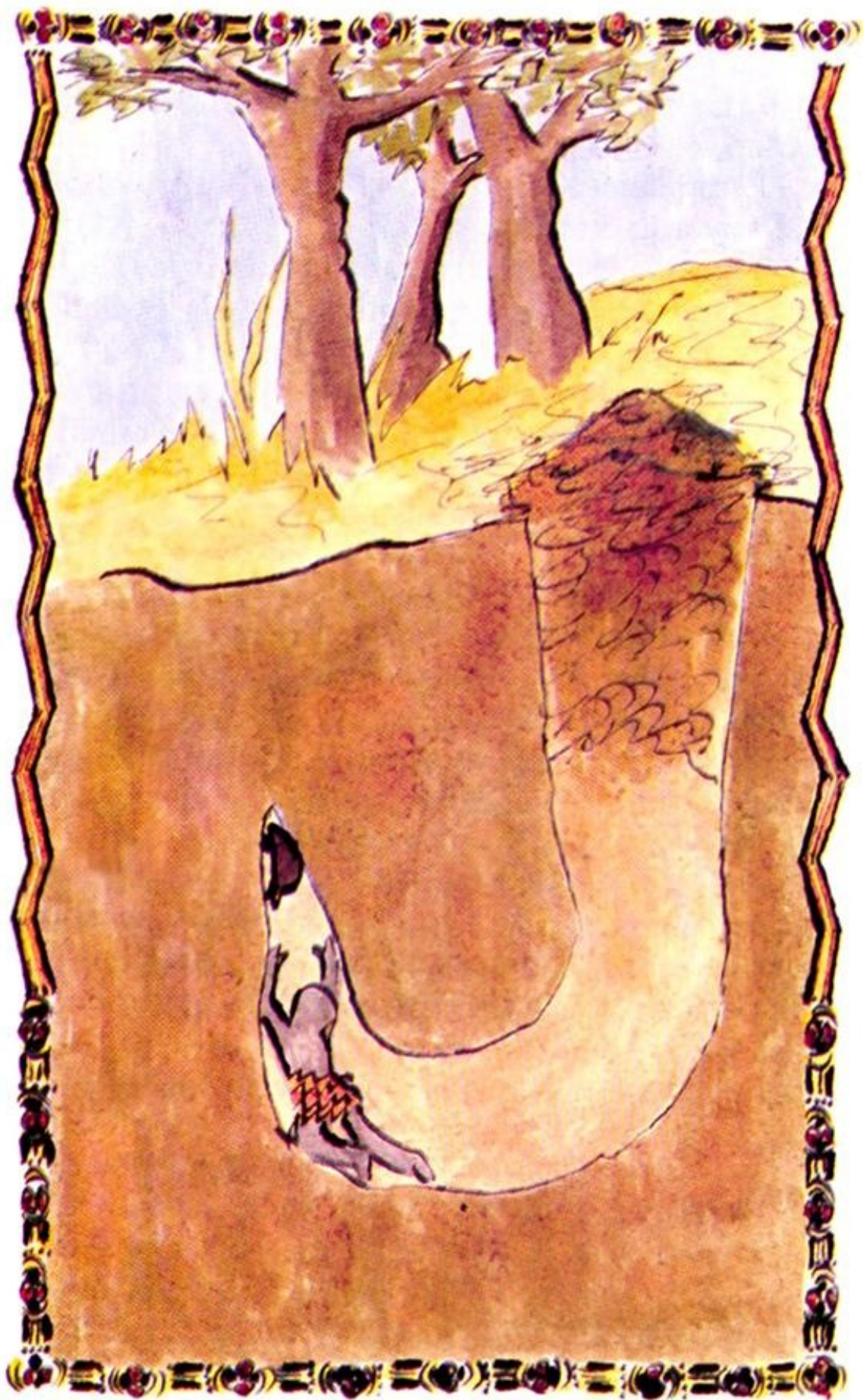
—Vamos a cavar un gran agujero y a meterte dentro. Luego lo llenaremos y encontrarás el camino, de un modo u otro.

El joven volvió a su casa todavía más triste que antes y dijo a su mujer la difícil misión que el jefe le había encomendado.

—Me ahogaré bajo tierra —gritó.

—Es fácil de remediar —dijo su esposa—. Lleva un topo contigo. Excavará un camino hacia el exterior y sólo tendrás que seguirlo.

Entonces el joven cogió un topo en el campo y se lo metió en el bolsillo y éste excavó rápidamente un camino hacia el exterior. El hombre le siguió y pronto estuvo al aire libre. Se escondió entre la maleza hasta que todos hubieron vuelto a la aldea y regresó a su casa.



—¿Has visto qué consejo tan bueno te di? —dijo su esposa.

—Estupendo —respondió el joven—. Pero ahora, ¿qué voy a hacer?

—Vamos a escribir una carta con la firma de los antepasados que están en el infierno y se la llevarás al jefe.

Y la joven esposa se sentó y escribió en un trozo de papel: «¡Saludos, oh, jefe! Nosotros, que estamos en el infierno, te enviamos millones de saludos. Nos encontramos muy bien y seríamos dichosos si vinieras a visitarnos».

Al día siguiente el hombre llevó la carta al jefe:

—Ya estoy de vuelta —dijo—, y te traigo esta carta de parte de nuestros antepasados.

El jefe le escuchó sorprendido y, al leer el mensaje, frunció el ceño. No tenía ninguna gana de ir al infierno, pero no le quedaba más remedio que obedecer.

Los habitantes de la aldea le hicieron bajar al agujero, lo cubrieron con tierra y esperaron para ver lo que iba a pasar. Esperaron una semana, un mes, pero no volvió a haber noticia alguna del jefe.

—Probablemente ha debido de quedarse allí —decidieron al fin, y convirtieron al hombre que tenía una bella esposa en su nuevo jefe.

Kumongé, el árbol mágico

HABÍA una vez en una aldea un matrimonio.

El hombre se llamaba Rachbakoané, y su esposa, Machbakoané.

Tenían un hijo llamado Chabakoané y una hija llamada Takané.

Todos los días los padres iban a trabajar al campo, Chabakoané llevaba el rebaño a pastar y Takané hacía las labores de la casa. Y todos los días, antes de salir, la madre y el padre decían a sus hijos:

—No bebáis el jugo del árbol mágico Kumongé que está detrás de la casa. Sólo nosotros, los padres, podemos beberlo.

Un día que Rachbakoané y su esposa se habían ido al campo, Chabakoané se dirigió a su hermana y dijo:

—Takané, dame de beber del jugo del árbol Kumongé.

—¿No sabes que sólo tus padres tienen derecho a beberlo? —contestó la hermana.

—Bueno —dijo el hermano—, si es así, no llevaré a pastar el rebaño...

Takané se quedó desconcertada al oír esas palabras y, tomando el hacha, se dirigió al árbol y le hizo un corte. Recogió el poco jugo que brotó en una taza de metal y se la dio a su hermano. Pero éste no bebió ni una gota, pues aseguró que era demasiado poco para calmar la sed. Takané cogió entonces el hacha e hizo un corte más profundo en el árbol, de modo que el jugo empezó a salir a chorros.

Llenó todas las tazas, vasijas y cazuelas que pudo encontrar, pero el jugo siguió brotando hasta convertirse en un ancho arroyo que bajó por la colina y llegó al campo donde los padres estaban trabajando. Rachbakoané adivinó en seguida lo que había pasado. Entonces los esposos soltaron las azadas y se pusieron precipitadamente a beber el jugo. Bebieron, bebieron y bebieron hasta casi reventar. Por fin, el jugo dejó de manar.

Por la noche, cuando volvieron a casa, el padre preguntó:

—¿Quién ha hecho que salga todo el jugo del árbol Kumongé?

—Yo —respondió Takané:

A Chabakoané le di

*el jugo de Kumongé...
Él, que lleva el rebaño a pacer... ¡Kumongé!
Si no, no quería llevarlo
a pastar...
¡Por eso le di
el jugo de Kumongé!*

El padre no dijo una palabra, pero salió y mató dos corderos, que mandó asar. Cogió sus pieles, las cubrió con la grasa de los corderos y las tiñó de ocre rojo. Luego llamó al herrero y le mandó hacer una barra de hierro para el cuello de Takané, dos para sus hombros y dos para sus muñecas. Luego vistió a su hija con las pieles de cordero y dijo a su gente:

—Tengo que deshacerme de Takané.

Estupefactos, gritaron a coro:

—¡Qué insensatez! ¡Takané es tu hija!

—Tengo que deshacerme de Takané —insistió Rachbakoané— porque ha bebido el jugo de Kumongé.

Cogió a Takané de la mano y se dirigió a la aldea vecina, donde vivían los caníbales, con la intención de dejársela para que se la comieran. Todavía no habían caminado mucho cuando encontraron unas liebres.

—¿Adónde llevas a esa graciosa muchacha, Rachbakoané? —preguntaron.

—¿Por qué no se lo preguntáis a ella? —contestó el padre.

Entonces la muchacha cantó esta canción:

*A Chabakoané le di
el jugo de Kumongé...
Él, que lleva el rebaño a pacer... ¡Kumongé!
Si no, no quería llevarlo
a pastar...
¡Por eso le di
el jugo de Kumongé!
Mi padre se enfadó...
Me lleva para que me coman
los caníbales... ¡Kumongé!
¡La desgracia ha caído sobre mí! ¡Kumongé!*

—¡Los caníbales pueden devorarte, oh, cruel Rachbakoané! —exclamaron las liebres alejándose.

Poco después, el padre y la hija encontraron una manada de antílopes que hicieron la misma pregunta:

—¿Adónde llevas a esa graciosa muchacha, Rachbakoané?

—Ella os lo dirá, puede hablar —masculló el padre.

Y la joven cantó la siguiente canción:

*A Chabakoané le di
el jugo de Kumongé...
Él, que lleva el rebaño a pacer... ¡Kumongé!
Si no, no quería llevarlo
a pastar...
¡Por eso le di
el jugo de Kumongé!
Mi padre se enfadó...
Me lleva para que me coman
los caníbales... ¡Kumongé!
¡La desgracia ha caído sobre mí! ¡Kumongé!*

—¡Los caníbales pueden devorarte, oh, cruel Rachbakoané! —gritaron los antílopes, furiosos, y desaparecieron entre los árboles.



Algo más allá el padre y la hija encontraron unas gacelas.
—¿Adónde llevas a esa graciosa muchacha? —preguntaron.
—¡Ella misma os lo dirá! —replicó el padre.
Entonces Takané volvió a cantar su canción:

*A Chabakoané le di
el jugo de Kumongé...
Él, que lleva el rebaño a pacer... ¡Kumongé!
Si no, no quería llevarlo
a pastar...
¡Por eso le di
el jugo de Kumongé!
Mi padre se enfadó...
Me lleva para que me coman
los caníbales... ¡Kumongé!
¡La desgracia ha caído sobre mí! ¡Kumongé!*

—¡Los caníbales pueden devorarte, oh, cruel Rachbakoané! —gritaron las gacelas, y desaparecieron.

Por fin, Rachbakoané y su hija llegaron a la aldea caníbal. Pasaron por la casa de Masilo, el hijo del jefe. La entrada estaba llena de gente que les pidió que se reunieran con ellos. Así lo hicieron. Takané se sentó sobre una piel curtida de buey, y Rachbakoané, en el suelo.

—¿Adónde llevas a esta graciosa muchacha? —preguntaron.
—Dejad que ella misma os lo diga —respondió Rachbakoané.
Y Takané volvió a cantar su canción, pero por última vez:

*A Chabakoané le di
el jugo de Kumongé...
Él, que lleva el rebaño a pacer... ¡Kumongé!
Si no, no quería llevarlo
a pastar...
¡Por eso le di
el jugo de Kumongé!
Mi padre se enfadó...
Me lleva para que me coman
los caníbales... ¡Kumongé!
¡La desgracia ha caído sobre mí! ¡Kumongé!*

—No tengas miedo —dijo Masilo cuando hubo terminado—. En nuestra aldea nadie come carne humana, salvo mi padre, el jefe. Él es el único caníbal. Que tu padre vaya a su encuentro para presentarle sus respetos y ya verás cómo nada te ocurre.

Dicho esto, Rachbakoané fue al encuentro del jefe para presentarle sus respetos. El jefe ni siquiera esperó a que le dijera por qué había ido: le comió inmediatamente.

Masilo, el hijo del jefe, se enamoró de Takané, y a ella también le gustó mucho él.

No tardaron en casarse y vivieron muy felices juntos. Después de cierto tiempo Takané trajo al mundo una hija.

—¡Ay, hija mía! —lloró la madre de Masilo cuando fue a verla—. ¡Tu hija no te proporcionará alegría alguna!

—¿Por qué? —preguntó Takané alarmada.

—Es costumbre en nuestro pueblo que, cada vez que nace una niña, la madre la lleve a mi esposo, el caníbal, ¡y él se la come! —respondió la esposa del jefe.

—¡No, no le daré a mi hija! ¡Se la comería como se comió a mi padre! —gritó Takané, y huyó con su hija hacia el río.

Al llegar a un lugar donde el río estaba lleno de cañas, se sentó en la orilla y derramó amargas lágrimas. Mientras lloraba y se lamentaba de su suerte, una anciana salió de repente del agua, entre las cañas, y preguntó:

—¿Por qué lloras?

—Lloro porque tengo que ahogar a mi hija en el río —respondió Takané—. Si no, mi suegro, el jefe caníbal, se la comerá.

—Lo sé —dijo la anciana—. En tu aldea el jefe se come a las niñas recién nacidas. Pero no llores. Dame a tu hija y yo me ocuparé de ella. Todos los años, por esta época, ven aquí, al río, a verla. La llamaré Dilahloané, que significa: la que su padre rechazó.

Takané entregó el bebé a la anciana, volvió a la aldea y dijo que había ahogado a la niña en el río.

Pasó un año y Takané fue al lugar señalado por la anciana y cantó:

*¡Oh!, dame a mi hija Dilahloané,
la que su padre, Masilo, rechazó.*

Las cañas se abrieron y la anciana salió del río con la niña en brazos. Y Takané jugó con su hija toda la tarde.

Luego la anciana cogió a la niña y desapareció en las profundidades del río.

De este modo, cada año Takané fue al río para ver a su hija. Con el tiempo, la niña creció y se convirtió en una magnífica muchacha. El día en que alcanzó la edad adulta, Takané acudió a su visita anual y pasó toda la tarde con ella, sin sospechar que un hombre de la aldea, que había ido a cortar cañas, las vigilaba. En seguida corrió a contar a Masilo lo que había visto. En cuanto se enteró de la noticia, Masilo adivinó que Takané estaba con su hija, y, cuando su mujer volvió por la noche, le dijo:

—Mañana iré a ver a mi hija.

—¿Cómo puedes ver a tu hija si sabes que la ahogué en el río? —preguntó ella.

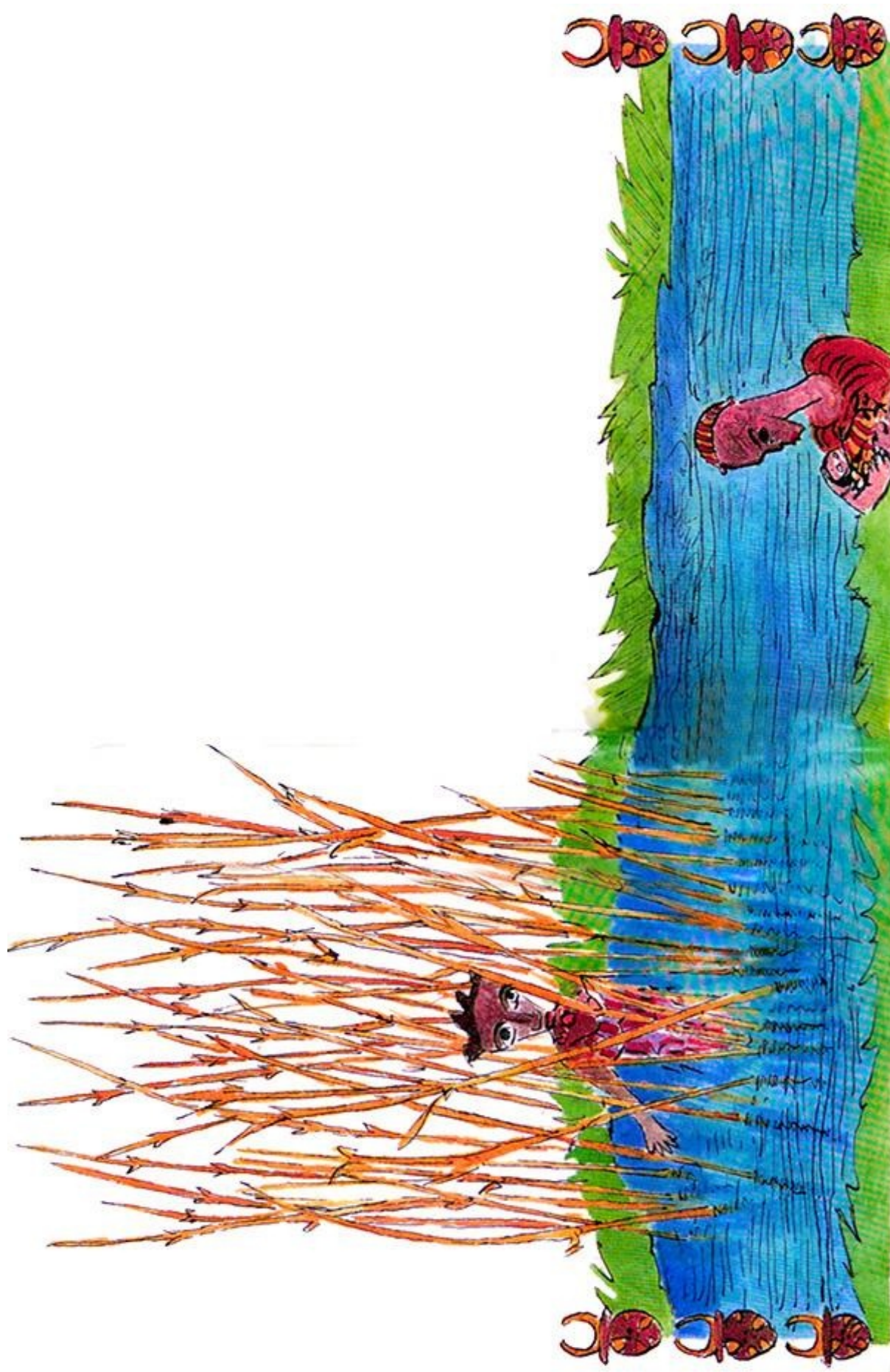
—Pero mi hija no se ahogó y ahora es una magnífica muchacha —respondió Masilo.

—No estoy al corriente —dijo Takané.

—¡Claro que lo estás! Pero tienes miedo de que se la lleve a mi padre y se la coma. Pase lo que pase, te prometo que no lo haré —dijo Masilo.

Al final, Takané le confesó que había dado a su hija a una anciana para que la criara en el río, y acordaron pedirle a su hija. Al día siguiente Takané fue al río y cantó:

*¡Oh!, dame a mi hija Dilahloané,
la que su padre, Masilo, rechazó.*



La anciana apareció sola y le dijo:

—¿Por qué has venido si ayer estuviste aquí? ¿Has olvidado que sólo puedes ver a tu hija una vez al año?

—No, no lo he olvidado —contestó Takané—, pero Masilo lo sabe todo y suplica que nos devuelvas a nuestra hija.

—Bien —dijo la anciana—, se la daré, pero sólo si me trae un rebaño de un millar de animales aquí, a la orilla del río.

Takané volvió a su casa y transmitió a su esposo el mensaje de la anciana.

—¡Le daré dos mil si quiere! —dijo Masilo—. De no haber sido por ella, nuestra hija estaría muerta.

Al día siguiente, envió mensajeros a todas las aldeas de los alrededores para conseguir ganado. Luego escogió las mejores vacas y los mejores toros y los condujo con Takané y muchas personas de la aldea a la orilla del río, al lugar que estaba lleno de cañas. Cuando hubieron llegado, Takané cantó:

*¡Oh!, dame a mi hija Dilahloané,
la que su padre, Masilo, rechazó.*

Apenas pronunció estas palabras, el cielo se oscureció y la anciana y Dilahloané salieron del río. Y cuando sus pies tocaron el suelo, volvió a salir el sol y Masilo y los demás se quedaron boquiabiertos ante la belleza de la muchacha, que eclipsaba el resplandor del sol. La anciana dijo adiós a Dilahloané y, metiendo el rebaño en el río, desapareció en un remolino y no se la volvió a ver nunca más.

En la aldea, todo el mundo se alegró del regreso de la hija de Masilo y Takané, incluso el viejo jefe. Y la madre de Masilo dijo:

—Ahora, hijo mío, debes llevar a Takané y a su hija a la aldea vecina para que visiten a su madre y a su hermano.

Masilo asintió y preparó una gran manada de reses para llevarla consigo como pago por Takané. Se fue con su mujer, su hija y una gran escolta. Cuando llegaron a la aldea vecina, nadie podía creer que Takané estuviera todavía viva. En ese momento, ni su madre ni su hermano la reconocieron.

Luego lloraron y se alegraron al mismo tiempo, y mataron muchas vacas para preparar una gran fiesta y dar la bienvenida a Takané, Masilo y su hija.

El gato que buscaba un amigo

CUÁNDO? Hace muchísimo tiempo. ¿Dónde? En la sabana, en la selva, no se sabe exactamente. Pero lo cierto es que ocurrió.

Había un gato que vivía solo. Se aburría muchísimo y su mayor ilusión era encontrar un amigo con quien compartir las penas y las alegrías, los juegos y las conversaciones.

Una mañana se levantó, absolutamente decidido a no parar hasta encontrarlo. Lo primero que hizo fue dirigirse a la marisma. Allí vio una rana y la llamó para que se acercara a la orilla. Cuando estuvo a su lado, le dijo:

—Seamos amigos tú y yo. Sal del agua y hablaremos de nuestras cosas.

La rana salió de la marisma. Le pareció muy buena la idea de ser amiga del gato y se puso a hablar con él. Charlaron durante mucho rato. Se contaron mutuamente lo que les pareció más interesante de sus vidas, con el fin de entablar una buena y sólida amistad.

Mientras estaban hablando, llegó un antílope corriendo. Al ver a la rana, se lanzó sobre ella y, ¡ñam, ñam!, se la zampó. Desapareció la rana. El antílope se fue corriendo y el gato le siguió, gritando:

—¡Deténte! Si quieres, podemos ser amigos. Charlaremos de nuestras cosas y nos divertiremos.

El antílope se detuvo. Como siempre estaba corriendo, le gustó sentarse un rato a charlar con el gato. Se hicieron muy amigos.

Cuando más enfrascados estaban en una agradable conversación, surgió un leopardo de la espesura de la selva. Dio un salto y mató al antílope. Luego lo devoró. Desapareció el antílope.

El gato, entonces, dijo al leopardo:

—Tú y yo somos de la misma sangre. Podemos ser amigos. Ven a sentarte y hablaremos de nuestras cosas.

El leopardo fue a sentarse al lado del gato. En seguida se hicieron amigos, pues, como el gato había dicho, ambos llevaban en sus venas sangre felina.

Cuando más tranquilos estaban, un enorme elefante salió de la selva. Es de sobra sabido que los elefantes y los leopardos no se pueden ver ni en

pintura. Así que el elefante atacó al leopardo y le clavó los colmillos. El gato se quedó sin su amigo el leopardo. Estaba muerto.



Entonces el gato dijo al elefante:

—Me gustaría mucho tener un amigo. Quisiera un amigo que fuera tan grande y tan fuerte como tú. Agáchate. Sé muchas historias y te las contaré al oído.

El elefante se agachó y escuchó al gato. En ese momento llegó un hombre, un cazador. Se puso a disparar flechas. El gato se asustó y se escondió detrás de un arbusto, pero el elefante se quedó inmóvil. Entonces el cazador le lanzó una azagaya y acabó con el elefante. ¡Lo mató!

El gato salió de su escondite, se quedó un instante pensativo y se dijo: «¡No tengo suerte con mis amigos! Pero este cazador es muy fuerte, nadie puede hacerle daño. Será un buen amigo para mí, un amigo que me durará mucho tiempo».

Y el gato siguió al cazador hasta su choza. Delante de la choza estaba la mujer del cazador. Dirigiéndose a su marido, le dijo:

—¿Eso es todo lo que traes para cenar?

—He matado un elefante —dijo el cazador.

—¿Dónde está el elefante? —dijo la mujer—. No lo veo. Ve a buscarlo.

El cazador respondió:

—Estoy cansado. Iré luego.

—¡Nada de luego! ¡Ahora mismo! —gritó la mujer. Entonces cogió el mazo que utilizaba para machacar el mijo y pegó con él a su marido. Le pegó muy fuerte y repetidas veces. El marido gritó:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Ya voy!

Y, como alma que lleva el diablo, se fue corriendo a buscar el elefante muerto.

Ya no había hombre, ni cazador. ¡Se había ido! A toda la velocidad que sus piernas y los golpes que había recibido de su mujer le permitieron.

El gato, entonces, se acercó a la mujer y frotó su cuerpo contra las piernas de ella. La mujer soltó el mazo, que todavía sostenía en la mano, y le acarició el lomo. El gato ronroneó:

—Tú sí que eres fuerte, realmente fuerte. Charlaremos de nuestras cosas y nuestra amistad será eterna. ¿Quieres?

La mujer dijo:

—Quiero.

Desde entonces, el gato y la mujer son muy buenos amigos. Se comunican a la perfección y están absolutamente compenetrados. Lo que sabe el gato, la mujer lo sabe. Todos los secretos de la mujer, el gato los conoce. Ambos se entienden a las mil maravillas.

Su amistad, sin lugar a dudas, fue, ha sido y seguirá siendo eterna.

La astuta liebre

UN día, el león ordenó a sus súbditos que limpiaran el profundo pozo que se encontraba en el bosque. Los animales le obedecieron porque siempre bebían su agua, que ya no era ni buena ni fresca.

Fueron todos menos la liebre, que se dijo:

—Limpiarán el pozo sin mi ayuda.

Cuando el pozo estuvo de nuevo limpio y lleno de un agua fría y clara, el león convocó a la liebre y dijo:

—Como no has querido ayudar a limpiar el pozo, de ahora en adelante no beberás su agua.

—Por supuesto, no la beberé —contestó la liebre agitando una pata—, beberé en otra parte.

El león no la creyó y mandó vigilar el pozo para echar a la liebre en el caso de que fuera. La primera en montar la guardia fue la gacela. Apenas acababa de ocupar su puesto cuando la liebre apareció, llevando un cántaro en cada mano. Saludó en voz baja a la gacela diciendo:

—¡Buenos días, querida!

Pero la gacela desconfiaba.

—¡Vete, y rápido! —dijo—. Sé que has venido por agua, pero no te dejaré cogerla. No pasarás.

—¡Oh!, te equivocas, querida. No he venido por agua. Siento mucho que te veas obligada a quedarte aquí por mi culpa, así que te he traído un cántaro de miel.

Diciendo estas palabras, cogió una pluma, la metió en la miel y la puso a continuación en la boca de la gacela.

—¡Mmmmm..., está buena! —dijo la gacela relamiéndose—. ¿De verdad me has traído un cántaro lleno?

—Un cántaro lleno —respondió la liebre—. Pero si quieres que esté realmente buena, tienes que dejarme que te ate las patas delanteras. Entonces la miel estará más dulce.

Y la gacela dejó que la liebre le atara las patas delanteras. Pero, en lugar de darle la miel, la liebre llenó el cántaro vacío con agua del pozo y le propinó

una buena paliza a la gacela con un palo antes de volver a su casa.

Poco después, el antílope fue a relevar a la gacela, pero se quedó tan sorprendido al verla atada que se paró en seco.

Le preguntó mientras deshacía los nudos:

—¿Qué diablos te ha ocurrido?

—¿Que qué me ha ocurrido? Vino la liebre y me ató —respondió la gacela.

—Pero si la liebre es tan pequeña como una quisquilla...

—¿Como una quisquilla? ¡Eso es lo que tú te crees! Ya verás, a ti también te amarrará.

Y tras estas palabras se fue.

Poco más tarde, ¿quién apareció? La liebre, naturalmente, de nuevo con un cántaro en cada mano.

Saludó en voz baja, diciendo:

—¡Buenos días, querido!

El antílope la interrumpió diciendo:

—¡Vete, y rápido! No soy la gacela. ¡No te acercarás a mí!

—Pero si no quiero acercarme a ti —respondió la liebre—. Precisamente te he traído un cántaro de miel porque me da pena que tengas que estar aquí por mi culpa.

Diciendo estas palabras, mojó una pluma en la miel y la puso en la boca del antílope.

—¡Mmmm..., qué buena! —dijo el antílope—. Está para chuparse los dedos. ¿De verdad me darás el cántaro entero?

—Naturalmente. Pero si quieres que esté realmente buena, tienes que dejar que te ate las patas delanteras. Entonces la miel estará más dulce.

Y el antílope dejó que la liebre le atara las patas delanteras.

Y después le pegó con el palo, llenó el cántaro con el agua del pozo y volvió a su casa.

Cuando el león supo cómo había engañado la liebre a la gacela y al antílope, se disgustó mucho, pero la ranita, que se encontraba allí por casualidad, le dijo:

—No te irrites, oh, rey de los animales. Déjame montar la guardia junto al pozo. A mí la liebre no me engañará.

—¿Tú? ¡Pero si eres diminuta! —dijo el león en tono dubitativo.

Sin embargo, consintió y allá fue la rana.

Cuando llegó al pozo se escondió en el interior y esperó. La liebre llegó en seguida, miró a su alrededor y, al no ver a nadie junto al pozo, se echó a

reír a carcajadas:

—¡Bien, bien, bien! ¡Qué inteligente soy! Más inteligente que todos los demás juntos. A partir de ahora nadie me molestará.

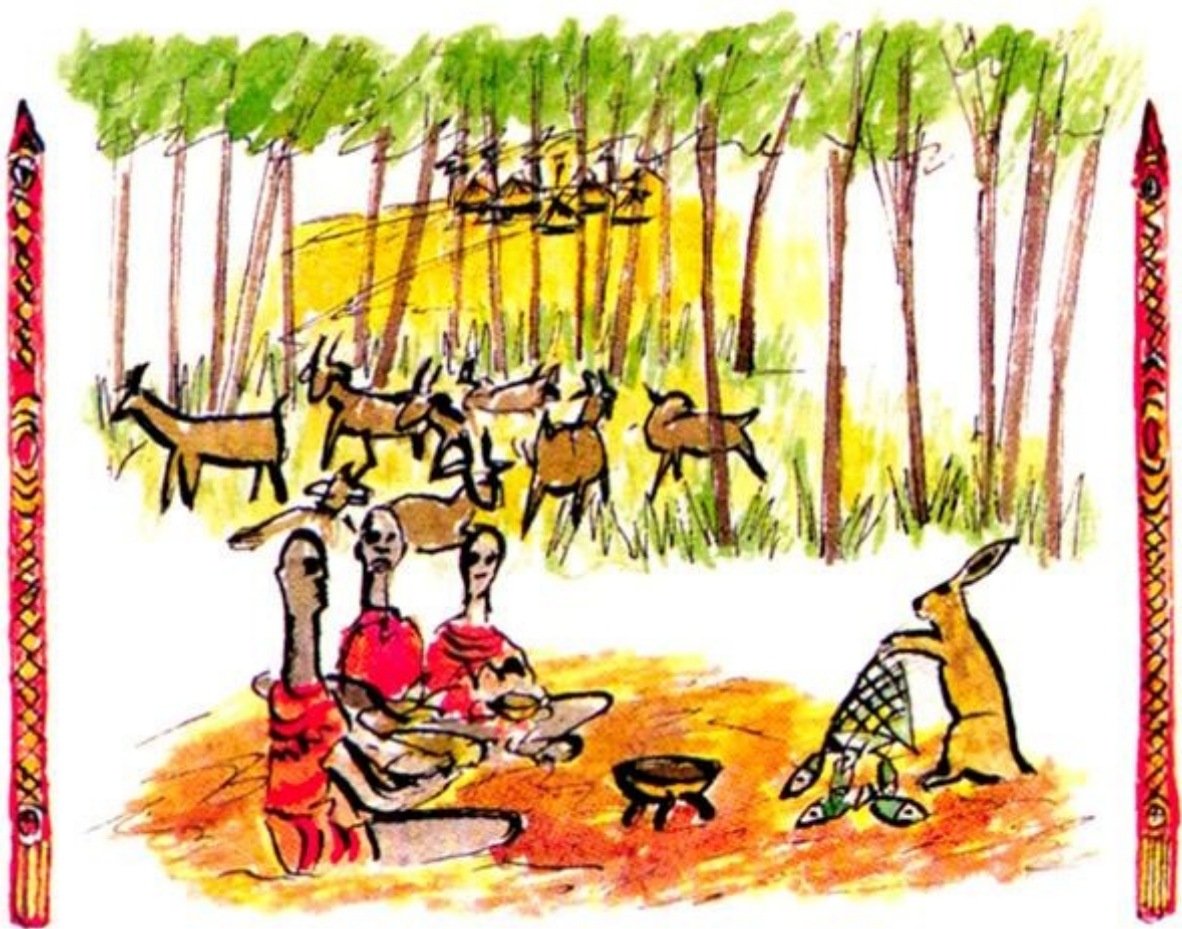
Llenó el cántaro de agua y saltó al pozo, donde removió el limo del fondo para ensuciar el agua. Pero cuando quiso salir, la rana le cogió una pata trasera; luego le agarró rápidamente la otra antes de que pudiera reaccionar. Las ató con una cuerda y la llevó al león.

El león se puso muy contento de que por fin alguien hubiera vencido a la liebre y convocó a todos los animales para decidir el castigo que merecía. Cada uno proponía una cosa, pero fueron incapaces de ponerse de acuerdo. En eso estaban cuando la liebre dijo:

—No me importa saber lo que va a ocurrirme. Sé que me ha llegado el fin. Pero, os lo suplico, no lo alarguéis demasiado. Yo también voy a haceros una proposición. Ponedme en el lomo de la hija del león, que para mí será la muerte.

Entonces los animales trajeron a la joven leona y pusieron a la liebre en su lomo, pero en el mismo momento dio un salto y desapareció en la maleza. Todos corrieron tras ella gritando, pero en vano, porque no lograron encontrarla.

En otra ocasión la liebre decidió ir a pescar. Se sentó a la orilla del río, lanzó el sedal al agua y pronto llenó un saco de peces. Se lo puso al hombro y se dirigió hacia su casa. Por el camino encontró a unos vaqueros cuidando su ganado. Acababan de sentarse para comer las gachas de avena que habían traído de su casa.



—¿No me diréis que vais a comer gachas de avena sin carne? —dijo la liebre sorprendida.

—¿Dónde vamos a conseguir carne? —respondieron los vaqueros.

—Bueno, como no tenéis carne, os voy a dar pescado —propuso la liebre, volcando el contenido del saco.

Los vaqueros le dieron las gracias, asaron el pescado en el fuego y lo comieron con excelente apetito. Cuando hubieron acabado, la liebre dijo:

—Ahora tengo que irme. Devolvedme mis peces.

—¿Cómo vamos a devolvértelos si nos los hemos comido? —dijeron los vaqueros.

—Eso no me concierne —respondió la liebre—, quiero que me devolváis mis peces.

Los vaqueros estaban estupefactos.

—¡Nos lo dices después de que nos los hemos comido! —exclamaron—. ¿Quieres mantequilla en su lugar?

—De acuerdo —dijo la liebre—. Mantequilla está bien, pero dadme un gran trozo.

Los vaqueros se pusieron a ordeñar las vacas y batieron la nata para hacer mantequilla para la liebre. Cuando tuvo la mantequilla, la liebre se fue. Pronto llegó donde estaban unas ranas lavando en un arroyo.

—¡Ay, muchachas! —gritó la liebre—. ¿Cómo se os ocurre lavar en esta agua?... Mirad qué arrugada tenéis la piel. ¡Extended mantequilla sobre ella y veréis qué bellas os ponéis!

—Pero ¿dónde vamos a conseguir mantequilla? —croaron tristemente las ranas.

—No os preocupéis. Yo os la daré —dijo la liebre, y lanzó al agua un trozo de la mantequilla que los vaqueros le habían dado.



Las ranas la extendieron sobre sus cuerpos y se quedaron maravilladas al ver cómo le brillaba la piel. En ese momento, la liebre dijo:

—Ahora me tengo que ir, devolvedme la mantequilla.

—¡Cómo vamos a devolverte la mantequilla ahora que nos la hemos extendido sobre la piel! —gritaron las ranas.

—Eso no es problema mío —respondió la liebre—. Deseo que me devolváis la mantequilla.

Como las ranas no sabían qué hacer, se alejaron nadando por el arroyo y dejaron a la liebre furiosa en la orilla. Pero la liebre no se desanimó. Cogió

una ramita, le ató un hilo con un anzuelo en el que clavó una mosca y la sumergió en el agua. No tuvo que esperar mucho rato. Una rana, menos inteligente que las demás, se dejó coger.

Se la metió en el bolsillo.

Poco después llegó a una aldea, se acercó a la primera casa y llamó a la puerta.

—Aquí tengo una rana —dijo—. ¿La dejas dormir en tu gallinero?

—Por qué no —dijo el granjero, aunque le pareció extraño que una rana quisiera dormir con las gallinas.

La liebre llevó la rana al gallinero y, sin que nadie la viera, la clavó en el pico del gallo. A la mañana siguiente, cuando el granjero lo vio, corrió tras la liebre llamándola:

—¡Hermana liebre, hermana liebre, el gallo ha matado a tu rana!

—Eso no me incumbe —respondió la liebre—. Deseo que me devuelvas la rana, y ahora mismo. Tengo prisa.

El granjero no sabía qué hacer.

—Pero si ha sido idea tuya que la rana durmiera en el gallinero —dijo.

—¡Cómo iba a saber que tenías un gallo tan malvado! —contestó la liebre.

Al ver que era inútil discutir, el granjero le dio el gallo en lugar de la rana.

Y la liebre prosiguió su viaje hasta que llegó a la cabaña de un pastor.

—Llevo un gallo conmigo —dijo la liebre—. ¿Puedo pasar la noche aquí y que él duerma con las ovejas?

—Si no se asusta, por qué no... —dijo el pastor.

—¡Oh, no se asustará! —dijo la liebre riendo—, está acostumbrado a las ovejas.

Dicho esto, llevó el gallo a donde estaban las ovejas y, sin que nadie le viera, lo mató y lo clavó en el cuerno del carnero más grande. Cuando el pastor lo vio, a la mañana siguiente, llamó:

—¡Hermana liebre, hermana liebre, el carnero ha matado a tu gallo!

—No es problema mío —dijo la liebre—. Quiero que me devuelvas el gallo, y ahora mismo. Tengo prisa.

—Pero no ha sido culpa mía —dijo el pastor—. Fue tuya la idea de que el gallo durmiera con las ovejas.

—¿Cómo iba a saber que tenías un carnero tan salvaje?

Viendo que no conseguía salir del apuro, el pastor le dio el carnero en lugar del gallo y la liebre prosiguió su camino.

En los alrededores de la aldea siguiente cavó un agujero en el suelo y metió el carnero dentro. Le hizo unos cortes en los cuernos y en la cola y empezó a gritar con fuerte voz:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Mi carnero ha caído en una trampa!

Varios hombres que habían llevado vacas a pastar a un prado cercano, fueron corriendo a ayudarlo. Unos tiraron de los cuernos, otros de la cola, y, ¡hop!, lo alzaron entre todos. De repente, los cuernos se rompieron, la cola se partió en dos y el carnero volvió a caer en el agujero.

—¡Oh! ¡Ved lo que habéis hecho! —gritó la liebre—. ¡Un carnero tan magnífico! ¡Miradlo ahora! Para compensarme, cada uno de vosotros me dará una vaca de su rebaño.

Los vaqueros se quedaron patidifusos, pero no supieron qué responder.

—Parece que nos ha dado el pego —dijeron rascándose la cabeza, mientras la liebre seguía su viaje con su pequeño rebaño.

La liebre tenía la costumbre de ir a los campos sembrados y alimentarse con los jóvenes brotes verdes de mijo, que estaban azucarados y jugosos. Cuando el granjero descubrió un día lo que hacía, se enfadó mucho.

—¡Apuesto a que es obra de la liebre! ¡Espera que le ponga la mano encima!

Dicho esto, hizo una trampa y regresó a su casa.

Cuando volvió a la mañana siguiente con su hijo, la liebre estaba sólidamente presa en la trampa.

—Al fin te cacé —dijo el granjero riendo.

Cogió la liebre y se la dio a su hijo.

—Llévala a casa y ásalas en el horno —dijo—. Y que esté preparada cuando yo vuelva a comer.

El niño cogió la liebre y volvió a casa.

—¿Te acuerdas de lo que tu padre te ha dicho? —preguntó la liebre por el camino.

—Naturalmente —respondió—. Lleva la liebre a casa, ásalas en el horno y que esté lista para cuando yo vuelva. Eso es lo que ha dicho.

—¡Oh, no! Lo has entendido todo al revés —dijo la liebre—. Lo que ha dicho ha sido: lleva la liebre a casa, asa un gallo en el horno y tenéis que haber terminado de comer cuando yo vuelva.

El niño movió la cabeza y, al llegar a su casa, mató un gallo, lo asó en el horno y se lo dio a la liebre. La liebre comió hasta más no poder y entonces

dijo al niño:

—Tráeme una alfombra para que pueda tumbarme en el porche.

El niño le llevó la mejor alfombra. Entonces la liebre la sacó al porche, la enrolló en un leño y se escondió detrás de la cerca. Justo a tiempo, porque el granjero avanzaba ya por el camino.

—¿Dónde está la liebre? —preguntó al niño frotándose las manos y pensando en el festín.

—Está tumbada en la alfombra, fuera, en el porche —contestó el niño.

—¿Cómo? —preguntó el granjero—. Te dije que la asaras para la comida.

—Sí, pero la liebre me dijo que lo había entendido al revés y que debía asar un gallo para que comiera ella —explicó el niño—. Entonces le he asado un gallo, se lo ha comido y ahora está echándose la siesta en la alfombra, en el porche.

—¡Condenada bribona! —gritó el granjero y, cogiendo un atizador, se lanzó hacia el porche.

Dio un golpe con el atizador con todas sus fuerzas, pero pegó contra el leño y lo partió en dos. A su lado, y mondándose de risa, la liebre gritó:

—¿Quién ha engañado al otro? ¿Tú o yo?



Furioso, el granjero se precipitó hacia la liebre con su hijo, pero era demasiado rápida para ellos. Galopando por el sendero que conducía al bosque, llegó a casa de un herrero.

—¡Oh, escóndeme, por favor! —gritó la liebre—. El granjero y su hijo me persiguen.

—De acuerdo —dijo el herrero, y la ocultó en un saco de cuero, cerca del yunque.

Un segundo más tarde, el granjero y su hijo se presentaron.

—¿Has visto a una liebre que pasaba corriendo por aquí? —preguntaron al herrero.

—No —respondió éste.

—Entonces déjanos descansar un momento —dijo el granjero, sentándose con su hijo cerca del saco donde estaba escondida la liebre.

La mujer del herrero acababa de hacer la comida y les trajo un gran cuenco lleno de carne y de gachas de avena. Todos se pusieron a comer, y el herrero también le dio a la liebre en el saco.

—¿Por qué metes gachas en el saco? —preguntó el granjero.

—Oh, es para mi hijo. Ha llevado las cabras a pacer.

—¡Psst! —susurró la liebre cuando el herrero pasó cerca del saco un poco más tarde—. Dame más gachas de avena y mucha carne.

—Ya no hay más —repuso el herrero.

—Oh, no seas tacaño y dame rápidamente gachas y carne —dijo la liebre.

—¡Qué cara más dura! —gritó el herrero furioso.

Cogió el saco y lo volcó.

Sin embargo, la liebre conservó la sangre fría, y en el momento en que el granjero y su hijo se abalanzaron sobre ella, se lanzó como un rayo hacia el bosque. En el lindero había un agujero que ella había cavado, y allí les esperó. Cuando estuvieron muy cerca, saltó adentro.

—Ya la tenemos —gritó el granjero—. Yo espero aquí y tú corre a casa a buscar la pala —dijo a su hijo—. Cavaremos para hacerle salir.

Lo que el granjero no sabía era que el agujero se comunicaba con un pasadizo que conducía bajo tierra hasta otro agujero que estaba mucho más lejos. Entonces la liebre se disfrazó de hombre y se acercó al granjero en el momento en que su hijo volvía con la pala.

—¿Por qué vais a cavar aquí? —preguntó al granjero.

—¡Oh, una liebre a la que estamos persiguiendo se ha escondido en este agujero y vamos a cavar para hacer que salga! —le respondió.

—Vamos, dame la pala, te voy a ayudar —dijo la liebre.

Cogió la pala, golpeó con ella en la tierra, y en ese instante recuperó su forma de liebre y desapareció en el agujero, llevándose la pala.

El granjero emitió un gruñido de desagrado y, cogiendo a su hijo de la mano, volvió a su casa. Y la liebre jamás volvió a verle.

Sin embargo, la liebre dio con la horma de su zapato. Fue cuando vivía con el tejón. Era muy trabajador, mientras la liebre intentaba hacer lo menos posible siempre que podía.

Cuando llegaron las lluvias, la liebre dijo al tejón:

—¡Venga! Vete a la aldea a buscar semillas de calabaza. Las plantaremos y cuando las calabazas estén maduras tendremos comida sabrosa.

—Es una buena idea —respondió el tejón, y se fue a la aldea.

—¡Un momento! —dijo la liebre llamándole—. Antes de llegar a la aldea, transórmate en rata. Como tejón te cazarán, pero nadie prestará atención a una rata.

El tejón se fue corriendo a la aldea, se transformó en rata, se dirigió al granero más cercano y se llenó los bolsillos de semillas de calabaza.

A su vuelta plantaron las semillas, y al cabo de pocas semanas el suelo se cubrió de preciosas y enormes calabazas. Cortaron una, la cocinaron y se sentaron a saborear la comida.

En ese momento, la liebre empezó a quejarse:

—¡Ay, mi vientre! ¡Ay, ay, ay! Espérame, vuelvo en seguida. Mientras tanto, la calabaza se enfriará un poco.

Dicho esto, corrió a la huerta más próxima, se quitó la piel, la escondió en los matorrales y volvió corriendo. Presentaba un aspecto tan horrible, que el tejón tuvo miedo al verla y huyó. Entonces la liebre se comió la calabaza entera, volvió a la huerta, se puso otra vez la piel y regresó a casa.



—¡Oh, pobre de mí! —dijo el tejón, que seguía horrorizado por la visión—. Adivina lo que acaba de pasar. Una horrible criatura, roja y sanguinolenta, ha venido durante tu ausencia y se ha comido la calabaza.

—No hay nada que hacer, tendremos que pasar sin comer —respondió la liebre, riendo para sus adentros por haber engañado de aquel modo al tejón.

Al día siguiente cortaron otra calabaza y se instalaron para comer, cuando la liebre empezó a quejarse como la primera vez.

—¡Ay, mi vientre! No sé lo que tengo. Espérame. Vuelvo en seguida.

Y se fue a la huerta cercana, escondió la piel en los matorrales, asustó al tejón como la primera vez, se comió la calabaza ella sola y volvió como si no hubiera pasado nada.

El tercer día pasó lo mismo. Pero al tejón le parecía extraño que el dolor de vientre de la liebre empezara siempre al disponerse a comer y, como no quería encontrar de nuevo a la horrible criatura roja y sanguinolenta, corrió detrás de la liebre. La siguió hasta la huerta, donde la vio despojarse de la piel y esconderla en los matorrales.

—¡Así que era eso! —gritó el tejón.

Entonces cogió la piel de la liebre y corrió tras ella hasta la casa.

Cuando llegó, la liebre rebañaba los últimos trozos en el fondo del puchero. El tejón tiró la piel al fuego y dijo:

—¡Mira, mi respuesta a tu engaño!

Al ver cómo se quemaba su piel como una antorcha, la liebre gritó:

—¡Oh! ¡Qué has hecho! ¡Oh! ¡Qué voy a hacer! ¡No puedo vivir sin mi piel!

—¡Si no puedes vivir sin tu piel, te asaré! —dijo el tejón riendo, y, atrapándola, la echó al fuego.

De este modo, en lugar de calabaza cocida, comió liebre asada.

El Rock

HABÍA una vez un cazador que vivía solo con sus dos hijos, un niño y una niña. Un día se fue a la costa a comprar flechas y cosas para la casa y los dos niños se quedaron solos.

Aquella noche, un enorme pájaro apareció de repente, se posó en el tejado de la choza y gritó con voz terrible:

—Soy el Rock. ¿Adónde ha ido vuestro padre?

Aterrorizados, los niños respondieron:

—Ha ido a la costa.

—Haya ido o no —gritó el pájaro—, ¡quiero comida!

Los niños le enseñaron los pollos del corral. El Rock se los comió todos y echó a volar.

A la noche siguiente, el Rock volvió y gritó:

—¿Ya ha vuelto vuestro padre?

—Todavía no —respondieron los niños, aterrados.

—¡Haya vuelto o no, quiero comida!

Los niños le enseñaron la cabra que estaba en un extremo del corral. El Rock se la comió y echó a volar.

Lo mismo ocurrió la tercera noche. El Rock apareció de repente en el tejado y gritó:

—¿Ya ha vuelto vuestro padre?

—Todavía no —dijeron los niños.

—¡Haya vuelto o no, quiero comida!

Esta vez los niños le enseñaron los perros de su padre. El pájaro se los comió y echó a volar.

El padre volvió por la mañana y se quedó muy sorprendido al no encontrar los pollos, la cabra y los perros, y al ver a sus hijos aterrorizados.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—El enorme Rock viene todas las noches y quiere algo de comer. Ya ha devorado los pollos, la cabra y los perros y tenemos miedo de que hoy nos coma a nosotros —dijeron los niños.

—No temáis —dijo el padre—. No me dejaré asustar por un pájaro.

El Rock volvió aquella noche, como las anteriores, y pidió algo de comer, pero esta vez los niños se pusieron a gritar:

—¡Tragón, más que tragón! ¡Te has comido todo lo que teníamos y ya no nos queda nada! ¡Vete!

—¿Cómo os atrevéis a hablarme así? —gritó el pájaro—. ¡Ahora os comeré a vosotros!

Y, diciendo estas palabras, bajó del tejado e intentó entrar en la choza. Pero el cazador, que estaba escondido tras unos matorrales cercanos, apuntó y mató el pájaro de un solo disparo.

—Ahora no nos podrá hacer daño —dijo.

Limpió y desplumó el pájaro, lo atravesó con un largo palo y lo puso a asar al fuego.

—Tened cuidado de que no se queme —dijo a los niños, y se fue al bosque a buscar leña.

Los niños dieron vueltas y vueltas al pájaro sobre el fuego y pronto el aire se llenó del delicioso olor de la carne asada.

—Voy a coger un trocito —dijo el niño, y, cogiendo un cuchillo, cortó un pedazo del muslo del pájaro.



Entonces el pájaro muerto se puso a gritar:

—¡No comas mi carne! ¡No comas mi carne!

El niño tuvo miedo y dejó caer el cuchillo, pero se le hacía la boca agua al contemplar el succulento asado.

Cogió otra vez el cuchillo y cortó un pedazo de la pechuga del pájaro. Entonces éste volvió a gritar:

—¡No comas mi carne! ¡No comas mi carne!

—Estás muerto y no vas a decirme lo que tengo que hacer —contestó el niño, furioso.

Cortó una tajada, se la metió en la boca y se la comió.

—¿Por qué has comido mi carne? ¿Por qué has comido mi carne? —volvió a gritar el pájaro—. ¡Te arrepentirás! ¡Oh! ¡Te arrepentirás!

Entonces el niño se transformó de repente en búfalo justo en el momento en que su padre volvía del bosque con la leña. Llorando, la niña corrió hacia él para contarle lo que había pasado. Después de haberla escuchado, el padre se dirigió al búfalo y dijo:

—Cuando te acerques a una manada de elefantes, déjales proseguir su camino. Cuando te acerques a una manada de búfalos, ve con ellos.

El búfalo movió tristemente la cabeza, se volvió y desapareció en el bosque, dejando al cazador solo con la niña.

Los primeros hombres de la Tierra

EL Espíritu de la Tierra vivía en su aldea. Vivía solo y se aburría.
—Cómo me aburro —se lamentaba.

Lo que más sentía era no tener un compañero con quien fumar. Había tabaco por todas partes, pero tenía que fumar solo, completamente solo. Y a mediodía no había nadie que le preparara la comida. No le gustaba nada estar tan solo, y se dijo: «Tendré que crear hombres para que me preparen la comida y fumen conmigo».

Fue al bosque y buscó el árbol que produce las nueces nkula. Lo sacudió y las nueces cayeron al suelo. Las recogió y volvió a su casa. Hizo lo mismo durante varios días hasta que tuvo en su casa un gran montón de nueces. Las miró y se dijo: «Debe de haber bastantes». Metió las nueces en un cesto, que transportó a la orilla del gran lago donde estaba su barca. Era una amplia y bella piragua. Echó las nueces en la barca y llamó a un cocodrilo que acababa de sacar la cabeza del agua:

—¡Ven aquí!

El cocodrilo se acercó nadando y el Espíritu de la Tierra lo ató a la barca.

—¡Nada! —ordenó al cocodrilo, porque el Espíritu de la Tierra no remaba jamás.

El cocodrilo se puso dócilmente a tirar de la piragua.

—Aléjate de la orilla —dijo el Espíritu de la Tierra al cocodrilo, que se dirigió inmediatamente al centro del lago.

El cocodrilo remó mucho tiempo con las patas, que le empezaron a sangrar. Y siguió remando, remando, remando, siempre en línea recta. Era un lago muy grande, tan grande que en seguida dejaba de verse la orilla, tan grande que llegaba hasta el horizonte, hasta donde se pone el sol.

Y el cocodrilo tiraba de la barca, cada vez más.



Cuando estuvieron muy lejos, el Espíritu de la Tierra ordenó al cocodrilo:
—¡Deténte!

El cocodrilo se detuvo de buen grado. El Espíritu de la Tierra cogió una nuez, la más grande, sopló sobre ella y dijo:

—Tú serás el primer hombre.

Y tiró la nuez al agua. Se quedó en la superficie y se puso a flotar hacia la orilla.

El Espíritu de la Tierra cogió otra nuez, escupió sobre ella y también la tiró al agua:

—Tú serás una mujer.

La nuez no se hundió y se puso a flotar hacia la orilla.

El Espíritu de la Tierra hizo lo mismo con todas las nueces.

Después ordenó al cocodrilo:

—¡Vuelve a la orilla!

El cocodrilo obedeció, se puso a remar con las patas y arrastró la bella piragua hacia la orilla. Al llegar, el Espíritu de la Tierra bajó a la arena seca, donde ya le esperaba una muchedumbre. Su jefe se presentó:

—Aquí estoy.

Los demás gritaron:

—¡Nosotros también estamos aquí!

Las mujeres se encontraban detrás.

El Espíritu de la Tierra condujo a la gente a su aldea y, al llegar a la plaza, les dijo:

—Viviréis en estas chozas.

El Espíritu de la Tierra se convirtió en el jefe de la aldea. Se sentaba con su gente, las mujeres hacían la comida, eran buenas cocineras, y el Espíritu de la Tierra ya no se aburría. Y después de comer fumaban y se contaban diferentes historias.

De cómo Ntotoatsana fue hecha prisionera

HABÍA una vez un jefe de tribu que tenía una hija encantadora llamada Ntotoatsana. También tenía un niño, pero ningún otro hijo. Y como no tenía más hijos, Ntotoatsana se ocupaba de llevar el ganado a pastar. Un día en que lo condujo a pacer a cierta distancia de la aldea, hubo un fuerte vendaval que se apoderó de la muchacha y la transportó lejos, muy lejos, hasta el país donde vivía la tribu de los ma-telebes. Aquella gente sólo tenía una pierna, un brazo, un ojo y una oreja.

Ntotoatsana lloró y lloró por estar tan lejos de su casa y entre aquella gente fea y malvada, pero no podía hacer nada. Y como era tan bella, el hijo del jefe la hizo su esposa. Para que no pudiera huir, enterró dos cuernos mágicos de toro en el umbral de su casa para vigilarla. Cada vez que Ntotoatsana quería huir, los cuernos mugían:

*¡Oh, oh, oh, oh!
Ntotoatsana ha escapado,
la que trajo el viento
para vivir con nosotros
un día que llevó a pastar
el rebaño de su padre.*

En el mismo instante, los hombres de la tribu corrían tras la pobre muchacha y se la llevaban al hijo del jefe.

Y Ntotoatsana vivió en aquel extraño país. Dio a luz dos niñas que pronto fueron tan bellas como su madre.

Un día las dos hermanas fueron al pozo a buscar agua y vieron por casualidad unos hombres muy raros entre los matorrales, unos hombres diferentes de los ma-telebes, que sólo tienen una pierna, un brazo, una oreja y un ojo.

Aquellos hombres tenían dos cosas de cada clase, como casi todas las personas de la tierra y como las dos hermanas y su madre. Era el hermano de Ntotoatsana, acompañado de sus sirvientes y del carnero negro, que había buscado en vano a su hermana durante muchísimos años.

Se acercó a ellas y les preguntó:

—¿Quién sois? ¿Quién es vuestro padre?

—Sólo tiene una mano-Sólo tiene una pierna-Sólo tiene un ojo-Sólo tiene una oreja —respondieron las hermanas.

—¿Y quién es el padre de vuestra madre?

—Eso no podemos decírtelo. Solamente sabemos que la arrastró el viento y la trajo aquí cuando llevaba a pastar el rebaño de su padre.

—¡Deben de ser las hijas de mi hermana! —exclamó el hermano de Ntotoatsana con alegría.

Y se sentó para pensar en la forma de poder liberar a las tres.

—Escuchad —dijo al cabo de un momento—. Voy a cortar unas cañas. Escondedlas sin que nadie os vea, al volver a vuestra casa, bajo la piel en la que se sienta vuestra madre. Cuando se siente, las romperá y vosotras os pondréis a llorar y a gemir y a suplicarle que vaya al pozo a traeros más antes de la hora de cenar. Pero no digáis una palabra sobre nosotros. Yo me ocuparé de lo demás.

Las hermanas volvieron e hicieron como su tío les había aconsejado. Escondieron las cañas bajo la piel de su madre, y ésta las rompió al sentarse. Entonces se pusieron a gemir y a llorar.

—No lloréis, queridas mías. Lo primero que haré mañana por la mañana será enviar a un muchacho al pozo para que os coja más cañas.

—¡Oh! Por favor, mamá, ve tú ahora —dijeron llorando.

Incapaz de negarse, Ntotoatsana fue al pozo, donde encontró a su hermano esperándola. Le reconoció en seguida y se deshizo en lágrimas.

—No llores —dijo su hermano—. Esta noche, cuando el pueblo esté dormido, trae a tus hijas y nos iremos a casa.

—No puedo irme de aquí —dijo Ntotoatsana—. Mi esposo ha enterrado dos cuernos mágicos de toro en el umbral de mi puerta, se pondrán a mugir y despertarán a todo el mundo en el momento en que intente huir.

—Es fácil de arreglar —dijo su hermano—. Vierte agua hirviendo en los cuernos, tápalos con levadura de sorgo y cúbrelos con gruesas piedras. Cuando todo el mundo esté dormido, coge a tus hijas y ven aquí.

Ntotoatsana volvió a casa e hizo lo que su hermano le había aconsejado. Al dormirse la tribu, mientras se iba con sus hijas, los cuernos empezaron a

chillar, pero el agua que los rodeaba se puso a hacer burbujas y todo lo que pudo oírse a través del tapón de sorgo y de las gruesas piedras fue un simulacro de mugido.

—¿Por qué los perros lloran de ese modo esta noche? —se dijo la gente del pueblo al oír el extraño ruido, pero dieron media vuelta y siguieron durmiendo.

Por la mañana, cuando el agua se hubo infiltrado en la tierra, la levadura se secó y las piedras rodaron a lo lejos, oyeron el clamor de los cuernos:

¡Oh, oh, oh, oh!
Ntotoatsana ha escapado,
la que trajo el viento
para vivir con nosotros
un día que llevó a pastar
el rebaño de su padre.

Pero en ese momento Ntotoatsana, sus hijas, su hermano, sus sirvientes y el carnero negro estaban ya muy lejos de allí.

Sin embargo, los ma-telebes salieron en su persecución. Dieron enormes saltos con su única pierna y todavía no era mediodía cuando empezaron a acercarse a los fugitivos. El hermano de Ntotoatsana rió alegremente al ver cómo se acercaban y soltó el carnero negro. El carnero se irguió sobre las patas traseras y empezó a dar vueltas y vueltas cantando:

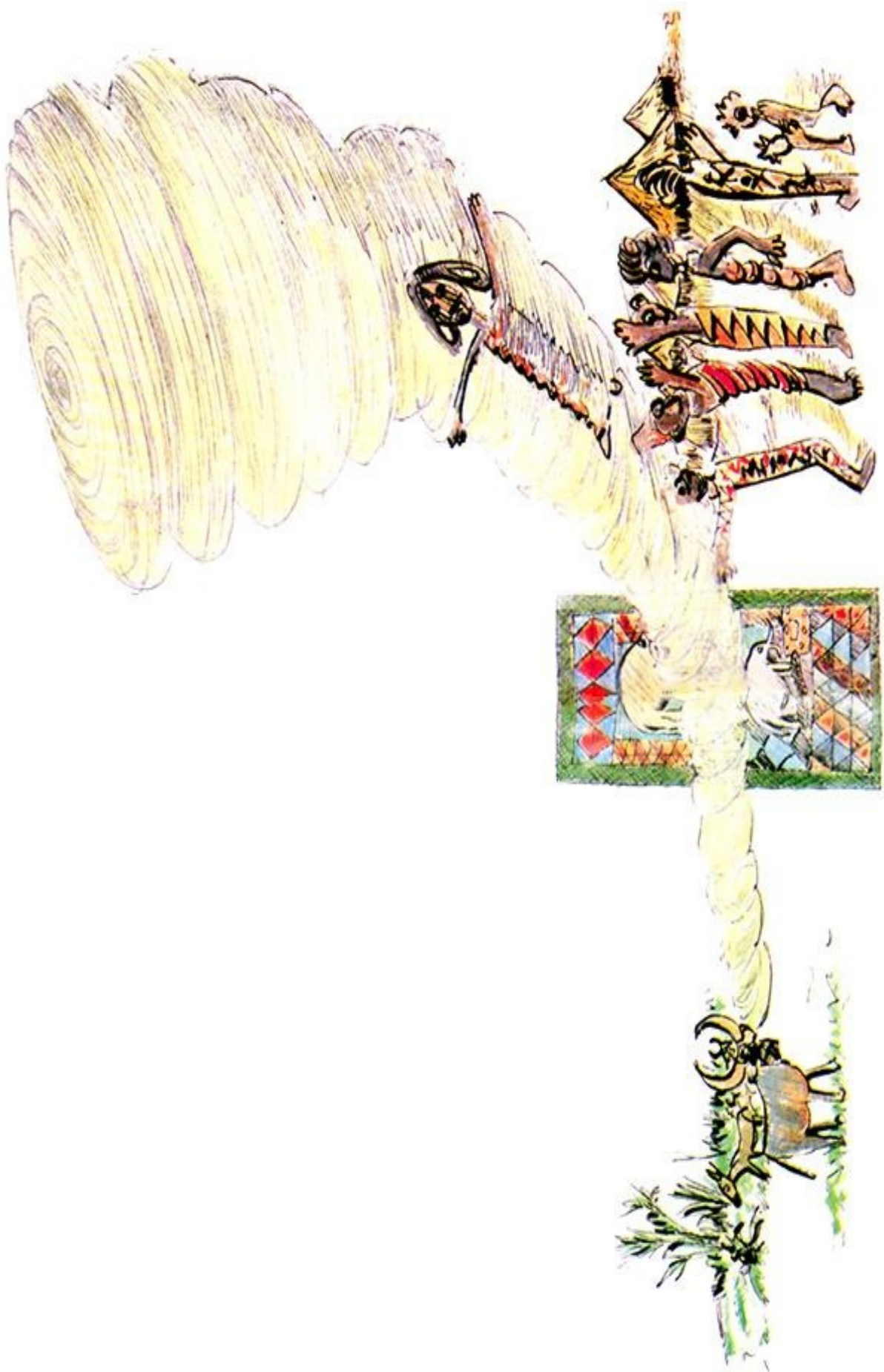
¡Bee, bee, bee, bee!
¡He comido cientos como vosotros
y también os comeré!

Los perseguidores se asustaron al ver al carnero bailar y cantar su terrible canción y se detuvieron sin saber qué hacer. Cuando por fin recuperaron el ánimo, Ntotoatsana y los demás estaban muy lejos.

Los ma-telebes se pusieron de nuevo a perseguirles dando grandes saltos con su única pierna y, poco después de mediodía, estaban otra vez muy cerca de Ntotoatsana. Como antes, su hermano se limitó a echarse a reír y soltó al carnero negro, que se irguió sobre las patas traseras, dio vueltas y vueltas y cantó una canción todavía más terrible:

¡Bee, bee, bee, bee!
¡He comido cientos como vosotros
y también os comeré!

Una vez más, los hombres de la tribu se detuvieron y, antes de que pudieran reaccionar, Ntotoatsana y los demás estaban lejos y fuera de su vista. Pero siguieron persiguiendo a los fugitivos.



—Esta vez el carnero no nos asustará, por muy salvaje que sea su danza y por muy horrible que sea su canto... —gritaron saltando sobre su única pierna, con saltos tan enormes que, hacia la caída de la noche, habían, por así decirlo, alcanzado a Ntotoatsana.

Esta vez, sin embargo, su hermano no se rió. Sabía que el carnero no podría salvarles y, además, Ntotoatsana y sus dos hijas estaban tan cansadas que no podían tenerse en pie. Pero el carnero se soltó, se irguió sobre las patas traseras y dio vueltas y vueltas cantando:

¡Bee, bee, bee, bee!

*¡He comido cientos como vosotros
y también os comeré!*

Lo cantó con una voz tan fuerte y tan terrible, que tembló la tierra y el sol se ocultó rápidamente en el horizonte. De repente, todo quedó en la más completa oscuridad. Esta vez los ma-telebes tuvieron verdadero miedo y, girando sobre sus talones, huyeron a sus casas tan deprisa como su única pierna podía permitirselo.

Ntotoatsana, sus hijas y su hermano llegaron por fin a su casa sanos y salvos. Hubo un gran regocijo, porque la creían muerta hacía mucho tiempo. Su madre, en su tristeza, se había dejado crecer el pelo y lo tenía tan largo, que llegaba hasta el suelo. Ahora que su Ntotoatsana estaba de nuevo en casa, cogió unas tijeras y se lo cortó. Entonces invitaron a los vecinos y parientes a una gran fiesta para celebrar la vuelta de Ntotoatsana y sus dos encantadoras hijas.

El Amo del Lago

HNA vez, en una aldea hubo una gran sequía. Los manantiales se secaron y no caía una sola gota de lluvia. La gente de la aldea mató parte del ganado, esperando extraer un poco de agua de la hierba que los animales tenían en el estómago, pero en vano.

Un día, el jefe dijo a su sirviente Mepapo:

—Lleva varias personas contigo, ganado y muchos recipientes, y ve a buscar agua, porque vamos a morir de sed.

Mepapo cogió los bueyes más fuertes, los hombres más hábiles y todos los recipientes que podían llevar y fueron a buscar agua. Caminaron mucho mucho tiempo, pero no había ni rastro de agua en ninguna parte. Por fin, llegaron a una alta colina, y Mepapo trepó a ella para escrutar los alrededores. Entonces vio un gran lago abajo, a sus pies.

Sin esperar más, corrió a la orilla del agua y se agachó para beber. En ese momento sintió un golpe violento en los dientes. Lo intentó otra vez y recibió un nuevo golpe.

Entonces se puso a pensar que el Amo del Lago no deseaba que bebiera. Y le llamó:

—Oh, Amo del Lago, ¿por qué no me dejas beber?

Y una voz respondió:

—Te dejaré beber, Mepapo, pero prométeme que le pedirás a tu jete que me dé a su encantadora hija Senkepeng por esposa. Si no quiere, la aldea morirá de sed.



Mepapo contestó:

—Te prometo hacer lo que deseas. Ahora déjame beber a mí, a los que están conmigo y al ganado, y permite que llenemos los recipientes.

El Amo del Lago consintió, y Mepapo bebió hasta más no poder, así como sus hombres y su ganado, y, después de haber llenado los recipientes, volvieron a su casa.



Cuando llegaron a la aldea, Mepapo fue al encuentro del jefe.

—Hemos traído agua como nos ordenaste, pero el Amo del Lago quiere que le des a tu hija Senkepeng por esposa; si no, la aldea entera morirá de sed.

Al oír aquello, la bella Senkepeng dijo a su padre:

—No quiero que nuestro pueblo sufra y muera por mi culpa. Me casaré con el Amo del Lago, ya que ése es su deseo.

Apenas había terminado de hablar, cuando cayeron del cielo torrentes de lluvia y no se detuvieron hasta que los manantiales se llenaron de agua y la tierra seca reverdeció.

La gente de la aldea se puso muy contenta porque Senkepeng les había salvado, y empezaron a preparar su marcha. Mataron el buey más gordo y prepararon la carne, llenaron muchos sacos de harina de sorgo y eligieron a los más bellos muchachos y muchachas para formar la escolta nupcial, todo ello bajo la vigilancia de Mepapo, porque era el mensajero del Amo del Lago.

Al fin, todo estuvo dispuesto y emprendieron la marcha. Caminaron mucho mucho tiempo hasta que llegaron al lago. Allí dejaron a Senkepeng y volvieron a la aldea.

Ella se sentó a la orilla del agua y esperó a su prometido, el Amo del Lago. Pero nadie apareció. Cayó la noche y Senkepeng preguntó en voz alta:

—¿Dónde voy a dormir?

—Aquí —respondió una voz.

—¿Aquí? ¿Dónde? —preguntó Senkepeng.

—Aquí —repitió la voz.

Senkepeng no hizo más preguntas, se tumbó en la hierba y se quedó profundamente dormida.

Senkepeng vivió sola durante mucho mucho tiempo. Tenía todo lo que necesitaba, pero jamás vio a su esposo.

Varios meses después, Senkepeng tuvo un hijo y decidió ir a enseñárselo a sus padres.

—¿Puedo ir a enseñar el niño a mis padres? —preguntó.

—Sí, puedes —respondió la voz.

Entonces Senkepeng se puso en camino hacia su aldea natal. La gente de la aldea, al verla llegar, se puso a correr en todas direcciones, exclamando:

—¡Senkepeng ha venido a vernos! ¡Mirad qué niño tan guapo tiene!

Senkepeng pasó allí una larga temporada, y, cuando se preparó para marcharse de nuevo, su joven hermana se acercó a ella y le dijo:

—Me gustaría ir contigo.

—Pues ven —respondió Senkepeng—. Siempre estoy sola. Así lo estaré menos.

Al llegar a su casa, Senkepeng se volvió hacia su hermana y le dijo:

—Quédate aquí con el niño mientras voy a buscar agua.

El niño se puso a llorar en cuanto la madre se alejó y era imposible hacerle callar. La hermana de Senkepeng no sabía qué hacer para calmarle y acabó por darle una bofetada.

—¡Calla de una vez! Jamás has visto a tu padre, pero en el momento en que tu madre se aleja, lloras como si el corazón te fuera a estallar.

Apenas acabó de decir estas palabras, cuando la puerta se abrió y un hombre de alta estatura, vestido con un traje de hierro forjado de color rojo, entró y cogió al niño en brazos.

—¿Por qué pegas al niño y por qué le regañas? ¡Yo soy su padre!

Senkepeng volvió en ese instante y se asustó mucho al ver a aquel hombre extraño vestido de hierro rojo y que tenía a su hijo en brazos.

—Senkepeng, ¿quién es tu esposo? —preguntó el extraño.

—No lo sé, no le he visto jamás —respondió ella.

—Soy tu esposo. Soy el Amo del Lago —dijo el hombre.

Y fue así como Senkepeng vio a su marido por primera vez.

El Amo del Lago vistió a su hijo con un traje de hierro forjado de color rojo como el suyo y se quedó con su familia en la casa, que de pronto apareció rodeada por una gran aldea llena de habitantes, de bueyes, de vacas, de ovejas y de cestos de sorgo con el que la gente hizo harina. Entonces Senkepeng se dio cuenta de que era la esposa de un jefe poderoso y ambos reinaron sobre un gran número de súbditos.

Goso, el narrador

HABÍA una vez un hombre que se llamaba Goso y vivía solo. En realidad no estaba solo, porque todos los días los niños del pueblo iban a sentarse a su lado bajo el cocotero y escuchaban sus historias, pues nadie en el pueblo contaba historias tan maravillosas como él.

Un día, una gacela trepó al árbol. Se le cayó un coco. El coco cayó en la cabeza de Goso y le mató en el acto. Cuando la gacela vio lo que había hecho, huyó lo más deprisa que pudo para que nadie la viera. Los niños lloraron mucho tiempo a su querido Goso. Cuando al fin secaron sus lágrimas, se pusieron de acuerdo en vengar su muerte. Pero no sabían quién le había matado.

—Seguramente ha sido el viento del Sur. Al soplar en las ramas, tiró el coco que mató a Goso —dijeron los niños, y corrieron para atrapar al viento el Sur. Pero el viento del Sur dijo:

—¿Creéis que soy un jefe de tribu tan poderoso que puedo matar a Goso? Mucho más poderosa es la casa, que siempre me cierra el paso.

Entonces los niños corrieron hacia la casa y empezaron a golpearla con los puños. Pero la casa dijo:

—¿Creéis que soy un jefe tan poderoso como para matar a Goso? Mucho más poderosa es la rata, que hizo un agujero en mi pared.

Entonces los niños cogieron la rata y se dispusieron a matarla.

Pero la rata gritó:

—¿Creéis que soy un jefe tan poderoso como para matar a Goso? Mucho más poderoso es el gato, que puede comerme en cualquier momento.



Entonces los niños corrieron en busca del gato y empezaron a pegarle. Pero el gato maulló:

—¿Creéis que soy un jefe tan poderoso como para matar a Goso? Mucho más fuerte es la cuerda, que me ata de modo que no puedo moverme.

Entonces los niños se apoderaron de la cuerda, y la cuerda dijo:

—¿Creéis que soy un jefe tan poderoso como para matar a Goso? Mucho más poderoso es el cuchillo, que me corta en dos.

Los niños se apoderaron del cuchillo, pero el cuchillo se defendió diciendo:

—¿Creéis que soy un jefe tan poderoso que puedo matar a Goso? Mucho más poderoso es el fuego, que me quema hasta que me convierto en un trozo de hierro.

Los niños se dirigieron al fuego, pero el fuego chisporroteó:

—¿Creéis que soy un jefe tan poderoso como para matar a Goso? Mucho más poderosa es el agua, que puede apagarme con facilidad.

Los niños corrieron al agua y el agua murmuró:

—¿Creéis que soy un jefe tan poderoso como para matar a Goso? Mucho más poderosa es la vaca, que me bebe.

Los niños agarraron a la vaca, pero la vaca mugió:

—¿Creéis que soy un jefe tan poderoso como para matar a Goso? Mucho más poderosos son los tábanos, que me pican todo el día.

Los niños cogieron el tábano, pero el tábano susurró:

—¿Creéis que soy un jefe tan poderoso como para matar a Goso? Mucho más poderosa es la gacela, que puede tragarme de un bocado.

Los niños atraparon a la gacela y la gacela no dijo una palabra.

—¡La gacela mató a Goso! —gritaron los niños y le pegaron y le pegaron hasta que cayó muerta.

De este modo, Goso estaba muerto y la gacela que le había matado estaba muerta. Pero las historias de Goso viven y no dejan de contarse una y otra vez.

La muchacha que tenía miedo al sol

HABÍA una vez un jefe de tribu que no tenía hijos. Eso le hacía muy desdichado, y a su esposa, todavía más, tanto que un día fue a ver al hechicero. Éste le dijo:

—Te voy a dar una poción y traerás al mundo una hija. Pero ten cuidado de que ningún rayo de sol la toque, porque en ese caso morirá

Todo ocurrió como el hechicero había vaticinado. Nació una hija y le pusieron el nombre de Seilatsatsi, que significa «la niña que teme al sol». Pronto se convirtió en una bella muchacha, pero nadie la conocía, porque jamás abandonaba la choza de sus padres.

En la aldea vecina vivía un joven llamado Masilo. Era el hijo del jefe y quería casarse, pero no lograba encontrar una esposa adecuada. Un día la gente de su aldea le dijo:

—El jefe de la aldea cercana tiene una hija encantadora llamada Seilatsatsi, pero nadie quiere casarse con ella porque no puede salir, pues, si lo hiciera, el sol la mataría.

Masilo fue inmediatamente a contemplar a Seilatsatsi con sus propios ojos. Se quedó muy satisfecho con lo que vio y a su vuelta dijo a su padre:

—He encontrado esposa.

—¿Y quién es? —preguntó su padre.

—La hija del jefe de la aldea vecina.

—¡No te referirás a Seilatsatsi! —gritó su padre estremeciéndose.

—Sí, es ella.

—¡Pero no puedes casarte con ella! —exclamó el jefe, muy disgustado—. Seilatsatsi sólo puede salir por la noche. ¡El sol la mataría!

Pero nadie logró convencer a Masilo, y al final se casó con Seilatsatsi. La llevó a su choza bajo el manto de la noche y festejaron alegremente la boda hasta el amanecer con los demás jóvenes del pueblo.

Cuando el cielo empezaba a clarear, Masilo dijo de repente:

—¡Tengo sed!

Una de las muchachas fue a buscar agua, pero Masilo no la probó. La derramó en el suelo y volvió a decir:

—¡Tengo sed! Y quiero que Seilatsatsi me traiga agua.

—Sabes perfectamente que Seilatsatsi no puede salir al sol —le dijeron los demás.

—¡Entonces moriré de sed! —dijo Masilo.

Al oír aquello, Seilatsatsi cogió un recipiente y fue a buscar agua, pero en el mismo instante en que puso el pie en el exterior, el sol se ensombreció y la muchacha se convirtió en hormiguero.

—¡Mira lo que has hecho! —gritaron todos.

Pero era demasiado tarde. Del hormiguero salían sollozos y Masilo se lamentó:

—¡Qué voy a hacer! ¡Qué voy a hacer!

—¡Tenías que haberlo pensado antes! —dijeron los demás—. Ahora debes ir a ver a los padres de Seilatsatsi y contarles lo que ha ocurrido.

Pero Masilo no quería ir, ni ninguna otra persona de la aldea.

—Enviemos un perro —dijeron, y buscaron un perro.

—Irás a la aldea de al lado —le explicaron— y dirás al jefe que su hija Seilatsatsi ha salido al sol y se ha convertido en hormiguero.

—Bien, iré —respondió el perro.

—¿Y qué dirás al llegar?

—¡*Guau!* —ladró el perro.

—Serías un mensajero lamentable —dijo la gente de la aldea.

Y fueron a buscar un gato.

—Irás a la aldea de al lado —explicaron— y dirás al jefe que su hija Seilatsatsi ha salido al sol y se ha convertido en hormiguero.

—Bien, iré —dijo el gato.

—¿Y qué dirás al llegar?

—¡*Miau, miau!* —maulló el gato.

—Serías un mensajero lamentable —dijo la gente de la aldea, y fueron a buscar una gallina.

—Irás a la aldea de al lado y dirás al jefe que su hija Seilatsatsi ha salido al sol y se ha convertido en hormiguero.

—Bien, iré —dijo la gallina.

—¿Y qué dirás al llegar? —preguntaron.

—¡*Co, co, coricó!* Tu hija, oh jefe, ha salido al sol y se ha convertido en hormiguero —respondió la gallina.



—¡Estupendo! Serás una buena mensajera —gritó la gente de la aldea, entusiasmada.

Entonces le pusieron dos brazaletes en cada pata y la mandaron a la aldea. La gallina corrió por el sendero, los brazaletes hacían mucho ruido a cada paso que daba, y llegó a la aldea. En la choza del jefe, los miembros de su familia estaban sentados y bebían cerveza. Batiendo las alas, la gallina se posó en el tejado y cacareó:

—¡Co, co, coricó! Tu hija, oh jefe, tu hija Seilatsatsi ha salido al sol y se ha convertido en hormiguero.

Al oír estas palabras todo el mundo pegó un brinco y la esposa del jefe corrió a mirar la escudilla que su hija utilizaba para comer. Estaba

descascarillada.

—¡Oh, mi pobre hija, mi pobre hija ha muerto! —gimió la madre.

Cuando se hubo calmado tras el primer momento de agitación, corrió a casa del sabio hechicero, el que le había dado la poción muchos años antes, y le contó la catástrofe que había caído sobre su hija.

—Haré lo que pueda —dijo el hechicero, y, cogiendo una poción mágica, fue a la choza de Masilo.

Allí observó el hormiguero por todos los lados, le hizo varios agujeros y en los agujeros vertió la poción mágica. Luego dijo:

—Matad un cordero, quitadle la piel y traédmela aquí.

Cuando le hubieron llevado la piel, hizo más agujeros en el hormiguero, vertió la poción mágica y cubrió el montículo con la piel del cordero.

—Ahora tenemos que esperar —dijo el hechicero.

Esperaron un largo, largo rato. De repente, la piel de cordero empezó a moverse y Seilatsatsi salió del hormiguero.

—¡Corre a la choza, deprisa! —gritó el hechicero.

Y Seilatsatsi corrió a toda velocidad a la choza de Masilo. Allí, el hechicero le hizo varios cortes en el dorso de las manos, vertió en ellas poción mágica y le dijo:

—Ahora, coge un cántaro y ve a buscar agua.

—¡No! ¡No dejaré que mi esposa salga al sol! —gritó Masilo, poniéndose delante de la puerta.

Pero el hechicero le empujó hacia el interior y Seilatsatsi salió. Todos miraron con el corazón palpitante, pero no pasó nada.

Y desde entonces Seilatsatsi no volvió a tener miedo al sol.

La huérfana

HABÍA una vez una niña que se llamaba Mvila, que había perdido a su madre cuando era muy pequeña. Su padre se volvió a casar en seguida, y su segunda mujer también tuvo una niña que se llamó Mvila. Las dos chiquillas se querían mucho, pero la madrastra no sentía afecto alguno por la huérfana.

Cuando la comida estaba preparada, llamaba a las dos niñas. A la huérfana le daba solamente gachas de avena en un plato, pero a su hija le proporcionaba un bonito cuenco lleno de gachas condimentadas con mantequilla fundida y azúcar.

—No comas eso —decía la hermanastra a Mvila la huérfana—. Ven y toma de lo mío en este bonito cuenco.

La madrastra se ponía furiosa, y decidió desembarazarse de la huérfana.

El padre se fue un día a la ciudad a vender ganado y las dos niñas se quedaron solas en casa con la madre.

—Tengo que cortaros el pelo y daros un baño —dijo a las niñas—. Ve a buscar agua, Mvila —dijo a su hija—, y mientras, le cortaré el pelo a tu hermana.

La niña no quería dejar a su hermana y dijo:

—Deja que Mvila venga conmigo.

—¡Te he dicho que vayas tú! —gritó su madre furiosa, y empujó afuera a su hija.

Entonces Mvila se fue a buscar agua y la madrastra se volvió hacia la huérfana.

—Ve a sentarte en el jardín sobre esa piel y en seguida iré a cortarte el pelo.

La chiquilla no sabía que la piel disimulaba un enorme agujero, y cuando se sentó, cayó adentro.

La madrastra lo llenó rápidamente con tierra y lo roció con agua caliente y agua fría.

Cuando la otra Mvila volvió, preguntó por su hermana.



—¿Adónde ha ido? —dijo

—¿Dónde quieres que esté? En el campo, naturalmente —respondió su madre.

La niña fue al campo, pero, como no encontró ni rastro de Mvila, volvió a casa.

—¿Dónde está Mvila? —preguntó otra vez—. No está en el campo.

—Probablemente habrá ido a visitar a su tío —dijo la madre.

Pero Mvila ya no creía a su madre y fue a buscar a su hermana. Miró en el armario, en el corral y en el jardín, cantando durante todo el tiempo esta canción:

*¡Mvila, oh Mvila!
Papá ha vendido
sus cabras y sus vacas,
que se han puesto muy gordas
paciendo en el campo.
¡Mvila, oh Mvila!
¿Dónde estás?*

*¡Mvila, oh Mvila!
Papá ha vendido
los bueyes y las ovejas.
Vuelve a casa
desde el lejano mercado.
¡Mvila, oh Mvila!
¿Qué te ha pasado?*

Mientras estaba en el jardín, oyó de repente una débil voz que llamaba:

*¡Mvila, oh Mvila!
Estoy bajo la tierra,
donde tu perversa madre
ha enterrado mi alma.
¡Mvila, oh Mvila!
Estoy aquí.*

*¡Mvila, oh Mvila!
Aquí me ha escondido,
derramando agua hirviendo
donde me ha enterrado.
¡Mvila, oh Mvila!
Estoy aquí.*

*¡Mvila, oh Mvila!
Después ha derramado
donde estoy enterrada
agua fría y helada
para que me ahogara.
¡Mvila, oh Mvila!
Estoy aquí.*

Mvila se precipitó al agujero y empezó a cavar la tierra para liberar a su hermana. Mientras trabajaba, lloraba y cantaba:

*¡Mvila, oh Mvila!
Papá ha vendido en el mercado
todo lo que había llevado,
pronto volverá
y para ti todo se arreglará.
¡Mvila, oh Mvila!
Estoy aquí.*

Y su hermana respondió:

*¡Mvila, oh Mvila!
¡Qué malvada fue tu madre
al enterrarme viva!
Nunca me amó
desde que la trajo papá.
¡Mvila, oh Mvila!
¡Ayúdame!*

Por fin, Mvila consiguió sacar a su hermana del agujero y, como no había nadie a la vista y su madre se había ido al campo, la metió en la choza, la lavó, la untó de mantequilla y le hizo unas buenas gachas de avena. Luego la escondió en el armario para que su madrastra no la encontrara.

Al día siguiente, el padre volvió de su viaje y, al acercarse a la choza, las chiquillas corrieron a su encuentro. Al ver a su hijastra sana y salva, cuando la creía muerta y enterrada en el agujero, la madrastra tuvo miedo y se tumbó precipitadamente en la estera, fingiéndose enferma. Pero fue inútil. Las niñas contaron todo a su padre y éste, acto seguido, atravesó a su mujer con un sable.

Los animales inteligentes

CUANDO se creó el mundo, los animales no eran nada inteligentes. Paseaban apaciblemente por los bosques y los cazadores los mataban con facilidad. Sin embargo, llegó el día en que la Tierra no pudo soportar por más tiempo ver cómo los estúpidos animales se dejaban matar de aquel modo y pidió a su mensajero que les llevara un saco lleno de inteligencia. El mensajero cogió un saco y partió.

Cuando hubo llegado a su destino, puso el saco al pie del árbol más cercano y se tumbó en la hierba a descansar un poco.

En seguida una liebre y un chacal se acercaron al saco.

—¿Ves este saco, hermana liebre? Un hombre lo ha dejado aquí hace un momento. Ven, llevémoslo a casa.

La liebre intentó levantar el saco, pero era demasiado pesado para ella. El chacal lo intentó también, pero tampoco podía levantarlo.

—Apóyalo en el árbol, agáchate y pónelo en el lomo —sugirió la tortuga, que había llegado mientras tanto.

El chacal siguió el consejo de la tortuga y se dirigió rápidamente a su madriguera con el saco. Entonces la liebre y el chacal lo abrieron y vieron que estaba lleno de inteligencia. La liebre cogió un gran puñado. Por eso, desde entonces, se volvió tan prudente y tan inteligente que incluso cuando duerme lo hace con los ojos abiertos.

El chacal también cogió un puñado, y la tortuga, dos. Llegó el zorro y también cogió. Para los demás animales también hubo, pero no tanto. Y por eso la tortuga, la liebre, el chacal y el zorro son los animales más inteligentes.

Había una vez una tortuga y un leopardo que eran grandes amigos. Juntos cocían espinacas, juntos iban a nadar. Pero, un día, el leopardo dijo:

—¡Estoy harto de espinacas! Tengo ganas de comer carne. Ven, hermana tortuga. Vamos a cazar.

Como la tortuga estaba de acuerdo, fueron al bosque.

Ante todo, se construyeron una casa de ramas y palos; luego hicieron una trampa. Tuvieron suerte y el primer día cogieron un antílope; el segundo día, otro, y al día siguiente, un tercero. Comieron, comieron y comieron hasta no poder más, pero todavía quedaba mucha carne.

—¿Sabes? —dijo el leopardo a su amiga—, vamos a llevar esta carne a casa para nuestras mujeres y nuestros hijos.

Trenzaron dos grandes cestas, una para el leopardo y otra para la tortuga. Luego metieron la carne y la cubrieron con hojas para que nadie viera lo que transportaban.

Después se fueron a acostar, tras haber decidido que saldrían temprano a la mañana siguiente.

Pero la tortuga se despertó durante la noche y se dijo:

—¿Por qué necesita carne el leopardo? Fácilmente puede conseguir la caza que desee, cosa que yo no puedo hacer.

Y mientras el leopardo dormía profundamente, la tortuga, sin pensarlo dos veces, vació la carne de la cesta del leopardo en la suya, y llenó la otra de piedras y la cubrió con hojas para que el leopardo no notara nada.

A la mañana siguiente el leopardo y la tortuga se pusieron en marcha. En el lindero del bosque se separaron y cada uno siguió su camino.

Al llegar a su cueva, el leopardo encontró a su esposa cocinando espinacas.

—¡Tira esas espinacas! —gritó—. ¡No quiero volver a verlas jamás! He traído una cesta llena de carne y tendremos un verdadero festín.

Diciendo estas palabras, dejó la cesta en el suelo y retiró las hojas.

Imaginad su sorpresa cuando la encontró llena de piedras en lugar de carne.

—¡Ha sido esa astuta tortuga! —rugió el leopardo, y se lanzó al exterior para llevar a cabo su venganza.

Naturalmente, fue imposible encontrar a la inteligente tortuga y el leopardo todavía la busca.

Pero cada vez que se cruza con otra se la come y no deja de ella sino el caparazón, vacío...

Un día el antílope tropezó con la tortuga cuando corría a través del bosque.

—¿Es que no puedes mirar dónde pisas? —gritó la tortuga.

—Corro tan deprisa —contestó el antílope— que no veo todo lo que encuentro en el camino.

—¡Deprisa! Yo no presumiría tanto —exclamó la tortuga—. ¿Sabes lo que te digo? Que puedo correr más deprisa que tú cuando quiera.

—No lo creo —contestó el antílope.

—Bien —dijo la tortuga—. Te lo probaré. Dentro de tres días haremos una carrera aquí, en este largo prado, y veremos quién gana.

Una vez que el antílope hubo dado su consentimiento, la tortuga se fue a buscar a sus amigos y parientes y les pidió que acudieran tres días más tarde y se colocaran a lo largo del prado.

—Cuando el antílope pase corriendo, gritaréis: ¡Más deprisa!, ¡más deprisa! ¡Te llevo mucha ventaja! —les pidió la tortuga, y sus amigos y parientes le prometieron obedecer sus instrucciones.

Tres días más tarde, el antílope y la tortuga se encontraron en el lugar previsto y empezó la carrera. O, más bien, la empezó el antílope, porque la tortuga se quedó donde estaba. Mientras el antílope corría, aquí y allá surgía de la hierba una tortuga que le gritaba:

—¡Más deprisa!, ¡más deprisa! ¡Te llevo mucha ventaja!

El antílope estaba tan humillado que ni siquiera terminó la carrera, y huyó al bosque.

La tortuga discutía con el elefante:

—Siempre estás presumiendo de tu fuerza, pero yo soy mucho más fuerte que tú.

—¿Tú? —rió el elefante—. ¡Me gustaría verlo!

—De acuerdo, te lo voy a demostrar. Hagamos mañana una competición. Traeré una liana y veremos quién gana.

La tortuga marchó entonces al encuentro del rinoceronte y le dijo:

—Siempre estás presumiendo de tu fuerza, cuando en realidad yo soy mucho más fuerte que tú.

—¿Tú? —rió el rinoceronte—. ¿Cómo puedes probarlo?

—Fácilmente. Mañana traeré una liana y veremos quién gana.

Al día siguiente, la tortuga llevó una liana y dio un extremo al elefante, diciéndole:

—Sujétala fuerte, y cuando grite ¡tira!, entonces tiras y veremos quién es el más fuerte.

Luego, la tortuga fue a donde estaba el rinoceronte y le tendió el otro extremo de la liana dándole las mismas instrucciones. La liana era muy larga

y el bosque muy espeso, tanto que el elefante y el rinoceronte no podían verse el uno al otro.

—¡Tira! —gritó la tortuga, y el elefante y el rinoceronte tiraron con todas sus fuerzas.

Aunque cada uno hacía lo que podía, ninguno era capaz de lograr que se moviera el otro ni un paso. Tiraron y tiraron todo el día hasta que cayó la noche, y entonces la tortuga gritó:

—¡Basta!

Primero se dirigió al elefante y le dijo:

—Dejémoslo. Está claro que cada uno de nosotros es tan fuerte como el otro.

Luego se dirigió al rinoceronte y le dijo lo mismo. Cuando vio lo sencillo que era engañar al elefante y al rinoceronte, intentó repetirlo con otros animales. Y desde entonces lo sigue haciendo.

Un día el mono invitó a la tortuga y preparó unos plátanos para la comida, metiéndolos en una gran cesta. A pesar de sus esfuerzos, la tortuga fue incapaz de coger los plátanos y se puso furiosa, pero no dejó que el mono se lo notara. Volviéndose hacia su anfitrión, le dijo:

—Se hace tarde y tengo que volver. La próxima vez me visitarás tú, y espero que sea pronto.

Dos días más tarde el mono le devolvió la visita. La tortuga había asado un pollo, y, después de poner la mesa, se volvió hacia el mono y dijo:

—¡Oh, qué sucias tienes las manos! Ve a lavártelas al arroyo.

El mono fue a lavarse las manos, pero, por muy fuerte que las frotó, seguían estando negras.

Intentó frotarlas con arena hasta que la piel se le puso en carne viva y le dolió mucho, pero en vano.

Durante ese tiempo la noche había caído y el mono tuvo que marcharse sin ni siquiera haber probado el pollo.

Cuando se separaron, la tortuga dijo:

—Yo sé que no puedes tener las manos blancas, del mismo modo que tú sabes que soy pequeña, y, a pesar de eso, me ofreciste plátanos en una cesta tan grande que no pude alcanzarlos.

Un día la tortuga reunió a todos los animales, pájaros y peces y les dijo:

—Amigos míos, en este bosque crece una planta que debemos destruir, si no ella nos destruirá.

Los animales se quedaron un poco sorprendidos por estas palabras y pidieron a la tortuga que les enseñara la planta. La tortuga les llevó al lindero del bosque, allí donde los árboles habían sido talados y sus raíces arrancadas, y el cáñamo había sido plantado por los hombres.

—Ésta es la planta —dijo la tortuga.

Los animales chuparon las hojitas y las encontraron más ácidas que la madera carcomida. Pero, sin hacer caso a las advertencias de la sabia tortuga, abandonaron tranquilamente el campo de cáñamo en lugar de destruir la planta.



Cuando el cáñamo hubo alcanzado una buena altura, llegaron los hombres, lo arrancaron e hicieron cuerdas con él. Luego cogieron una cuerda, la ataron a los dos extremos de un arco, hicieron flechas con la corteza de la palmera y lanzaron una a los aires que mató a un pájaro.

Cuando el pájaro moribundo estaba tendido en el suelo, la tortuga avanzó lentamente hacia él y dijo:

—Si hubieras escuchado mis consejos y destruido la planta del bosque, podrías haber seguido volando alegremente por el cielo.



Los hombres cogieron otra cuerda, la ataron a un junquillo hecho con una hoja de palmera, engancharon un anzuelo en el otro extremo y la sumergieron en el agua. Poco después, un pez quedó aprisionado sólidamente en el gancho. La tortuga se acercó con prudencia al pez y dijo:

—¿Ves? Podrías seguir nadando alegremente en el arroyo si hubieras seguido mis consejos y destruido la planta del bosque.

Los hombres cogieron otra cuerda más, hicieron un lazo, lo dejaron en un lugar oculto del bosque y en seguida un antílope cayó en la trampa.

Acercándose al antílope, la tortuga dijo:

—Si me hubieras escuchado y destruido la planta del bosque, ahora estarías brincando por la pradera.

Un día el chacal estaba matando el tiempo cuando vio llegar una carreta cargada de peces por el camino que venía del mar. Se le hizo la boca agua pensando en tan excelente comida, corrió hasta que adelantó a la carreta y se tumbó en medio del camino haciéndose el muerto.

—¡Caramba, qué veo! —dijo el conductor cuando la carreta se acercó—. ¡Qué maravillosa piel voy a tener!

Descendió, recogió el chacal, lo echó entre los peces y continuó su viaje. El chacal no perdió el tiempo y se puso a tirar los peces al camino. Luego saltó de la carreta, recogió el pescado y lo llevó a su casa.

No hacía mucho que había vuelto, cuando la hiena fue a visitarle; entonces le dio pescado. Pero, como pedía más, el chacal le dijo:

—Puedes conseguir todo lo que quieras si haces lo que te digo. Carretas llenas de pescado se dirigen regularmente a la ciudad desde el mar. Túmbate en medio del camino y hazte la muerta. El conductor te echará atrás con el pescado y podrás coger lo que quieras. Pero cuando estés tendida en el camino no debes mover un solo músculo, pase lo que pase.

La hiena dio las gracias al chacal y se fue. Tal y como había anunciado éste, el sonido de las ruedas de una carreta llegó en seguida a sus oídos, y rápidamente se tumbó en el suelo como muerta.

—¿Qué es ese trozo de piel apolillada? —exclamó el conductor mientras la carreta se acercaba.

Saltando del vehículo, cogió un palo y golpeó a la hiena con todas sus fuerzas. Luego, la empujó a patadas a un charco, al borde del camino, y se fue.

La hiena, medio muerta por la paliza, ni siquiera intentó huir. Se quedó allí, tumbada y sin mover un músculo, pasara lo que pasara.

El rey de los animales, el león, cayó enfermo y todos sus súbditos fueron a su lecho a desearle una rápida curación. Solamente el chacal no acudió.

La hiena, que estaba furiosa con él, dijo al león:

—Como veis, he venido a visitaros. Pero el chacal no ha acudido. ¡Le importa un comino! No le preocupa saber si estáis enfermo o si estáis muerto.

Esto puso furioso al león y ordenó a la hiena que fuera a buscar al chacal inmediatamente. La hiena obedeció y fue a decir al chacal que el león estaba furioso con él. El chacal no era tonto y adivinó lo que había pasado. Por tanto, cuando el león le preguntó por qué no había ido a presentarle sus respetos, el chacal tenía una respuesta preparada.

—Oh, León, ¿cómo se te ha podido ocurrir semejante cosa? Cuando supe que estabas enfermo corrí a casa del sabio y poderoso Gran Hechicero para que me explicara la forma de curarte. Por eso he tardado en venir.

—¿Y qué te ha dicho el Gran Hechicero? —preguntó el león.

—Me ha dicho que debes coger la piel de una hiena y envolverte con ella mientras todavía esté caliente.

Al león le conmovió la solicitud del chacal y, sin pensarlo dos veces, se apoderó de la hiena y le quitó la piel, sin prestar atención a sus llantos y a sus gritos.

A pesar de todo, un día el astuto chacal se dejó engañar.

Se deslizó al patio de una granja y robó un precioso gallo muy gordo. Le arrastró a las afueras del pueblo, y se disponía a comérselo, cuando el gallo le preguntó:

—¿No dices una oración antes de comer, como hace el hombre blanco?

El chacal se paró en seco y dijo:

—¿Y cómo reza el hombre blanco?

—Junta las manos y cierra los ojos —contestó el gallo.

El chacal juntó las patas delanteras.

—También debes cerrar los ojos —dijo el gallo.

El chacal cerró los ojos y en ese momento el gallo se agitó para liberarse y echó a volar. Antes de que el chacal pudiera darse cuenta, el gallo había desaparecido.

Furioso, el chacal dio media vuelta murmurando:

—Dejemos que el hombre blanco rece antes de las comidas, ¡pero eso no va con los chacales!

El espejo mágico

HABÍA una vez un hombre y su mujer que eran muy desgraciados porque no tenían hijos. Eran tan desdichados que decidieron ir a ver al Gran Hechicero y pedirle consejo.

—No hay nada más fácil —dijo el hechicero después de haberles escuchado—. Lo que tenéis que hacer es esperar la luna llena, coger dos peces, un macho y una hembra, guisarlos y comerlos. Y antes de que acabe el año, tendréis un hijo.

Hicieron lo que les había dicho, y antes de que transcurriera el año tuvieron un hijo al que llamaron Tembo.

El niño creció rápidamente, y muy pronto fue al bosque a coger leña para el fuego, y poco después a cazar. Pero a todas partes iba solo, con la única compañía de un viejo gato negro. Conocía el país a lo largo y a lo ancho, menos la región de bosque que había en la zona baja de la aldea, adonde le estaba prohibido ir. Sin embargo, un día dijo a sus padres:

—Ya soy mayor y, decid lo que queráis, pero hoy voy a ir a ese bosque que está en la zona baja de la aldea.

Se armó con un hacha, el arco y las flechas, silbó al viejo gato y se pusieron en camino. Poco después de haber penetrado en el bosque, llegó a un lugar donde se encontraba una gran serpiente que acababa en ese momento de comerse una gacela. Pero la cabeza de la gacela estaba atascada en la boca de la serpiente, que no podía ni escupirla ni tragarla.

Al ver a Tembo le llamó:

—Ven aquí, muchacho, y corta la cabeza de esta gacela, o me ahogaré y moriré.

—¡Si lo hago, me comerás a mí después! —respondió Tembo.

—No, no lo haré —prometió la serpiente—. Y, además, te recompensaré.

El gato intervino y dio su opinión:

—Ve y ayúdala. Estoy seguro de que merece la pena.

Entonces Tembo cogió el hacha y cortó la cabeza de la gacela. Inmediatamente la serpiente lanzó un gran suspiro de alivio y dijo:

—Ahora, agárrate fuertemente a mi cola. Te llevo a mi casa, donde podré recompensarte como prometí. Pero no sueltes mi cola.

Tembo agarró la cola de la serpiente con las dos manos, el gato saltó a sus hombros y se fueron. Por fin, llegaron a la casa de la serpiente y ésta les dio algo de comer y les invitó a pasar tres días en su casa.

Pasados los tres días, la serpiente dijo:

—Prometí que te recompensaría. Hoy te conduciré a la cueva donde guardo mis espejos y podrás elegir el que desees.

Y llevó a Tembo a una cueva tan llena de espejos, que no había sitio para otra cosa. Mientras estaban allí, de pie, el gato susurró al oído de Tembo:

—Coge aquél en el que hay una mosca.

Al levantar los ojos, Tembo vio una mosca, que zumbaba aquí y allá por la cueva, y que en ese instante se posó en uno de los espejos.

—Quiero éste —dijo Tembo señalando el espejo de la mosca.

—Has elegido bien —dijo la serpiente, y le dio el espejo.

Luego se separaron y cada uno volvió a su casa.

Entonces, el gato dijo a Tembo:

—Es un espejo mágico y te otorgará todos tus deseos.

—¿De verdad? —dijo Tembo sorprendido.

Entonces le puso a prueba sin esperar un momento más.

—Espejo mágico —exclamó—, quiero una casa con un tejado rojo de pizarra.

Y allí, ante él, se irguió una casa con el tejado rojo de pizarra. Entonces fue a ver a sus padres y dijo:

—Voy a ir a casa del gobernador para pedirle la mano de su hija.

Antes de salir se puso unos pantalones de tela gruesa, una camisa de tela gruesa, un viejo sombrero, zapatos agujereados, una corbata de hojas de banano y cogió una sombrilla también de hojas de banano.

Al llegar a casa del gobernador, subió a la terraza y el gobernador y su esposa salieron a su encuentro.

—¿Qué quieres? —preguntó aquél.

—La mano de tu hija —respondió Tembo.

El gobernador y su mujer se echaron a reír y el gobernador añadió:

—Nuestra hija será tu esposa, espantapájaros, con la condición de que construyas una casa de una planta aquí, en medio del río. Inmediatamente.

—Oh, espejo mágico, haz que una preciosa casa de una planta, llena de sillas, muebles y sirvientes, con una gran mesa cubierta de manjares, se alce en medio del río.

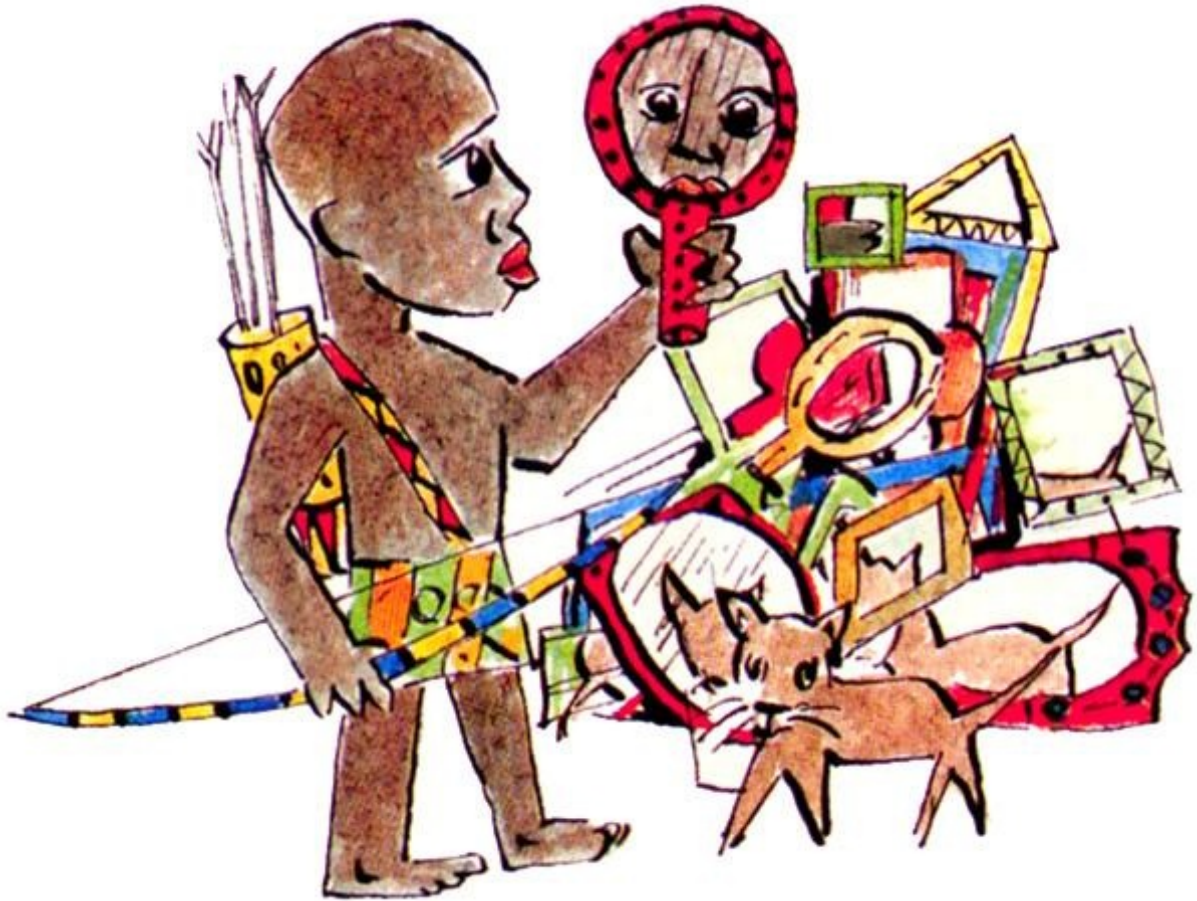


En un abrir y cerrar de ojos la casa estaba allí, tal como Tembo la había deseado.

El gobernador y su mujer se lamentaron y sollozaron ante la idea de entregar a su hija a Tembo, pero una promesa es una promesa, y no podían hacer otra cosa.

La hija del gobernador era muy feliz con Tembo, porque tenía todo lo que quería, mucho más de lo que había tenido en casa de sus padres. Tembo sólo había de pedir al espejo mágico y sus deseos se cumplían. Sin embargo, el gobernador no quería hacer las paces con Tembo y envió a su ejército contra él. Cuando los soldados se acercaban a la casa que estaba en medio del río, el gallo que había en el tejado cantó:

*¡Cocoricó,
cocoricó!
Pobre Tembo,
¡llegan los soldados!
¡Y es el fin
para ti y para mí!*



Al oír aquello, Tembo corrió al espejo y dijo:
—Oh, espejo mágico, haz que se vaya el ejército.
Y cuando miró al exterior, no vio ningún soldado.
Pero el gobernador no se dio por vencido y envió un ejército mayor.
Cuando los soldados se acercaban, el gallo en el tejado cantó:

*¡Cocoricó,
cocoricó!
Pobre Tembo,
¡llegan los soldados!
¡Y es el fin
para ti y para mí!*

Al oír aquello, Tembo corrió al espejo y dijo:
—Oh, espejo mágico, haz que se vaya el ejército.
Y cuando miró al exterior, no vio ningún soldado.
El gobernador comprendió que debía actuar de otra forma si quería conseguir algo, y envió a casa de Tembo a una anciana astuta para que le

robara el espejo mágico.

—¿Es verdad que posees un espejo mágico que te concede todo lo que deseas? —preguntó a Tembo.

—Es verdad —dijo Tembo y, riendo, fue a buscarlo para enseñárselo.

La anciana lo observó por todas partes, moviendo la cabeza en señal de admiración, y, aprovechando un momento en que Tembo miraba hacia otro lado, lo escondió rápidamente bajo sus faldas y lo reemplazó por otro. Se lo llevó al gobernador y éste lo puso bajo un tambor y envió otra vez a su ejército.

Al ver a los soldados, el gallo cantó por tercera vez:

*¡Cocoricó,
cocoricó!
Pobre Tembo,
¡llegan los soldados!
¡Y es el fin
para ti y para mí!*

—¡No! —gritó Tembo cogiendo el espejo.

Sin embargo, esta vez, a pesar de sus súplicas, el espejo no acudió en su ayuda.

Los soldados destruyeron la casa, encerraron a Tembo y a su gato en la prisión y condujeron a su esposa a casa del gobernador.

Tembo se sentó, muy triste y abatido, en su oscura celda, mirando cómo las ratas corrían en todos los sentidos, dispuestas a devorarlo.

Pero su fiel gato se dispuso a ayudarlo. Arqueando el lomo, eligió el momento y saltó sobre la rata más grande, clavándole las uñas en el cuello.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —gritó la rata—. Sé dónde está el espejo mágico. Suéltame y te lo traeré.

El gato la soltó y poco después la rata volvió con el espejo, como había prometido.

Gritando de alegría, Tembo lo cogió y dijo:

—Oh, espejo mágico, devuélveme la libertad y haz que mi casa se alce como antes en medio del río y que mi mujer esté allí para recibirme.

Y las cosas ocurrieron así, porque Tembo había recuperado su espejo mágico.

Gassir, el héroe

HABÍA una vez un héroe famoso que se llamaba Gassir. Había vencido a todos sus enemigos, devastado sus pueblos, y pensaba que su fama sería eterna. Un día, cuando volvía de la lucha, vio a una perdiz sentada en la hierba y que cantaba:

*No hay sables poderosos,
no hay hombres tan poderosos
que no sean olvidados.
Oh Gassir, ¡valiente guerrero!,
tus heroicas hazañas
serán olvidadas.
El heroísmo, tú lo sabes,
como resultado de la fuerza
engendra lágrimas y tristeza.
El mundo te olvidará
como a mí me olvidará,
pero el canto sobrevivirá...
Las ciudades y los pueblos,
los héroes y los cobardes:
¡todo desaparecerá!
¡Excepto mi canción,
que siempre sobrevivirá!*

Gassir escuchó el extraño canto del pájaro; luego fue a buscar al Sabio de la aldea y le contó lo que había oído.

—La perdiz tiene razón —dijo el anciano—. La fama del héroe es como la hierba. Antes de que termine un año, se seca. Pero una canción es eterna.

Al oír esto, Gassir fue a buscar al herrero, que era muy habilidoso, como todos los herreros, y le pidió que le hiciera un laúd.

—Te haré un laúd —dijo el herrero—, pero ¿sabrás tocarlo?

—Eso es asunto mío, no tuyo —respondió Gassir con arrogancia.

Entonces, el herrero le hizo un laúd. Pero cuando Gassir intentó tocarlo, no salió de él una sola nota.

—¿Por qué el laúd está silencioso? —preguntó.

—Te dije que no sabrías tocarlo. Pero es asunto tuyo, no mío —rió el herrero.

Avergonzadísimo, Gassir dijo al herrero:

—Dime, ¿qué debo hacer?

El herrero inclinó la cabeza y reflexionó. Luego dijo:

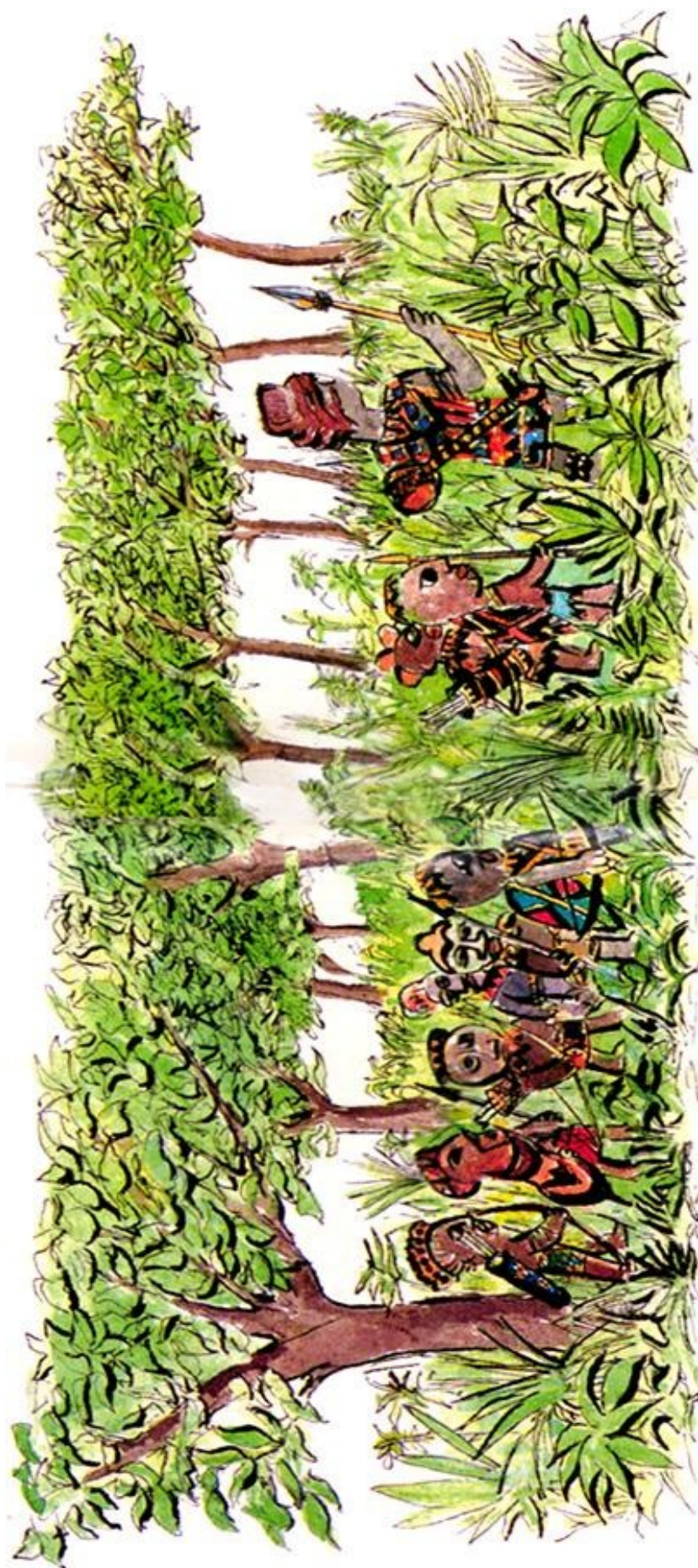
—El laúd no es sino un trozo de madera. No sabe cantar porque no tiene corazón. Eres tú el que debe proporcionárselo. Llévalo contigo cuando vayas a combatir. Cuando su madera esté mojada por tu sudor y tus lágrimas, cuando tus penas se conviertan en sus penas y tu gloria en su gloria, ya no será simplemente un trozo de madera que yo habré transformado en laúd, sino una parte de ti mismo, de tu vida. Y entonces hablará.

Poco después, Gassir marchó a la guerra contra uno de sus enemigos.

Reunió a sus ocho hijos y les dijo:

—Vamos a combatir hoy. Nuestras hazañas no deben olvidarse jamás. La gloria de nuestros sables debe vivir siempre. Yo, Gassir, y vosotros, mis hijos, podemos morir, pero sobreviviremos en una canción, que será inmortal.

Después de haber hablado, se puso el laúd en bandolera y salió con sus ocho hijos. Lucharon durante ocho días como corresponde a los héroes. Los sablazos de Gassir hicieron temblar las cuerdas del laúd y el sudor de su frente se infiltró en la madera. Combatieron los ocho días propios de los héroes, y cada día uno de sus hijos murió en la batalla.



El octavo día, el de la victoria, cuando Gassir enterró a su octavo hijo, el gran héroe se sentó en una piedra y por primera vez en su vida derramó lágrimas de tristeza. Su heroísmo había sido inútil. Ahora se había quedado completamente solo y pronto nadie se acordaría de él ni de sus hazañas.

De repente, Gassir oyó el sonido de una voz, una voz que parecía venir de su propio corazón. Era el laúd, que había cobrado vida por sus lágrimas, y no por sus actos heroicos. El laúd cantó a Gassir y sus hijos, y cantó su valor y su arrojo, y su canto vive todavía y vivirá eternamente.

El huevo

HABÍA una vez un jefe que tenía muchos hijos, pero todos eran mujeres. Su esposa dio a luz por última vez no un hijo, sino un huevo del tamaño de uno de avestruz.

—¡Un huevo es preferible a otra niña! —dijo el jefe, y lo dejó en un rincón de la choza.

Luego fue a la aldea vecina a buscar una prometida para su último vástago.

Al llegar encontró un grupo de cantores, entre los cuales vio a una bellísima muchacha. Fue a ver a su padre y le dijo:

—Tienes una hija muy bella. Dámela para que sea la prometida de mi hijo.

El padre aceptó y el jefe le pagó generosamente y llevó a la muchacha a su casa, pero no hubo boda. ¿Cómo iba a celebrarse con un huevo? La muchacha vivió con las hijas del jefe, las acompañó a los campos y olvidó completamente a su prometido.

Un día las hijas estaban sembrando los campos, cuando se dieron cuenta de que no quedaban semillas.

—Ve, hija mía, ve a casa y trae más semillas —dijo el jefe a una de sus hijas, y fue.

Al llegar a la choza del jefe, vio cómo el huevo salía por la puerta, rodando, daba varias vueltas a la casa y cantaba:

*Mi padre se fue
a buscarme esposa.
Puedo divertirme
y salir a pasear...*

La joven tomó el huevo, lo metió de nuevo en la choza y, después de coger las semillas, volvió a los campos.

Al día siguiente, las muchachas seguían sembrando los campos, cuando advirtieron que no les quedaban semillas.

Esta vez el jefe envió a otra de sus hijas a buscarlas. Al llegar a la choza, vio cómo el huevo salía por la puerta, rodando, daba varias vueltas a la casa y cantaba:

*Mi padre se fue
a buscarme esposa.
Puedo divertirme
y salir a pasear...*

Tomó el huevo, lo metió en la choza y, después de coger las semillas, volvió a los campos.

El tercer día, las jóvenes volvieron a los campos a sembrar y una vez más les faltaron semillas.

Pero en esta ocasión fue la nuera del jefe la que se ofreció a ir a buscarlas.

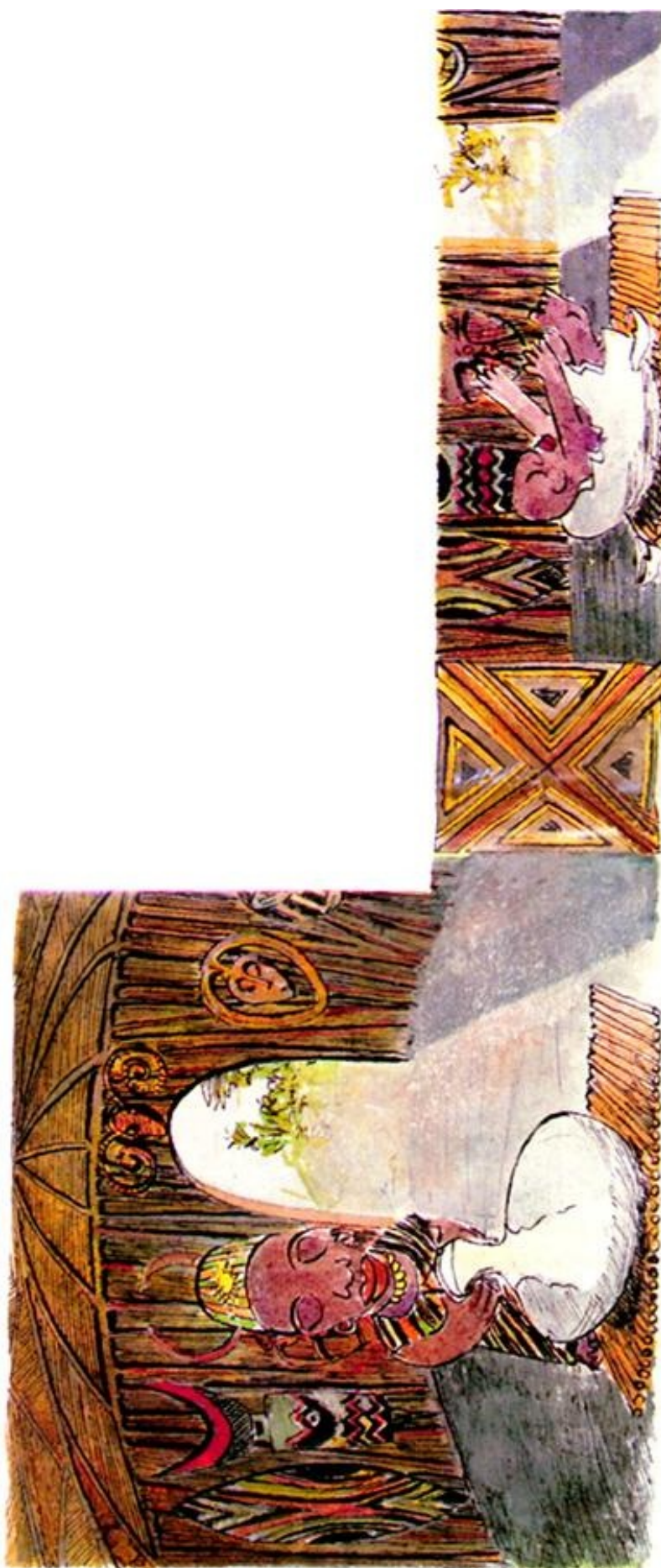
Al llegar a la choza, vio cómo el huevo salía por la puerta, rodando, daba varias vueltas a la casa y cantaba:

*Mi padre se fue
a buscarme esposa.
Puedo divertirme
y salir a pasear...*

Tomó el huevo, lo metió en la choza y, después de coger las semillas, volvió a los campos. Sin embargo, al llegar dijo:

—Me duele la cabeza. Creo que voy a volver y me tumbaré un poco.

Pero en lugar de volver a la choza corrió a casa de su padre, a la aldea vecina, y le contó lo que había ocurrido.



—Vuelvo a casa —dijo llorando—. ¡No quiero un huevo de avestruz por esposo!

Al oír aquello, su padre respondió:

—Debes volver allí. Pero voy a darte una poción que transformará el huevo en hombre. ¡Aquí la tienes y ten cuidado! Cuando vuelvas a casa, pon el huevo sobre una estera de fibra de caña, vierte encima agua hirviendo, luego extiende la poción sobre el huevo y tápalo con paños calientes. Cuando el hombre haya salido del huevo, vierte el resto de la poción en agua caliente y lávale con ella. Esconde las cáscaras y no las pongas jamás cerca de la cabeza de tu esposo, porque, si no, se convertirá en huevo otra vez.

La joven dio las gracias a su padre, cogió la poción y fue corriendo a la choza. Allí hizo lo que le había dicho, y poco después oyó una voz bajo los paños que decía:

*Tengo una pierna que crece,
luego otra...*

*Tengo un brazo que crece,
luego otro...*

*Tengo una cabeza que crece,
Una espina dorsal...,
ojos, orejas y nariz.
¡Ya está, se terminó!*

En ese instante, las cáscaras se rompieron y un apuesto joven apareció ante ella. La muchacha vertió rápidamente la poción en agua caliente, lavó el cuerpo del hombre, recogió cuidadosamente las cáscaras de huevo y las metió en una tinaja de arcilla. ¡De este modo, por fin, tenía un esposo!

Muy temprano, a la mañana siguiente, salió de la choza, dejando a su marido en el interior. Una de las hijas del jefe se acercó a ella y le preguntó:

—¿Todavía te duele la cabeza?

—Sí, un poco —respondió su cuñada.

—¿Quieres gachas de avena?

—¡Oh, sí! Tengo mucha hambre.

La hija del jefe le llevó las gachas y le aconsejó que se quedara en casa mientras los demás iban a los campos.

—Bien —dijo, y, cogiendo las gachas, volvió a la choza, donde las compartió con su esposo.

Luego se fue a la aldea vecina, a ver a su padre.

—He hecho lo que me has dicho, y un hombre ha salido del huevo —le dijo.

—¡Todo arreglado! —respondió él con alegría.

Y le dio un manto de cuero, un cinturón de cuero, un escudo de plumas, una lanza y un sombrero de cañas trenzadas para que se los entregara a su esposo.

Su hija le dio las gracias y se llevó todo a su casa.

—Toma, Huevo, ponte estas ropas.

Huevo se ató el cinturón de cuero, se puso el sombrero de cañas en la cabeza, se echó el manto de cuero por los hombros, cogió el escudo y la lanza y fue a sentarse en la silla del jefe, en medio del pueblo.

Caía la noche cuando los habitantes del pueblo empezaron a regresar después de haber realizado las labores del día.

Llegaron los vaqueros con sus vacas. Se quedaron boquiabiertos de sorpresa:

—¿Cómo se atreve ese forastero a sentarse en la silla del jefe? ¿Quién es?

A lo cual Huevo respondió dirigiéndose a uno de los vaqueros:

—Dame leche de tu vaca.

El vaquero le dio leche, Huevo la bebió y dio las gracias al hombre.

Luego llegó la gente que venía de los campos y, con ellos, el jefe. Al vera Huevo en su silla, se acercó y le dijo:

—Bienvenido a nuestro pueblo. ¿Quién eres?

—¿No me reconoces?

—No te he visto en mi vida —respondió el jefe.

—Soy tu hijo Huevo.

—¡Huevo! —dijo el jefe, sorprendido—. ¿Y cómo te has convertido en hombre?

—Es obra de mi esposa —respondió Huevo.

Durante ese tiempo, la gente de la aldea se había agrupado alrededor, y entre ellos la esposa de Huevo, que les contó cómo había transformado a su esposo de huevo en hombre.

—Te recompensaré por ello —dijo el jefe.

Y, para demostrarle su gratitud, le dio una manada de vacas y bueyes y nombró jefe a Huevo para que le sustituyera.

Sin embargo, poco tiempo después Huevo encontró una nueva esposa. Su primera mujer se puso muy triste y suplicó al anciano jefe que la ayudara. Pero ¿qué podía hacer si ya no era jefe y Huevo gobernaba en su lugar?

Entonces la pobre mujer cogió los trozos de cáscara de huevo que había guardado en la tinaja y fue a la choza donde Huevo vivía con su nueva esposa. Cuando entró, Huevo estaba tumbado en una estera y su mujer preparaba gachas de avena.

—Buenas noches —dijo la primera esposa—. ¿Puedes darme un poco de tabaco?

—No tengo tabaco —refunfuñó la otra.

—Entonces, un poco de agua por lo menos.

—No tengo —fue la respuesta, en tono cortante.

—No seas así —dijo Huevo—. Da de beber a esta mujer.

Entonces ella fue a buscar un poco de agua a la tinaja y, mientras estaba vuelta de espaldas, la primera esposa puso los trozos de cáscara de huevo junto a la cabeza del jete. De repente, éste se acurrucó bajo las mantas y empezó a gemir:

He perdido una pierna,

luego otra...

He perdido un brazo,

luego otro...

He perdido la cabeza,

la espina dorsal...,

ojos, orejas y nariz.

¡Ya está, se terminó!

Cuando las mujeres retiraron las mantas, allí, en lugar del jefe, había un gran, enorme huevo.

La aldea entera lloró porque el jete se había transformado en huevo y todos suplicaron a su primera esposa que le convirtiera otra vez en hombre. Pero ella se negó:

—Huevo me ha hecho mucho daño —dijo, y con estas palabras le dejó y volvió a casa de sus padres, a la aldea vecina.

El anciano jefe la siguió a casa de su padre y pidió a éste que volviera a convertir a su hijo en hombre. Pero él se negó, diciendo:

—Huevo ha hecho daño a mi hija y a toda nuestra familia.

Sin embargo, al final se enterneció y dio a su hija una poción mágica, diciéndole:

—Vuelve a tu casa y convierte otra vez a tu esposo en hombre. Pero si vuelve a hacerte daño, conviértele en huevo y ven a vivir con nosotros.

Su hija le obedeció. Después de haber vertido el agua hirviendo sobre el huevo, extendido la poción y cubierto con paños calientes, oyó de nuevo una voz que decía:

*Tengo una pierna que crece,
luego otra...*

*Tengo un brazo que crece,
luego otro...*

Tengo una cabeza que crece,

Una espina dorsal...,

ojos, orejas y nariz.

¡Ya está, se terminó!

Y del huevo salió el apuesto joven, que se volvió hacia ella y dijo:

—Sé que te he hecho mucho daño. Pero a partir de hoy jamás te abandonaré.

Y así fue.

La bella Mekukui

HABÍA una vez en una aldea lejana un hombre que se llamaba Nsambe. Tenía esposa pero no hijos, porque cada vez que su mujer traía un niño al mundo, se lo comía inmediatamente. Ella estaba muy triste y desesperada. Un día se dijo:

—La próxima vez que tenga un hijo lo esconderé en el bosque para que Nsambe no lo sepa.

Y eso hizo. Cuando nació una niña, la escondió en una cueva en el bosque y dijo a Nsambe que había nacido muerta. Todos los días iba a alimentarla y a ocuparse de ella. Le puso de nombre Obella, que es el de una planta dedicada al sol. No era un nombre habitual, porque en aquel país las niñas llevaban nombres de plantas dedicadas a la luna.

Al cabo de cierto tiempo, la mujer tuvo otra niña a la que llamó Mbui-Ekon, otra planta dedicada al sol. Luego vino una tercera, llamada Si-Ekon, que significa flor roja, y más tarde la cuarta y última, que tenía una piel tan clara y tan bella que su madre la llamó Mekukui, que quiere decir claro de luna. Guardó muy bien el secreto y Nsambe nada supo de la existencia de sus hijas. Todos los días ella iba a la cueva para alimentarlas y cuidarlas.

Y así pasaron los años, y las niñas crecieron y se convirtieron en bellas y delicadas muchachas en edad de casarse y fundar una familia.

En la aldea vecina vivía un joven, un gran cazador, que con frecuencia penetraba hasta lo más profundo del bosque para cazar.

Un día llegó cerca de la cueva donde vivían las hijas de Nsambe, y en la entrada vio a la bella Mekukui. Era tan bella que se la quedó mirando mucho mucho tiempo. Por fin, hizo acopio de valor y salió de detrás de los árboles para hablar con ella. Al verle, Mekukui corrió hacia la cueva, pero el joven le dijo:

—No tengas miedo, oh, bella joven. Te he observado durante mucho rato. Dime, ¿cómo te llamas?

—Soy la hija de Nsambe —respondió la muchacha, y desapareció en la cueva.

A la mañana siguiente, muy temprano, el joven fue a la aldea vecina a ver a Nsambe y a pedirle la mano de su hija.

Nsambe se quedó un poco desconcertado ante aquella petición.

—Pero si yo no tengo hijas —dijo.

—Ayer vi en el bosque a una muchacha maravillosa y me dijo que era hija de Nsambe —respondió el joven.

Nsambe llamó a su mujer, y ella le confesó que había dado a luz una hija hacía varios años y que la había escondido en el bosque para que no se la comiera.

—Bueno, ya no hay nada que hacer —dijo Nsambe—. Ve y tráela a casa.

Y su esposa fue al bosque y en seguida volvió con Obella.

—No, no es ella —dijo el joven al verla.

No había más remedio que confesar que había traído al mundo a otra hija, Mbui-Ekon, y fue a buscarla. Al verla, sin embargo, el joven negó con la cabeza y volvió a decir que no era ella.

Entonces, la esposa de Nsambe fue a buscar a la tercera hija, Si-Ekon, pero el joven aseguró que tampoco era ella.

Por fin, la mujer fue a buscar a la más joven, pero Mekukui se negó a ir con ella.

—Sólo iré a casa si ese joven me trae un cesto nuevo lleno de perlas y de brazaletes de cobre.

Su madre volvió sin ella y transmitió el mensaje al joven.

—Haré lo que desea —respondió, y, cogiendo un cesto nuevo, compró perlas e hilo de cobre, hizo brazaletes y los llevó a la cueva.

—Muy bien —dijo Mekukui cuando vio los regalos—, iré contigo.

Se alejaron de la cueva y llegaron junto a un árbol arrancado y caído en medio del sendero que les interceptaba el paso.

—Sólo treparé al árbol si me traes otro cesto con perlas y brazaletes —dijo Mekukui.

El joven corrió al pueblo, compró más perlas e hilos de cobre, hizo brazaletes y los metió en un nuevo cesto que llevó a Mekukui.

—Muy bien —dijo Mekukui cuando vio los nuevos regalos—. Saltaré por encima del árbol.

Por fin llegaron a la aldea, pero, al llegar a casa de Nsambe, Mekukui se negó a entrar.

—Sólo entraré —dijo— si me traes otro cesto con perlas y brazaletes.

—No hay nada que no haga por ti —dijo el joven, y, una vez más, le llevó un cesto lleno de joyas.

Esta vez Mekukui aceptó convertirse en su esposa y Nsambe tampoco puso objeciones.

—Todo esto ha sido gracias a ti, muchacho —dijo—. Si no, ni siquiera sabría que tengo cuatro hijas mayores. Mekukui es tuya. Pero ten cuidado de que ningún extraño la toque jamás, ni le diga que es bella.

El cazador llevó a su joven esposa a su casa, a su aldea. Construyó una choza nueva donde vivieron felices y satisfechos.

Un día dijo a su mujer:

—Debo ir a cazar y voy a dejarte durante algún tiempo, pero nada temas, mi hermana se quedará contigo para que no te ocurra nada.

Al día siguiente llevó a su hermana a casa, y antes de marcharse le dijo que nadie debía tocar a Mekukui y nadie debía decirle que era bella.

Ella se lo prometió y el cazador se fue con el alma en paz.

Sin embargo, cuando la hermana entró y vio a la bella Mekukui, cuya piel resplandecía como el claro de luna, fue incapaz de contenerse y, abrazando a la muchacha, exclamó:

—¡Oh, Mekukui, qué bella eres!

En ese instante, Mekukui se transformó en un horrible mono de mejillas arrugadas, saltó al árbol más cercano y desapareció de su vista.

Cuando su esposo volvió y supo lo que había pasado, se puso muy triste y fue inmediatamente a pedir consejo a Nsambe.

—Veo que no ha sido por tu culpa —dijo Nsambe—, pero no puedo ayudarte. Toma a mi hija mayor, Obella, como esposa, así no estarás tan triste y solo.



El cazador volvió, pues, a su casa con su nueva esposa, pero no era dichoso. Pensaba continuamente en Mekukui, y Obella también lloraba con frecuencia pensando en su hermana.

Todos los días Obella iba a quitar las malas hierbas al campo de soja. Cuando quitaba las hierbas, llorando, llorando y llorando, vio de repente cómo un horroroso mono de mejillas arrugadas salía corriendo del bosque. Era Mekukui. Se acercó a su hermana, se quitó la piel de mono y la abrazó.

—¿Por qué lloras sin parar? Después de todo, no estoy muerta —le dijo.

—No estás muerta, pero te has transformado en una bestia tan espantosa, que es como si estuvieras muerta —respondió Obella.

—No llores más. Vendré aquí a verte y a ayudarte todos los días. Pero no debes decírselo a nadie; si no, no volveremos a hablar nunca más.

Trabajaron juntas todo el día y, cuando llegó el crepúsculo, Mekukui se puso otra vez la piel de mono y desapareció en el bosque. Y lo mismo ocurrió durante cierto tiempo. Sin embargo, al cazador le parecía extraño que su mujer hubiera cambiado tanto y que hiciera tanto trabajo en el campo.

Le preguntó hasta que Obella acabó por decirle que Mekukui iba a ayudarla todos los días.

—Voy a decirte lo que haremos —dijo el joven al oír aquello—. Mañana iré contigo y, cuando Mekukui se quite la piel de mono, la tiraré al fuego que siempre se hace para alejar a los mosquitos. Y la traeremos a casa.

Y eso hicieron. Al día siguiente, el cazador fue al campo con Obella, se escondió en el bosque y aguardó la llegada de Mekukui. No esperó mucho rato. Pero cuando Mekukui llegó no quiso quitarse la piel de mono.

—Creo que aquí hay alguien más —dijo.

—¡Es absurdo —respondió Obella—, sólo estamos nosotras!

—Te creo —dijo Mekukui—, pero no olvides que si alguien me ve aquí tal como soy realmente, entonces no volveremos a hablar nunca más.

Diciendo esto, Mekukui se quitó la piel de mono.

En ese instante el cazador salió de su escondite, tiró la piel al fuego y sujetó a Mekukui muy fuerte con sus brazos, hasta que la piel se hubo convertido en cenizas. Y así Mekukui volvió a ser una mujer, pero perdió la voz y fue incapaz de hablar.

En vano su esposo preguntó a los hechiceros más famosos cómo podría recuperar la palabra. Nadie pudo darle una respuesta hasta el día en que encontró a una anciana hechicera, que le dijo:

—Cuece para tu mujer una sopa de verduras y suspende un gran ciempiés sobre la olla. Cuando lo vea, se quedará tan sorprendida que preguntará quién

lo ha puesto ahí. En el momento en que diga eso, todos gritaréis: «¡Puede hablar!, ¡puede hablar!». Así se romperá el sortilegio.

El cazador dio las gracias a la anciana y al volver a su casa hizo lo que ella le había dicho. Llamó a sus parientes y amigos, preparó una olla de sopa de verduras y sobre la olla colgó un gran ciempiés. Luego pidió a Mekukui que fuera a comer. Cuando llegó y vio al horrible ciempiés sobre la olla, se detuvo y gritó:

—¿Quién ha puesto eso ahí?

Tras lo cual todos se pusieron a gritar alegremente:

—¡Puede hablar! ¡Puede hablar!

Desde entonces, Mekukui pudo hablar y vivió dichosa con su esposo. Y Obella volvió a casa de su padre.

El lenguaje de los animales

HABÍA una vez un hombre que había aprendido el lenguaje de los animales. Entendía todo lo que decían, pero estaba obligado a no revelárselo a nadie, bajo pena de perder la vida.

Aquel hombre poseía un buey y un asno. El asno no tenía mucho trabajo que hacer. Sólo debía transportar al granjero en su lomo cuando éste se desplazaba, pero el buey tenía que arar la tierra durante todo el día y por la noche estaba tan cansado que ni siquiera podía comer. Caía como un plomo y se dormía. Un día el buey dijo al asno:

—Te das la gran vida. ¿Qué sabes tú del trabajo? Mientras que yo...

—Es culpa tuya —respondió el asno.

—¿Culpa mía? —dijo el buey, sorprendido.

—Naturalmente que es culpa tuya. Mañana, cuando el mozo de cuadra venga a buscarte para arar el campo, no te levantes. Quédate tumbado sin moverte, aunque te pegue. Si haces lo que te digo, te dejaré tranquilo.

El granjero oyó el consejo del asno y se echó a reír. Al día siguiente, cuando el mozo de cuadra no consiguió que el buey se levantara, le dijo:

—Deja el buey tranquilo, ya ha trabajado bastante. Lleva al asno en su lugar.

Y el asno aró el campo durante todo el día, y cuando llegó la noche estaba tan cansado que apenas podía tenerse en pie.

En cambio, el buey, muy descansado y de buen humor, saludó al asno a su vuelta con estas palabras:

—Me diste un buen consejo, hermano, un estupendo consejo. No he hecho nada en todo el día, aparte de comer y dormir. Mañana haré lo mismo.

Preocupado por la idea de verse obligado a arar otra vez en lugar del buey, el asno le dijo:

—Si yo fuera tú, iría mañana a trabajar. He oído decir al granjero que si te negabas a levantarte y a ir a trabajar te mataría.

—Gracias, hermano, por tu buen consejo —respondió el buey—. Entonces iré. Después de todo, más vale trabajar y estar vivo que muerto.

El granjero oyó estas palabras y soltó una gran carcajada.

Su mujer, que estaba junto a él, se volvió y le preguntó:

—¿De qué te ríes?

—Es lo único que no puedo decirte. Si no, moriría en el acto.

—¿Así que tienes secretos para tu mujer? ¿De este modo me tratas después de tantos años? —gritó.

Y le regañó durante toda la noche, y al día siguiente y al otro, hasta que el granjero acabó por decirse: «Más vale morir que vivir así, aunque lo pase mal cuando esté muerto y enterrado».

Decidido, tomó un baño, se puso ropa limpia y le dijo a su mujer:

—Voy a ver a mis padres. Cuando vuelva esta noche, te diré por qué me reía y entonces moriré.

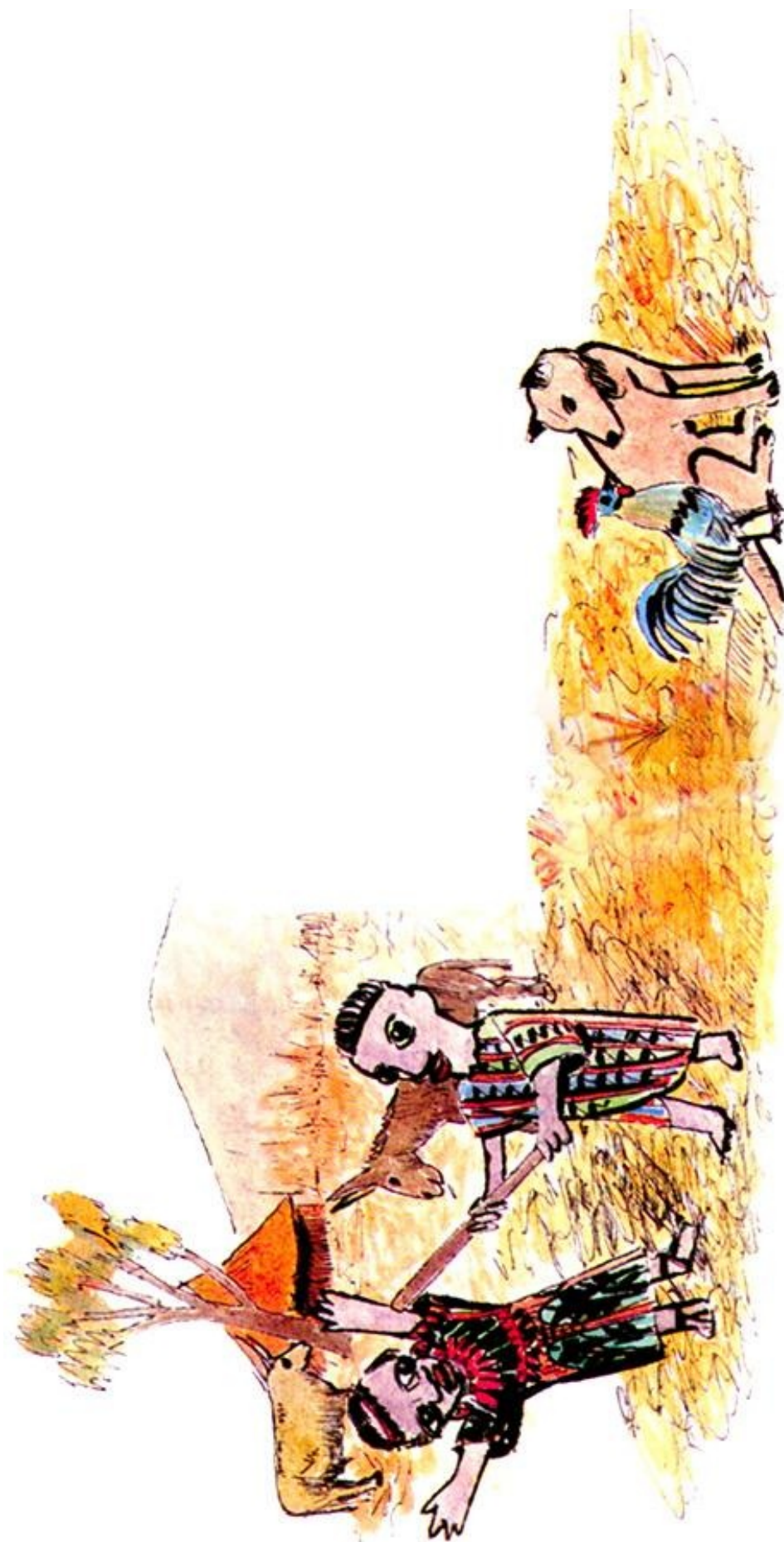
—Por fin voy a conocer tu secreto —exclamó su esposa con alegría.

Y su curiosidad era tan grande que no pensó ni por un segundo en la muerte de su esposo.

El granjero fue a ver a sus padres; después de haberse despedido de ellos, volvió a su casa. Al entrar en el patio, oyó al perro que hablaba con el gallo:

—El granjero morirá hoy —decía el perro.

—¿Por qué? —preguntó el gallo sorprendido—. Es un hombre muy sano.



—Su esposa quiere conocer su secreto, y, si se lo dice, morirá.

—Entonces, ¿por qué decírselo? —preguntó el gallo.

—Se lo ha prometido —fue la respuesta.

—¡El granjero es bobo! —masculló el gallo moviendo la cabeza—. No tiene ni idea de cómo tratar a las mujeres. Yo tengo cincuenta y andan más derechas que una vela, ¡y él sólo tiene una!

—¿Qué harías tú en su lugar? —preguntó el perro.

—Cogería un palo bien gordo y le pegaría para que se le quitaran las ganas de conocer mis secretos —dijo el gallo.

Al oír aquello, el granjero se dijo: «El gallo tiene razón. Realmente soy un imbécil».

Cogió un palo muy grueso y empezó a pegar a su mujer.

—¿Por qué me pegas? —gritó ella.

—Porque mi secreto era para ti más importante que mi vida.

—¡Para! ¡Oh! ¡Para! —suplicó—. Ya no quiero saber nada nunca más, pero para, por favor, para...

Y, después de aquello, el granjero y su esposa vivieron muy felices juntos.

La astucia del zorro

El zorro y la gacela se dirigían juntos hacia el bosque a buscar algo bueno para comer.

—Conozco un árbol lleno de miel —dijo el zorro.

—¿El árbol es tuyo? —preguntó la gacela.

—Pertenecía a mi padre, pero al morir me lo dejó —respondió el zorro.

—Entonces de acuerdo, vamos —dijo la gacela.

Los dos treparon al árbol con un gran montón de paja, al que prendieron fuego para ahumar a las abejas. Luego comieron hasta hartarse la dulce miel.

Pero el árbol no pertenecía al zorro. Pertenecía al poderoso león, que por casualidad pasó por allí mientras la gacela y el zorro se relamían.

—Bajad inmediatamente —rugió—. ¡Cómo se os ocurre comeros mi miel!

Entonces el zorro susurró al oído de la gacela:

—Voy a esconderme entre la paja que queda y tú la tirarás abajo gritando al león que se aparte si no quiere quemarse.

La gacela, asustada, obedeció. El león dio un salto hacia un lado cuando el montón de paja cayó al suelo, pero, antes de que pudiera recuperarse del salto, el zorro salió corriendo y desapareció entre la maleza.

—¡En seguida me ocuparé de ti! —gritó el león al zorro.

Cuando la gacela bajó del árbol, el león la devoró y se fue en busca del zorro. Vagó durante muchos días antes de llegar a la guarida del zorro, que encontró vacía. Pero entró en ella, decidido a esperarle y a castigarle cuando volviera.

El zorro no tardó mucho en aparecer. Se detuvo a bastante distancia de la entrada y llamó:

—Buenos días, casita. Ya estoy de vuelta.

Poco después volvió a llamar.

—Buenos días, casita. ¿Qué ocurre? Siempre que vuelvo me das la bienvenida y ahora no dices una palabra. ¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

El león cayó en la trampa y gritó:

—¡Buenos días! ¡Buenos días!

El zorro se echó a reír y dijo en voz alta:

—¡Eres un león completamente estúpido! ¡Quién ha oído que una casa hable! Ahora sé que estás ahí y no me cogerás.

El león salió de un salto, pero el zorro era demasiado rápido para él y ya estaba lejísimos.

El zorro corrió, corrió y corrió hasta que la sed le secó la garganta. Como había llegado a un pozo con dos cubos atados a una cuerda, se encaramó a uno de ellos sin pensarlo dos veces y se dejó caer hasta el fondo, donde bebió todo lo que quiso. Pero, después, ¿cómo iba a salir de allí?

Mientras tanto, una hiena había llegado al pozo y se quedó observando al zorro.

—¿Qué haces ahí, Hermano Zorro? —preguntó.

—Me acabo de comer un gran trozo de mantequilla. Queda mucha, pero estoy lleno y no puedo comer un bocado más. ¿Por qué no la acabas tú?

La hiena miró en el pozo y vio cómo algo redondo y amarillo flotaba en el agua. Era el reflejo de la luna que brillaba en el cielo.

—Pero ¿cómo puedo bajar? —preguntó la hiena.

—Súbete en el cubo que está en el brocal del pozo —respondió el zorro.

La hiena le obedeció, y mientras descendía al fondo del pozo, el cubo donde estaba el zorro subió a la superficie.

El zorro dio un salto y abandonó a la hiena en el fondo.



Ahora le correspondía a ella preocuparse por salir.

Pero tiempo después, el zorro se reconcilió con el león y la hiena y se fueron a cazar los tres juntos.

Muy pronto cogieron una oveja.

—Reparte nuestra presa —dijo el león a la hiena.

—Yo cogeré la parte trasera, el león tendrá la mitad de delante, y el zorro, las entrañas y las patas —dijo la hiena.

El león se puso furioso al oír aquello y dio a la hiena tan fuerte golpe que le puso el ojo morado. Luego, volviéndose hacia el zorro, le dijo:

—Ahora, divide tú nuestro botín.

—La hiena y yo nos quedaremos con la cabeza; las patas, las entrañas y el resto serán para ti —dijo el zorro.

—Bien —dijo el león sonriendo—. Ahora, dime, ¿quién te ha enseñado a repartir tan bien y tan sabiamente?

—El ojo de la hiena —fue la respuesta del zorro.

Irangiri

BINCHI era muy feo. Hubiera querido casarse, pero era tan feo que ninguna muchacha le quería por esposo.

Un día, Binchi se fue a las montañas a buscar un bonito irangiri. Es una especie de árbol de allí. Cuando lo hubo encontrado, cogió el hacha y lo cortó. Luego esculpió el cuerpo de una bella muchacha en el tronco del árbol, la vistió con un vestido de vivos colores y la engalanó con brazaletes de hierro, anillos de cobre y perlas. En la cabeza le puso una concha lisa y blanca que se llama chinguru y que sólo los miembros de la familia del jete pueden llevar. En el momento en que la dejó en el suelo, la estatua de irangiri empezó a vivir. Era una maravillosa muchacha de carne y hueso la que estaba a su lado.

—Serás mi mujer —dijo Binchi—. Iremos juntos al país por donde sale el sol.

—Sí —dijo la muchacha, y allí se dirigieron.

Por el camino encontraron a un elefante.

—¡Qué esposa tan bella tienes, Binchi! —dijo el elefante—. Ven, lucharemos por ella. El que caiga el primero será el perdedor.

Binchi no tuvo más remedio que aceptar. Cuando se acercaban el uno al otro, la muchacha empezó a cantar:

¡Binchi, mi Binchi!

¡No te caigas, mi Binchi!

Soy un árbol salvaje y poderoso.

¡Binchi, no te caigas!

En el momento en que terminaba su canción, el elefante cayó al suelo.

—¡Quién hubiera pensado que me vencerías! —rugió el elefante.

Y Binchi y la muchacha prosiguieron su camino.

Algo más tarde encontraron un león.

—¡Qué esposa tan bella tienes, Binchi! Ven, luchemos por ella. Será para el ganador.

Entonces Binchi luchó contra el león. En el momento de empezar el combate, la muchacha cantó:

¡Binchi, mi Binchi!
¡Golpea con todas tus fuerzas!
Soy un árbol salvaje y poderoso.
¡Binchi, no tengas miedo!

Nada más acabar su canción, el león cayó al suelo rugiendo:

—¡Quién hubiera pensado que eras más fuerte que yo!

Binchi y la muchacha prosiguieron su camino hasta que encontraron un antílope.

—¡Qué esposa tan bella tienes, Binchi! —dijo el antílope—. Ven, lucharemos por ella.

Sin dudarle un instante, Binchi cayó sobre el antílope y la muchacha empezó a cantar:

¡Binchi, mi Binchi!
¡Pégale con los puños!
Soy un árbol salvaje y poderoso.
¡Y tú serás el vencedor!

Como había ocurrido en las dos ocasiones anteriores, en el momento en que terminaba su canción, el antílope cayó al suelo, luego dio un salto y huyó muy avergonzado.

Binchi y la muchacha prosiguieron su camino hasta la aldea por donde sale el sol.

—Espérame aquí —dijo Binchi mientras se acercaban a la primera choza—. Voy a ver si puedo encontrar un lugar donde podamos dormir, y luego vendré a buscarte.

Binchi acababa de alejarse cuando los sirvientes del jefe pasaron por allí. Al ver a la bella muchacha, le preguntaron quién era.

—Soy la esposa de Binchi —respondió la muchacha.

—¡El horroroso Binchi no necesita una esposa tan bella! —dijeron, y se la llevaron a su jefe, que quedó tan maravillado de su belleza que la acogió en su casa.

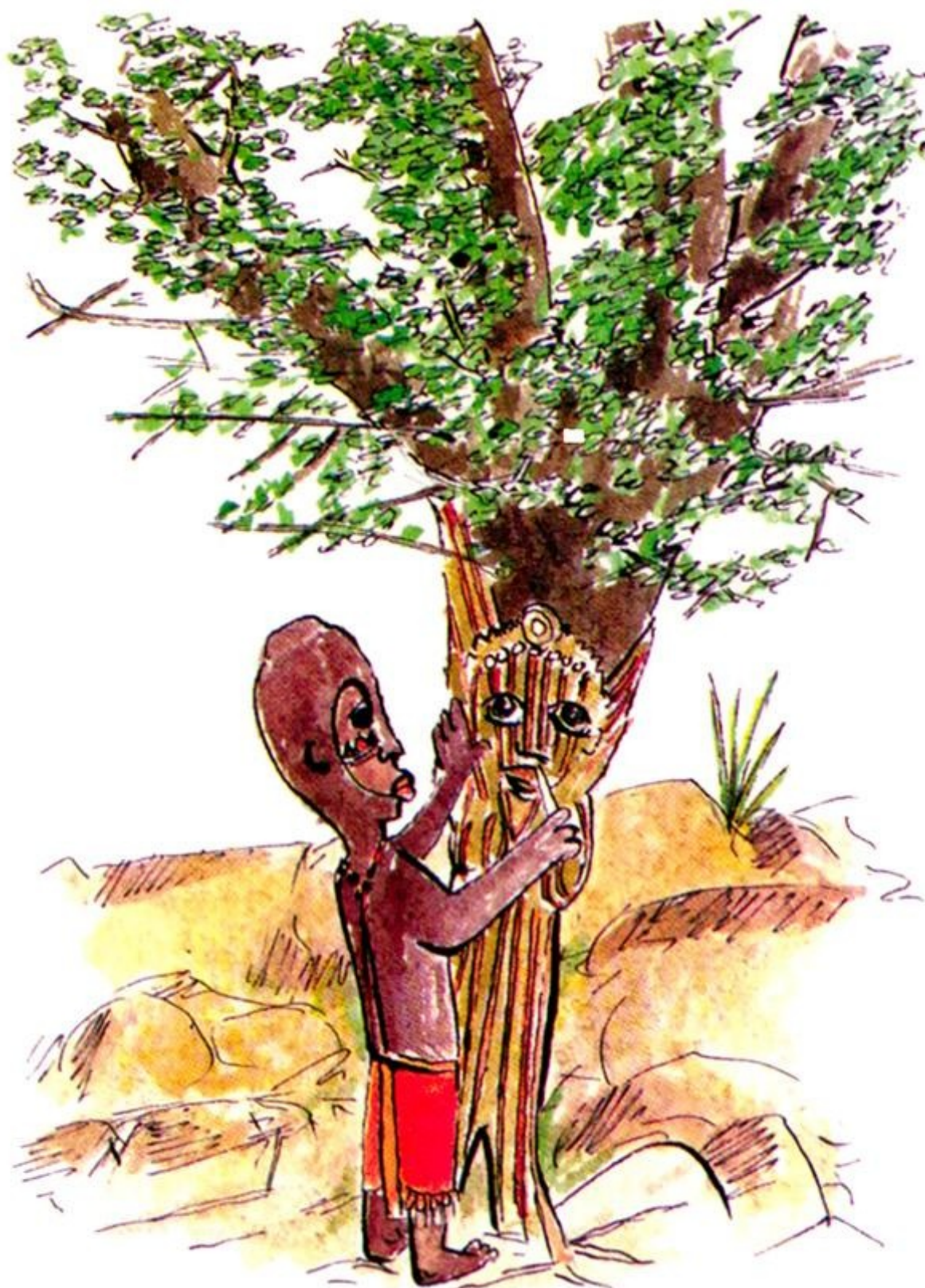
Durante ese tiempo, Binchi había vuelto al lugar donde había dejado a su mujer y no la encontró.

—¡Oh!, ¿quién me puede haber robado a mi esposa? —gritó desesperado.

Triste y abatido, volvió sobre sus pasos a la aldea preguntando a todos los que encontraba si por ventura no habían visto a su mujer.

—Hemos visto a los sirvientes del jefe con una extraña y bella muchacha. ¿Será ella a la que buscas?

Binchi fue inmediatamente a casa del jefe y le dijo:



—Señor, me has quitado a mi esposa.

—Sí, Binchi. Pero tú no necesitas una esposa tan bella, eres tan feo... —
respondió el jefe.

—¡Devuélveme a mi mujer! —gritó Binchi—. ¡Si no me la devuelves, lo lamentarás!

El jefe se limitó a echarse a reír y ordenó a sus sirvientes que le echaran. Cuando se vio en el exterior, se puso a cantar:

*Irangiri, Irangiri,
devuélveme mis presentes.
He decidido volver solo
al lugar de donde he venido.*

La muchacha oyó su canción y le devolvió, por medio de uno de sus sirvientes, el vestido de vivos colores, los brazaletes de hierro, los anillos de cobre y las perlas. Pero conservó una cosa: el chinguru liso y blanco. Entonces Binchi siguió cantando:

*Irangiri, Irangiri,
devuélveme el chinguru.
Me voy por donde he venido,
sin ti y completamente solo.*

Pero la muchacha no quería separarse de la concha.

Entonces Binchi entró, le quitó la concha del pelo y abandonó rápidamente la casa. En ese instante, la bella joven se transformó en irangiri y empezó a crecer, a crecer, y se hizo tan grande que destruyó la casa y aplastó al jefe y a todos sus sirvientes.

Y Binchi volvió a su casa y nunca más quiso volver a casarse.

Mahura, la muchacha que trabajaba demasiado

EN aquellos tiempos, el Cielo vivía sobre la Tierra. Sus hijas, las Nubes, se arremolinaban y se deslizaban a ras del suelo, envolviendo las ramas de las acacias. A su otra hija, la Lluvia, le encantaba rociar el mundo desde lo alto de las grandes palmeras y su mayor placer consistía en mezclarse con las alegres aguas de los ríos.

El Cielo y la Tierra vivían en perfecta armonía y, como buenos vecinos, se hacían muchos favores mutuamente. Por ejemplo, cuando la sequía hacía estragos, la Tierra pedía ayuda al Cielo para que regara los campos y los animales pudieran abreviar. Y entonces el Cielo enviaba a su hija la Lluvia...

Pero, un día, la Tierra tuvo una hija, Mahura. Era muy bella y muy inteligente y estaba muy unida a su madre. Mahura tenía muchas cualidades y un solo defecto: trabajaba demasiado.

Todas las noches, a la misma hora, Mahura sacaba su enorme mortero de la choza materna y se ponía a machacar, moler y triturar granos de mijo y raíces de yuca. Trituraba y trituraba sin parar, incansablemente. Le gustaba mucho su trabajo y lo hacía cantando alegres canciones.

Sólo había un problema: el mazo para triturar los granos era tan largo, tan largo, que cada vez que lo levantaba, daba un fuerte golpe en la frente del Cielo, golpe que al Cielo le dolía muchísimo, pues Mahura trabajaba sin descanso y tenía mucha fuerza.

—¡Ah! —se quejaba el Cielo.

—¡Oh! ¡Perdóname, Cielo! —se disculpaba ella.

Y seguía trabajando.

Cuando el Cielo ya había recibido varios golpes y no cesaba de quejarse, Mahura, muy tranquila y como la cosa más natural de mundo, le decía:

—Cielo, por favor, ¿no te importa retroceder un poco? No tengo bastante sitio para mi mazo.

Entonces el Cielo, refunfuñando y frotándose el chichón, los muchos chichones que tenía en la frente, retrocedía un poco.

Y Mahura continuaba su tarea. Pero cuanto más trabajaba, con más ardor lo hacía y el mazo subía y bajaba a tan gran velocidad que volvía a alcanzar la frente del Cielo, que cada vez tenía más chichones, pues los golpes no paraban. ¡Uno, dos, tres, cuatro mazazos!

—¡Ay! ¡Ay! —gritaba, dolorido, el Cielo.

—¡Oh! ¡Cielo, perdóname una vez más! —exclamaba la bella muchacha sin dejar de trabajar—. Por favor, ¿quieres correrte un poco más? Si te quedas ahí, seguiré haciéndote daño sin querer.

Y el Cielo se iba cada vez más arriba, furioso. Realmente, ¿qué podía hacer con una muchacha que trabajaba con tanto ahínco?

Así pasaban los días. Mahura no dejaba de machacar los granos, y cuanto más los trituraba, más largo se hacía el mazo. Era tan largo que siempre chocaba con la frente del Cielo.

Todas las noches surgía el mismo problema. El Cielo, a medida que pasaba el tiempo, tenía más chichones en la cabeza y se iba alejando un poco más, llevándose consigo a sus hijas, las Nubes, que estaban muy enfadadas, y su otra hija, la Lluvia, que no hacía más que llorar y llorar...

Siempre la misma escena.

¡El Cielo estaba completamente harto! ¡Ya no podía más! Tenía la frente hinchada y le dolía muchísimo. El mazo de Mahura le daba golpes y golpes sin cesar.

Una noche, su paciencia llegó al límite y decidió poner fin a aquella situación. Acababa de recibir tal cantidad de golpes, que se puso furiosísimo. Se dirigió a la Tierra y le gritó, lleno de ira:

—¡No puedo más, os abandono! ¡Ahí tienes, Tierra, a tu hija! ¡Quédate con ella! ¡Allí donde voy, palabra del Cielo, no me alcanzará mazo alguno jamás! ¡Adiós!

Entonces el Cielo llamó a las miríadas de nubecitas y a la Lluvia, que se puso tristísima por tener que abandonar los ríos y las marismas, y se fue tan arriba, tan arriba, que a la Tierra le entró una enorme inquietud: ¿y si el Cielo desaparecía?

Mahura se quedó junto a su madre con su mazo, su mortero y su mijo, sin hacer nada por evitar la huida del Cielo, las Nubes y la Lluvia, que se alejaban más y más. Ya no tendría que pedir disculpas al Cielo cada vez que le golpeara en la frente y podría moler, tranquila, los granos con su larguísimo mazo.

Pasó el tiempo y Mahura estaba contenta, sola con su madre la Tierra y sin que nadie la molestara.

Pero, un día, echó de menos al Cielo. Ahora las Nubes la saludaban desde demasiado lejos y no podía mantener conversación alguna con la bonita Lluvia, muy cansada por tener que caer desde tan alto.

Entonces Mahura, que estaba arrepentida de haber obligado al Cielo a irse tan lejos, quiso obtener su perdón.

En el agua del río encontró una enorme pepita de oro y en el fondo de una cueva recogió una bella piedrecita de plata. A la pepita le dio el nombre de Sol, y a la piedrecita, el de Luna. Luego lanzó las dos con todas sus fuerzas muy alto, muy alto, en señal de reconciliación, para que el Cielo volviera a ser su amigo.



Si no creéis esta historia, alzá la cabeza una noche de verano: descubriréis entonces que las estrellas, que tanto resplandecen en el firmamento, no son más que las cicatrices de los golpes que dio Mahura en la frente del Cielo con su largo mazo.

Además, ¿acaso no decimos de la Luna que brilla como la plata y que es de oro el Sol?

Sea como fuere, lo que sí es cierto es que el Cielo jamás volvió a la Tierra...

Ver y oír

HABÍA una vez una araña que se hizo amiga de un ciempiés. Un día que estaban juntos, el ciempiés dijo:

—¿Sabías, querida amiga, que los humanos están sordos?

—¿Sordos? —preguntó la araña sorprendida—. No me había dado cuenta.

—Pues sí. Cuando pataleo con mis cien patas, no oyen ni el ruido de una sola.

—¿De verdad?

—Como lo oyes —afirmó el ciempiés.

—Ahora que lo dices, ¿te he contado alguna vez mi descubrimiento?

—No —contestó el ciempiés, lleno de curiosidad.

—Pues que también son ciegos. Cuando termino de tejer la tela de una nueva vivienda, viene un humano y me la destruye.

—¿Cómo puede hacerlo?

—Sin verla, pasando a través de ella.

—Es increíble —dijo el ciempiés—, pero hay algo peor, mucho peor.

—Cuenta, cuenta —dijo la araña muy interesada.

—A los humanos no les gusta su cuerpo; se empeñan en cubrirlo para que nadie pueda ver las maravillas que Dios les ha dado...

—Tienes razón —dijo la araña—, pero ¿sabes?, hay muchas cosas más que Dios nos ha dado y que a ellos no les gustan.

—¿Sí? ¿Cuáles?

—Por ejemplo, el sol y la lluvia, de los que se protegen con estúpidos sombreros y con unos extraños objetos que llaman paraguas.

Y ambos quedaron de acuerdo en afirmar que los humanos debían de ser muy tontos, porque no sabían apreciar y amar lo que Dios les había dado.



Sikulumé y sus siete hermanos

HABÍA una vez, en una aldea, un jefe que tenía ocho hijos. A siete de ellos les mataron en la guerra y solamente le quedó el más joven, un muchacho que se llamaba Sikulumé. El día en que mataron a sus hermanos, ocurrió que Sikulumé se quedó mudo.

Poco tiempo después, un anciano de la aldea vio siete bellos pájaros en unos matorrales. Los pájaros no se podían comparar con ningún otro que hubiera visto antes y su canto era muy distinto, parecido a la voz humana.

—¿Cuántos pájaros dices haber visto? —preguntó el jefe.

—Siete.

El jefe se sumió en una profunda meditación. Luego dijo:

—He perdido siete hijos en la guerra. Quizá esos pájaros puedan reemplazarlos... Vigílalos. Mañana, enviaré siete jóvenes a capturarlos.

Dicho esto, despidió al anciano, que estuvo toda la noche al acecho para estar seguro de que los pájaros no emprendían el vuelo. A la mañana siguiente, el jefe eligió a los siete muchachos más fuertes del pueblo para su captura, siendo Sikulumé el séptimo de ellos. El anciano les dijo dónde encontrarían a los pájaros y se pusieron en marcha.

Siguieron la pista de los pájaros, durante el día y la noche, a lo largo de seis jornadas enteras. El séptimo día consiguieron al fin atraparlos, y en ese instante Sikulumé recuperó la palabra.

Ya se había puesto el sol, y los muchachos se acostaron a dormir mientras Sikulumé montaba la guardia. Poco después de medianoche, un enorme gigante surgió allí, procedente de ninguna parte. Al ver a los jóvenes dormidos, se dijo a sí mismo:

—¡Qué succulenta comida, oh, qué succulenta comida me voy a zampar! Buscaré a mis hermanos para que la disfruten también. Por mi parte, me quedaré con el de las piernas cortas.

El de las piernas cortas era Sikulumé.

Cuando el gigante se hubo marchado, Sikulumé despertó rápidamente a los demás y les contó lo que había pasado. Se levantaron inmediatamente y, cogiendo los pájaros, huyeron lo más deprisa que pudieron.

Ya habían recorrido bastante camino cuando Sikulumé se dio cuenta de que había dejado su pájaro en el lugar donde habían pasado la noche.

—Esperadme aquí —dijo, y volvió atrás corriendo.

Mientras tanto, el gigante había regresado con sus hermanos y habían encontrado el sitio vacío.

—¡Nos has engañado! —exclamaron los demás gigantes, y le comieron a él en un santiamén.

En aquel momento llegó Sikulumé y se deslizó furtivamente entre los gigantes. Cogió el pájaro y huyó. Pero los gigantes le vieron y fueron en su persecución.

Sikulumé corrió lo más deprisa que pudo hasta que llegó a una choza ante la cual estaba sentada una anciana.



—¡Por favor, escóndeme! —suplicó—. ¡Los gigantes comedores de hombres me persiguen!

—No puedo esconderte —respondió la anciana—. Los gigantes te encontrarían de todas formas y sería catastrófico para los dos. Pero voy a darte una tinaja de mantequilla. Cuando los gigantes estén a punto de cogerte, pon mantequilla en una piedra del camino y sigue tu carrera.

Sikulumé dio las gracias a la anciana, cogió la tinaja de mantequilla y se fue. Muy poco después, los gigantes le estaban pisando los talones. Rápidamente, se agachó y extendió mantequilla en una gran piedra del camino; luego, continuó su carrera.

Cuando los gigantes vieron la piedra cubierta de mantequilla, se pusieron a pelearse por ella. Al final, el más grande se la comió entera y siguieron persiguiendo a Sikulumé.

Éste repitió la artimaña muchas veces, hasta que se acabó la mantequilla, pero todavía no había alcanzado a sus compañeros y los gigantes seguían pisándole los talones. Se quitó rápidamente el pañuelo que llevaba atado a la cintura y lo lanzó al viento y el viento lo llevó en sentido contrario a su carrera. Al verlo flotar por el aire, los gigantes corrieron tras él y Sikulumé logró reunirse con sus amigos.

Les contó apresuradamente lo que había pasado y todos juntos siguieron su camino, corriendo. Pronto los gigantes se acercaron a ellos, pero en ese instante los muchachos vieron a un enano sentado al borde del camino.

—No tengáis miedo —les dijo—. Voy a esconderos en la roca.

A continuación golpeó en la roca y ésta se abrió. Los muchachos se deslizaron al interior, y volvió a cerrarse tras ellos en el mismo momento en que los gigantes llegaban corriendo.

Entonces se pusieron furiosos al ver lo que había pasado y empezaron a morder la roca, a morder, morder y morder hasta que se les rompieron los dientes. Luego se fueron.

Los muchachos dieron las gracias al enano por haberles salvado la vida y prosiguieron su camino. Al llegar a la entrada de la aldea dejaron a los pájaros en el suelo y, de repente, en su lugar había siete hombres, los siete hermanos de Sikulumé. Todos se pusieron muy contentos y entraron alegremente en la aldea.

Pero la aldea estaba vacía, sin el menor rastro de vida. Sin embargo, en una choza acabaron por encontrar a una mujer sola y asustada.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Sikulumé.

—Inabulelé, el monstruo, se los ha comido a todos —respondió la mujer —. Soy la única que ha podido escapar.

—¿Y dónde está Inabulelé? —preguntó Sikulumé.

—En el río.

Sikulumé cogió su lanza y dijo a sus compañeros:

—Voy a buscar a Inabulelé. Cuando veáis que el agua se agita, sabréis que estoy en el vientre del monstruo. Cuando el agua se vuelva roja, el monstruo estará muerto.

Y se sumergió en el agua. Antes de llegar al fondo, Inabulelé le tragó. En el vientre del monstruo, Sikulumé encontró a su padre, a la gente de la aldea y al ganado.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Sikulumé? —preguntó su padre, sorprendido de verle y todavía más sorprendido al oírle hablar y saber que había liberado a sus hermanos.

Sin esperar más, Sikulumé cogió su lanza y la clavó con todas sus fuerzas en las costillas del monstruo, hasta que le mató. En este momento el agua del río se volvió roja e Inabulelé subió a la superficie. Entonces los hermanos de Sikulumé le abrieron el vientre y liberaron a la gente de la aldea, a su padre, a Sikulumé y al ganado.

Sikulumé y el hechicero Mangangezula

UN día Sikulumé decidió casarse. Dijo a su hermana:
—Ve y tráeme un trozo de la piel del monstruo para hacerme un manto.
Su hermana le obedeció, fue al río e invocó al monstruo:

¡Te saludo, te saludo, Inabulelé!
Sikulumé me envía a ti...
¡Sal, sal del agua, Inabulelé!

Al cabo de un rato, el cuerpo del monstruo muerto subió a la superficie del agua y la joven le cortó dos tiras de piel. Con ellas hizo un manto y un par de sandalias para su hermano.

Sikulumé se vistió con el manto, se calzó las sandalias y dijo a su padre:
—Voy a casa del jefe Mangangezula para pedirle a su hija en matrimonio.
—¡No vayas, Sikulumé! Mangangezula es un hechicero del diablo y te matará como ha matado a todos los que fueron antes que tú.

Pero Sikulumé no se dejó convencer. Pidió a sus siete hermanos que le acompañaran y se fue.

Atravesaban una estepa cuando, de repente, surgiendo de entre las altas hierbas, un ratón saltó ante ellos:

—¿Adónde vais? —preguntó.
—Voy a casa del jefe Mangangezula para pedirle a su hija en matrimonio —respondió Sikulumé.
—¡Muy bien! ¡Eres un muchacho valiente! —dijo el ratón—. Pero el valor no es suficiente. Mangangezula es un poderoso hechicero y te matará. Harías mejor volviendo a tu casa.
—¡No, quiero ver a Mangangezula! —se obstinó Sikulumé.

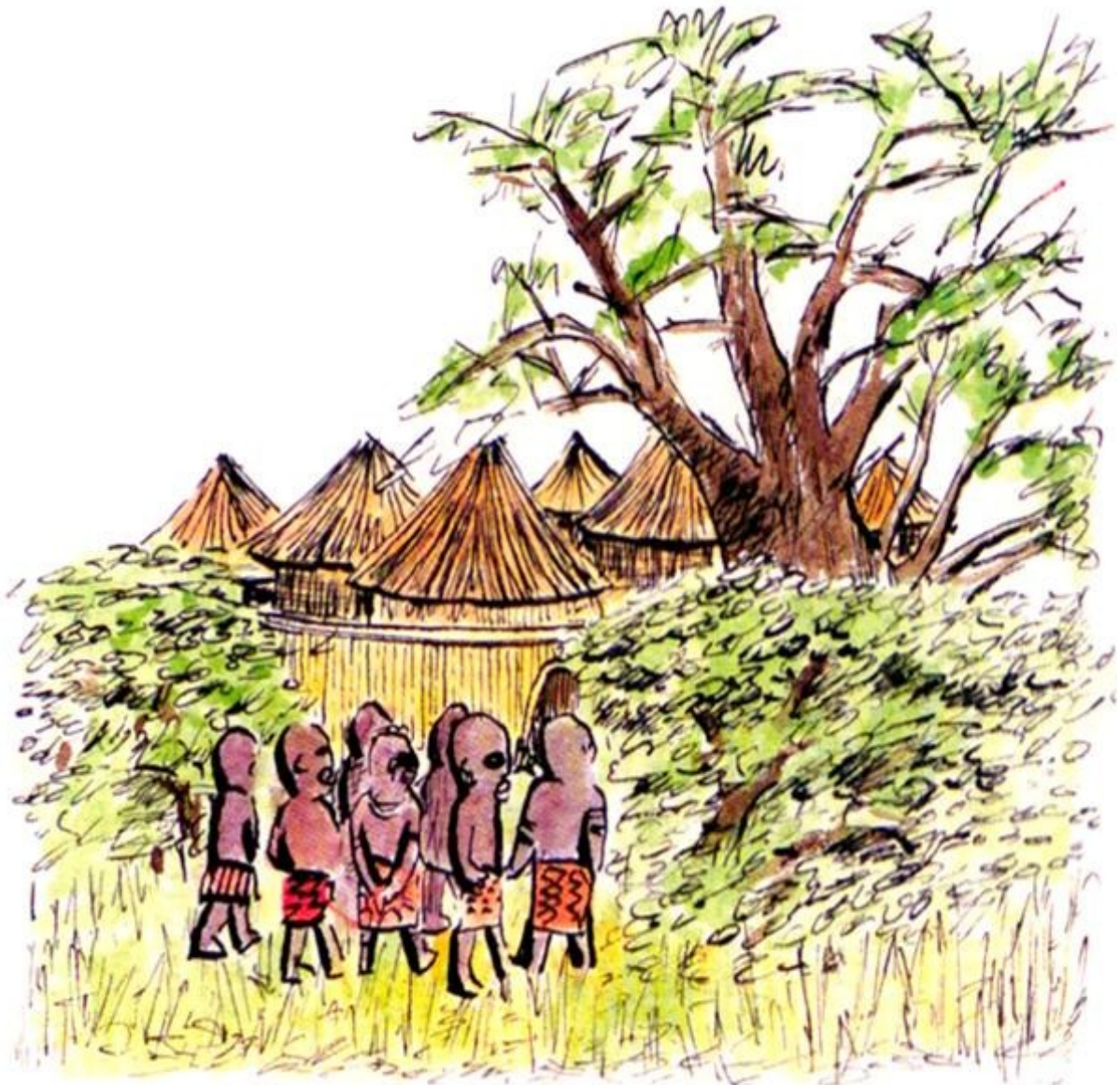
—Sea, ya que lo deseas; pero déjame darte un consejo: mátame, desóllame y lanza mi piel muy alto por los aires.

Sikulumé se quedó muy sorprendido ante aquellas palabras y el ratón le daba mucha pena, pero, a pesar de todo, obedeció.

Mató al ratón, lo desolló y lanzó la piel muy alto por los aires, donde la piel se puso a cantar:

*Presta atención a mis tres consejos
y respétalos:
No pases jamás
por la puerta grande...
Nunca duermas solo
en la choza vacía...
Jamás te sientes
sobre una estera
en el desayuno...*

Los hermanos escucharon y continuaron su camino. Hacia la noche llegaron a la aldea cuyo jefe era Mangangezula. Para evitar la puerta principal, penetraron en la aldea por una puerta lateral, como la piel de ratón les había aconsejado, y fueron directamente a ver al jefe.



—¿Por que no habéis pasado por la puerta grande? —fueron las primeras palabras de Mangangezula.

—Es costumbre en nuestro pueblo —respondió Sikulumé.

—Es una buena costumbre, hay que decirlo —masculló Mangangezula—. De otro modo os hubierais convertido en liebres.

—Hemos venido, ¡oh, jefe! —dijo Sikulumé—, a pedirte la mano de tu hija.

—¿Por qué no? —dijo el jefe—. Pero se hace tarde. Id a dormir y hablaremos de ello mañana por la mañana.

A continuación condujo a Sikulumé a una choza vacía y a sus hermanos a otra. Pero Sikulumé no quiso dormir solo en la choza vacía.

—Siempre duermo con mis hermanos —dijo—, y esta noche dormiré con ellos como siempre.

—¡Has tenido una buena idea! —dijo Mangangezula—. De otro modo, te hubieras convertido en mono.

Por la mañana llevaron a Sikulumé y a sus hermanos el desayuno y esteras nuevas para que se sentaran sobre ellas.

—Siempre me siento en el suelo —dijo Sikulumé, y se sentó en el suelo, al lado de la estera.

—¡Has tenido una buena idea! —masculló Mangangezula—. De otro modo, te hubieras convertido en gacela.

Después del desayuno, Sikulumé y sus hermanos fueron a la choza donde vivía la hija del jefe. Era muy bella y Sikulumé le gustó mucho también a ella.

Entonces marcharon los dos a pasear, charlando alegremente.

Cuando la esposa de Mangangezula vio aquello, fue detrás de Sikulumé, le alcanzó y le transformó en ciervo.

Pero la hija de Mangangezula también era muy hábil en el arte de la hechicería. Rápidamente hizo un gran fuego y echó al ciervo en él. Pronto se quemó y todo lo que quedó fue un trozo carbonizado. Cogiéndolo, la muchacha lo metió en una vasija de agua fría, y en seguida Sikulumé apareció junto a ella, sano y salvo.

—Di a tus hermanos que se preparen rápidamente. Debéis huir. Si no, tú y yo sufriremos mucho —dijo la hija de Mangangezula a Sikulumé, y también ella fue a prepararse para el viaje.

Llevó consigo un huevo, una calabaza y una piedra.

Instantes más tarde, Sikulumé se había ido con su prometida y sus siete hermanos. Mangangezula descubrió en seguida su huida y se puso a perseguirles. Cuando se estaba acercando a ellos, su hija lanzó el huevo hacia atrás y un muro de niebla se elevó del suelo, allí donde el huevo había caído. Mangangezula empleó un largo rato en encontrar el camino en medio de aquella niebla, y durante ese tiempo Sikulumé, su prometida y sus siete hermanos ya estaban lejos.

Pero pronto Mangangezula les pisaba de nuevo los talones. Al verlo, la muchacha lanzó hacia atrás la calabaza y un gran lago brotó del suelo, allí donde la calabaza había caído. Mangangezula tuvo que esperar mucho rato hasta que la tierra absorbió toda el agua, y durante ese tiempo Sikulumé, su prometida y sus siete hermanos casi habían llegado a su casa.

Pero todavía no estaban en la aldea y Mangangezula ganaba terreno.

Esta vez, la muchacha lanzó la piedra hacia atrás y una alta y escarpada colina surgió de repente allí donde la piedra había caído. Era tan abrupta que

Mangangezula fue incapaz de escalarla y no tuvo más remedio que volver a casa.

Sikulumé y su prometida fueron recibidos con alegría y pronto se celebró una espléndida boda.

El kamba y el dragón

A orillas de un río vivía un anciano muy rico que poseía un gran rebaño de vacas, pero advirtió que cada mañana le faltaban varias.

—Voy a hacer guardia esta noche —dijo—, y encontraré al que me roba el ganado. Pobre de él cuando le coja.

Aquella noche se sentó para vigilar sus vacas, y de madrugada, cuando ya le costaba mucho mantener los ojos abiertos, vio de repente cómo un horrible monstruo salía del río con los ojos brillantes como carbones ardientes y escupiendo llamas por la boca. Era un dragón.

Sin decir ni pío, el anciano puso pies en polvorosa y huyó lo más deprisa que pudo. El dragón se acercó al ganado, comió muchas vacas y bueyes, y desapareció de nuevo en el río.

—Ahora sé quién me roba el ganado —dijo el anciano al día siguiente—. Es el dragón. El que le mate tendrá a mi hija por esposa y la mitad de mi ganado.

Su hija era muy bella, y su ganado muy numerosos. A muchos jóvenes les hubiera gustado probar suerte y enfrentarse al dragón. Pero querer no basta cuando se tiene miedo. Por fin, sin embargo, un joven guerrero de la tribu masái se presentó ante el anciano.

—He venido a matar al dragón —le dijo.

—En ese caso, espera esta noche a la orilla del río. Si matas al dragón, te daré a mi hija y la mitad de mi ganado.



El masái se sentó a la orilla del río con una buena reserva de comida y bebida al alcance de la mano, para cobrar fuerzas. Comió y bebió hasta hartarse y entonces preparó la lanza, el escudo y tres grandes mazos y esperó que el dragón saliera del agua. Pero cuando éste surgió, con los ojos brillantes como carbones ardientes y escupiendo llamas, el masái se asustó y se escondió tras los matorrales, abandonando las armas en el suelo.

Como siempre, el dragón se dirigió al ganado, comió muchas vacas y bueyes y desapareció en el río.

Por la mañana, el anciano vio que le faltaban más vacas y que el masái había huido.

Entonces un guerrero de la tribu kikuyo llegó y dijo al anciano:

—Yo iré a matar al dragón.

—Bien. Espera junto al río esta noche, y si matas al dragón, te daré a mi hija y la mitad de mi ganado.

El kikuyo comió y bebió hasta la saciedad; luego, cogiendo las armas, fue al río. Sin embargo, cuando el horrible dragón, escupiendo llamas y con unos ojos como carbones ardientes, trepó a la orilla, el kikuyo se asustó y huyó. Como en anteriores ocasiones, el dragón comió muchas vacas y bueyes y volvió al río.

Por la mañana el anciano advirtió que le faltaban numerosas vacas y que el kikuyo había huido.

Entonces, un tercer guerrero, esta vez de la tribu de los kambas, se presentó a la puerta del anciano.

—Voy a intentar matar al dragón —dijo.

—Bien —respondió el anciano—. Si matas al dragón, tendrás a mi hija por esposa y la mitad de mi ganado. Pero lo dudo. Los que te precedieron huyeron y tú tienes pocas posibilidades de hacerlo mejor.

El kamba comió solamente una escudilla de gachas de avena para cenar, para que el estómago no le pesara, se sentó a la orilla del río y afiló la lanza con gran esmero.

No tuvo que esperar mucho rato antes de que el dragón emergiera del río, escupiendo llamas por los ojos y la boca.

El kamba se quedó horrorizado, pero, a pesar de todo, tuvo valor para atacar al dragón y cortarle la cabeza con tal fuerza, que fue rodando hasta la puerta de la casa del anciano. El kamba sacó entonces su petaca y cogió un poco de tabaco.

Por la mañana, cuando los habitantes de la aldea vieron la cabeza del dragón ante la puerta del anciano, tuvieron mucho miedo porque pensaban

que estaba vivo. Pero el kamba se echó a reír:

—No tengáis miedo. El dragón está muerto —dijo.

Y, cogiendo la cabeza, la clavó en uno de los postes de la cerca.

El anciano se puso contentísimo porque el kamba había matado al dragón. Le dio a su hija en matrimonio y la mitad de su ganado, tal y como le había prometido.

Sin embargo, el masái y el kikuyo estaban celosos de su buena suerte. Se escondieron en el camino y esperaron a que pasara cuando el kamba volviera con la recompensa.

El masái fue el primero en atacarle. Enarboló el mazo sobre su cabeza. Y le dio vueltas en el aire, pero el kamba se agachó y saltó sobre él con la lanza. El masái cogió entonces la suya y se pusieron a luchar. El escudo de uno se rompió, se desgarraron las ropas del otro, pero siguieron luchando. Por fin, el kamba rompió la lanza del masái en dos, pero el masái siguió luchado con el mango. Luego, el kamba se lo arrancó de las manos y le mató. Al verlo desde su escondite, el kikuyo puso pies en polvorosa y huyó.

De este modo, el kamba llegó a su casa sano y salvo, con su esposa y su ganado.

La lanza mágica

HABÍA una vez un muchacho tan pobre que necesitó un año entero para ahorrar el dinero necesario para comprar una lanza. Cuando por fin hubo reunido la suma, fue al mercado a comprar una. Allí pasó mucho tiempo examinándolas con atención, pero ninguna le gustó realmente.

Miró a su alrededor y vio a un anciano sentado con una sola lanza en la mano.

—Véndemela —dijo el muchacho.

—No está en venta, aunque puedes conseguirla. Sin embargo, recuerda una cosa: es una lanza mágica. Cuando vayas de caza y la dis pares a un elefante, la lanza matará cien más, ella sola, y luego volverá a ti. Pero, y no lo olvides, rápidamente tendrás que pronunciar las siguientes palabras:

*¡Lanza, oh lanza poderosa!
Contra este hombre no seas violenta.
¡Pero vuelve aquí, vuelve deprisa!
¡Lanza, oh lanza poderosa!
No fuiste robada,
sino en el mercado comprada.
¡Lanza, oh lanza poderosa!
¡Vuelve, vuelve, vuelve,
rápida como el viento!*

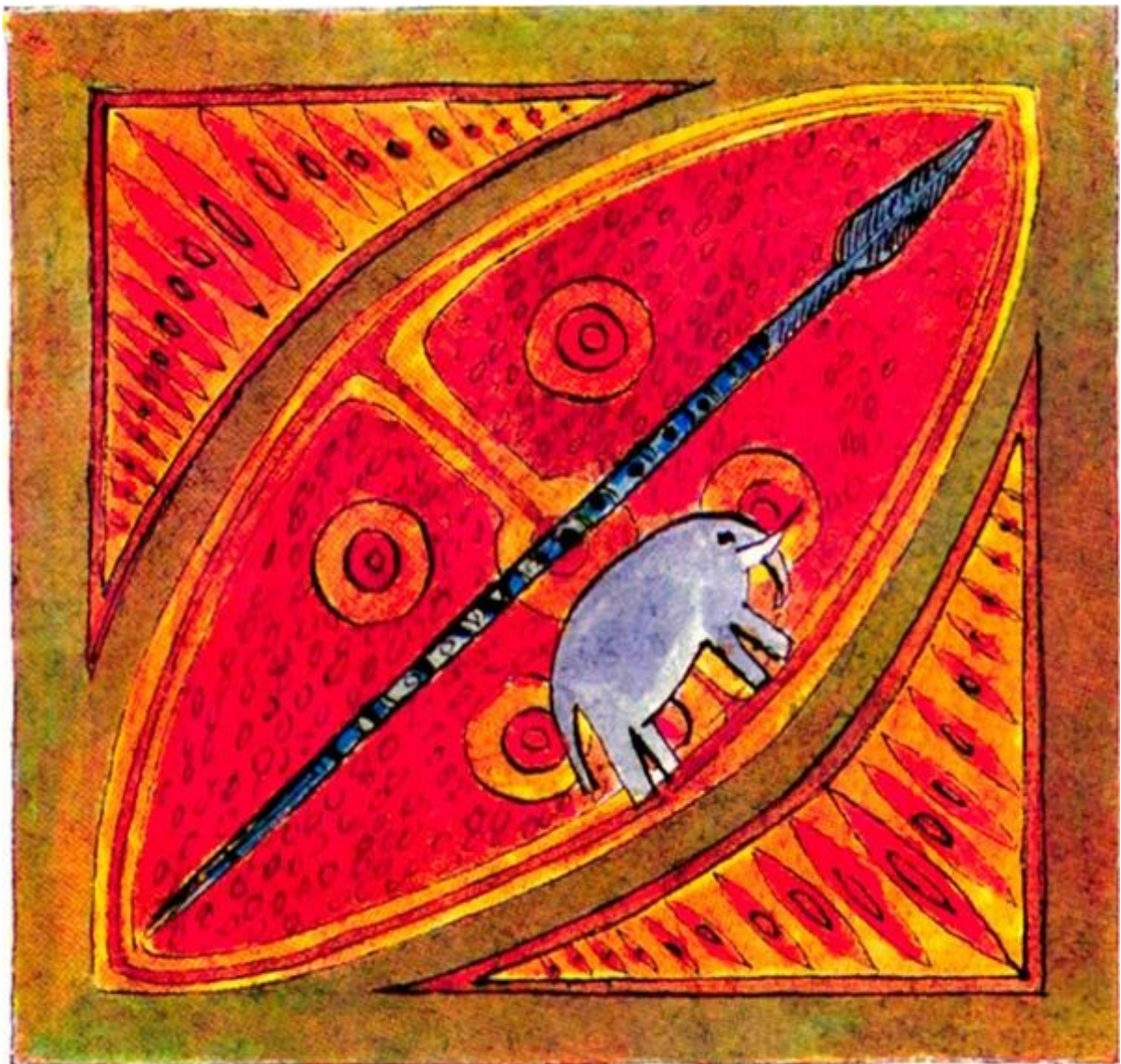
»Si no dices estas palabras, la lanza te matará también a ti.

El joven dio las gracias al anciano y volvió a su casa.

Pronto se convirtió en el mejor cazador de toda la región. Mató muchos, muchísimos elefantes, y cuando tuvo un gran número de colmillos fue a la costa para vender el marfil en el barco de vapor.

Mientras vendía el marfil a bordo y no pensaba en la lanza, la vio de pronto volar hacia él atravesando el aire. Sin perder un instante, empezó a decir los versos que el anciano le había enseñado:

*¡Lanza, oh lanza poderosa!
Contra este hombre no seas violenta.
¡Pero vuelve aquí, vuelve deprisa!
¡Lanza, oh lanza poderosa!
No fuiste robada,
sino en el mercado comprada.
¡Lanza, oh lanza poderosa!
¡Vuelve, vuelve, vuelve,
rápida como el viento!*



Cuando acabó de pronunciar estas palabras, la lanza aterrizó en su mano.
Al volver a su casa, la gente de la aldea le contó que habían encontrado a su vecino muerto en la jungla, entre un centenar de elefantes abatidos. El

joven adivinó lo que había pasado y se puso muy contento de poseer una lanza mágica que nadie podía robarle.

Los enormes hombres negros

LOS pigmeos que habían escapado de Dzom el gigante se establecieron a orillas de un gran río. Pero pronto llegaron unos enormes hombres negros con sus garrotes, sus cuchillos y sus escudos de piel de hipopótamo, que dijeron:

—¡Esta tierra es nuestra!

A lo cual respondieron los pigmeos:

—No, esta tierra nos pertenece.

Entonces se pusieron a luchar. Las flechas de los pigmeos rebotaron en los escudos de los enormes hombres negros, y los enormes hombres negros atacaron a los pigmeos. Empuñando los garrotes con una mano, enarbolaron los escudos con la otra. Los pigmeos pusieron pies en polvorosa. Muchos murieron, a muchos hicieron prisioneros, muchos escaparon.

Mientras corrían, se volvían y disparaban flechas y muchos enormes hombres negros murieron. La muerte estaba por todas partes. Las mujeres y los niños se habían ido por delante y no había nadie para ayudar a los que caían.

La muerte les esperaba.

Entonces los pigmeos decidieron marcharse.



—Nos vamos, dejaremos los grandes ríos —dijeron.

Las mujeres cogieron cestos llenos de comida y se fueron por delante con los niños; los guerreros cerraban la marcha.

Por fin, llegaron a un gran bosque.

—Nos quedaremos aquí —dijeron.

Había muchísima carne, y cuando hubieron encontrado un lugar para acampar, encendieron fuego.

Los enormes hombres negros vieron el humo del fuego y dijeron:

—Seguramente los pigmeos han encontrado una tierra muy buena.

Y fueron en su persecución con sus garrotes, sus cuchillos y sus escudos de piel de hipopótamo.

Al llegar, dijeron:

—Esta tierra es nuestra.

Los pigmeos les respondieron:

—No, esta tierra nos pertenece. Volved a orillas del gran río de donde nos echasteis.

Otra vez estalló la guerra. Las flechas de los pigmeos rebotaron en los escudos de los enormes hombres negros. Muchos murieron. La muerte estaba por todas partes.

Entonces los pigmeos dijeron:

—Nos vamos. Dejaremos el gran bosque.

Las mujeres cogieron los cestos llenos de alimentos y se fueron por delante con los niños; los guerreros cerraron la marcha. Llegaron a la región de las montañas.

—Nos quedaremos aquí —dijeron—. El trigo no crecerá, los plátanos no madurarán, no hay caza, pero estaremos a salvo.

Pero los enormes hombres negros aparecieron otra vez y dijeron:

—¿Qué hacéis aquí? No hay cultivos, no hay caza. Seguro que nos robáis la cosecha, la caza y la pesca. ¡Marchaos!

Y los pigmeos se dispersaron. Unos fueron a montañas más lejanas, otros a la tierra donde se pone el sol, y los demás se escondieron en lo más profundo del bosque. Los enormes hombres negros les habían quitado su tierra.

Maii y Kofi

HABÍA una vez un jefe de tribu muy poderoso que tenía una hija llamada Maii. Ninguna muchacha del mundo era tan bella, y su padre la amaba tanto que no podía soportar la idea de perderla. Mandó hacer dos afilados sables, tan afilados que cortaban un mechón de pelo que flotara en el aire.

Entonces hizo saber que concedería la mano de su hija al que soportara tres golpes dados en el cuello con aquellos sables.

A la hija del jefe la cortejaban muchos apuestos jóvenes, nobles y fuertes, pero ninguno tuvo valor para someterse a una prueba tan difícil. Y los que se sometieron, se encontraron sin cabeza en un abrir y cerrar de ojos.

Las historias sobre aquel jefe cruel y su encantadora hija se extendieron pronto a lugares lejanos y un día llegaron a oídos de Kofi, hijo de otro jefe de tribu muy poderoso, en un país remoto. Después de haber oído hablar de la maravillosa Maii, no pudo ni comer ni dormir y ya sólo le interesó el modo de conseguir la mano de la bella muchacha. Entonces ordenó a sus sirvientes que prepararan joyas preciosas y telas de mucho valor para regalárselas a la hija del jefe y emprendió el largo viaje.

Cuando Kofi llegó a la aldea del cruel y poderoso jefe, encontró por casualidad a Maii y a sus amigas que bajaban a bañarse al río.

Tras dejar la ropa en la orilla, se metieron en el agua fría. Al verlas, Kofi se quedó tan impresionado por la belleza de la hija del jefe que decidió someterse a la cruel prueba, aunque tuviera que perder la cabeza. Pero antes deseaba, por lo menos, hablar con ella. Se dirigió al lugar de la orilla donde estaba la ropa, cogió el vestido más bello y lo escondió detrás de un árbol. Cuando las muchachas salieron del agua, todas se pusieron sus vestidos, menos Maii, que no encontró el suyo. En ese momento Kofi salió de su escondite.

—No te enfades conmigo por haberte escondido el vestido —dijo—. He venido a intentar conseguir tu mano, aunque signifique para mí perder la cabeza, pero quería, por lo menos, hablar antes contigo.

Maii se enamoró inmediatamente del hijo del jefe y le dijo con una sonrisa:

—No te preocupes. Todo irá bien si sigues mis consejos. Cuando inclines la cabeza y mi padre enarbole el sable, susurra mi nombre tres veces. Es un hechizo que siempre te ayudará.

Animado por el consejo, Kofi se presentó ante el poderoso jefe y le pidió la mano de su hija.

—Eres un joven valiente —le dijo el jefe—. Si sobrevives a los tres golpes, te daré a mi hija con mucho gusto. Pero recuerda: tengo dos sables y están tan afilados que podrían cortar un cabello que flotara en el aire.

A pesar de aquella advertencia, Kofi inclinó la cabeza y esperó. Cuando el jefe blandió el sable, susurró rápidamente:

—¡Maii, Maii, Maii!

Apenas las palabras salieron de su boca, el cuello se le puso tan duro como el acero y el sable se partió en dos. El jefe cogió el segundo sable y se dispuso a asestar un terrible golpe blandiéndolo desde más arriba. Kofi volvió a susurrar tres veces el nombre de Maii y el segundo sable se rompió como el primero.

—Veo que estás destinado a conseguir a mi hija —dijo el jefe—. Pero como no tengo un tercer sable para darte un tercer golpe, voy a tener que probarte de otra forma. Toma esta judía, que debes ir a plantar, y si produce buenas judías será tuya.

Kofi cogió la judía y la plantó en el campo. ¿Pero quién ha oído hablar de una judía que germine y dé fruto en un solo día?

«Si Maii estuviera aquí, seguro que me diría lo que debo hacer», pensó. Pero Maii estaba estrechamente vigilada por la mujer del jefe y no podía ir a aconsejarle.

Sin embargo, apenas hubo pronunciado el nombre de Maii, la judía empezó a crecer. Al ver aquello, se acordó de que ella le había dicho que su nombre tenía un hechizo que le socorrería siempre.

—Maii —volvió a decir, y la judía creció y floreció.

—Maii —dijo por tercera vez, y la judía dio fruto.

Kofi cogió un cesto lleno y el jefe comió tantas judías en la cena, que apenas podía tenerse en pie.

Entonces Maii y Kofi se casaron y hubo gran alegría y regocijo.

Después de la boda, el jefe dijo a Kofi:

—En nuestro país es costumbre que la muchacha se quede en casa de sus padres después de la boda, con su esposo. Así que Maii no volverá contigo a

tu país, se quedará con nosotros. Si quieres, te puedes quedar también.

Kofi se puso muy triste al oír aquello, pero ¿qué podía hacer? Sin embargo, cuando estuvieron solos, Maii le dijo:

—No creas lo que te ha dicho mi padre. No hay tales costumbres en nuestro país. Si quieres, huiremos esta noche a tu país.

Cuando cayó la noche y todo el mundo se fue a acostar, Kofi preparó dos caballos y Maii fue a la cocina y cogió tres de los cinco huevos que había en la cesta. Luego se fueron.

A la mañana siguiente, el jefe y su mujer se despertaron y descubrieron que se habían ido.

—¿Dónde pueden estar? —dijo el jefe, y se puso a buscarles por toda la aldea.

Su esposa, en cambio, adivinó lo que había pasado y, cogiendo los dos últimos huevos de la cesta, enjaezó un caballo y salió en su persecución. Les encontró dormidos a la sombra de un gran árbol.

—Maii —dijo a su hija con voz severa—, ¿por qué no has traído agua a tu madre esta mañana? ¿No sabes que es el deber de una hija?

—El deber de una hija casada es seguir a su esposo —respondió la valiente Maii, y, sacando un huevo del bolsillo, lo rompió en el suelo para que Assia, la diosa de la tierra, la dejara marchar.

—¡No, diosa, no! ¡No la dejes marchar! —gritó su madre, y rompió uno de sus huevos en el suelo.

Maii rompió un segundo huevo, y su madre hizo lo mismo. Pero cuando Maii dio su último huevo a la diosa, su madre se quedó desconsolada porque no tenía más. Se quedó inmóvil y como transformada en piedra, y Maii y Kofi pudieron irse en paz.

Fue un largo viaje. Cuando casi habían llegado a su destino, Kofi dijo:

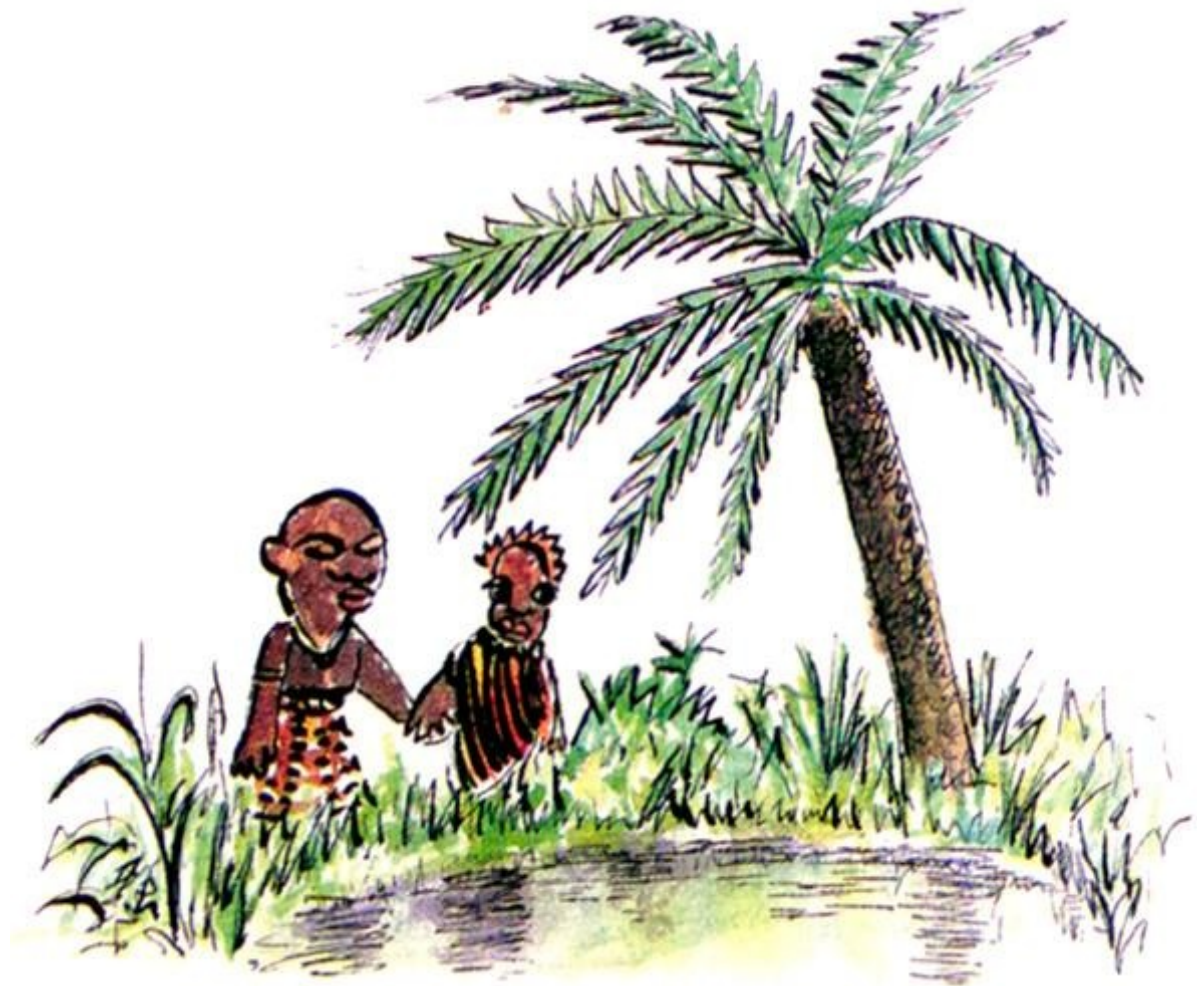
—Maii, no puedo llevar así a mi joven esposa a la aldea. Espérame aquí, en esta palmera junto al lago, mientras voy a anunciar tu llegada a mi padre y a su gente, para que te hagan el recibimiento que mereces.

Maii asintió y Kofi se fue a la aldea. Apenas se había alejado, cuando una anciana llegó a la orilla del lago para llenar su cántaro de agua. Al inclinarse vio el bello rostro de Maii reflejándose en la superficie del agua. Pensando que era su propio reflejo, la anciana exclamó:

—¡Qué bella soy! ¡Demasiado bella para ir a buscar agua al lago como una mujer cualquiera!

Y, diciendo estas palabras, tiró el cántaro al suelo, donde se rompió en una docena de pedazos. Uno de ellos saltó y le hizo un corte en la piel. La

mujer se sentó y envolvió la herida con un trozo de tela. Al levantar la pierna se echó hacia atrás para detener el chorro de sangre. Entonces vio a Maii en el árbol.



—Así que era tu bello rostro el que vi en el agua —dijo la anciana, celosa—. Vamos, baja. Voy a peinar tus cabellos y luego te casaré con mi hijo.

Maii respondió:

—No bajaré y no dejaré que peines mis cabellos, porque ningún peine debe tocarme, o sería mi fin. Y en cuanto a tu hijo, no me casaré con él, porque ya estoy casada con Kofi, el hijo del jefe.



La anciana no respondió, pero sacó un peine, trepó al árbol y lo metió entre los cabellos de Maii. La muchacha lanzó un agudo grito y de repente se transformó en un precioso pajarillo que dio vueltas y vueltas alrededor de la palmera cantando una lúgubre canción.

Poco después, Kofi, sus padres y hermanos y todos los habitantes de la aldea llegaron para desear la bienvenida a la bella Maii. Kofi trepó al árbol y lanzó un grito aterrorizado al ver a la anciana.

—Tú no eres Maii. ¿Dónde está mi maravillosa Maii?

—Pero si yo soy Maii —dijo la anciana riendo.

Kofi estaba al borde de la desesperación, llorando y gritando que huiría y se mataría ahora que había perdido a su bella Maii. Para evitar que actuara alocadamente, le condujeron a casa de su padre.

Al día siguiente, el hermano de Kofi fue al lago a buscar vino de la palmera, precisamente al mismo árbol. Al llegar vio al maravilloso pajarillo, revoloteando tristemente alrededor del árbol y diciendo:

—¡Kofi! ¡Kofi! ¡Kofi!

Muy sorprendido, volvió a su casa y contó al desdichado Kofi lo que había visto.

—Hermano, ve otra vez al lago y trae el pájaro contigo —le suplicó Kofi.

Entonces, al día siguiente, su hermano volvió, cogió el pájaro y lo llevó a casa. Cuando el pájaro vio a Kofi, se animó y sus gritos, —¡Kofi! ¡Kofi! ¡Kofi!—, tenían un sonido más alegre. Luego se posó en el dorso de la mano de Kofi. Kofi acarició suavemente sus plumas. Mientras lo acariciaba le quitó el peine, que cayó al suelo, y allí, junto a él, apareció Maii, todavía más bella que antes.

—¡Maii! ¡Mi Maii! —gritó Kofi, loco de alegría, y se abrazaron apasionadamente.

Hubo gran regocijo en la aldea. El viejo jefe estaba tan cautivado por la belleza de Maii, que no podía apartar sus ojos de ella. Le cogió la mano y le preguntó quién le había hecho el sortilegio que la había transformado en pájaro, y Maii le contó la historia. El jefe se puso furiosísimo y ordenó que comparecieran todas las ancianas del pueblo para que Maii señalara a la que había hecho algo tan espantoso.

—Aquélla —dijo Maii señalando con el dedo a la más horrenda.

Entonces la gente del pueblo cayó sobre ella y le pegaron con palos; y tanto le pegaron que murió.



Soyané

EN una aldea lejana, el jefe tenía muchas esposas pero ningún hijo. Todas sus esposas traían al mundo cornejas, todas menos Nyopakatala. Las cornejas daban vueltas por encima de su choza, le tiraban inmundicias en el tejado y gritaban:

¡Craw, crawl, cala!
¡Nyopakatala
no tiene hijos...!
Suciedad en su tejado
es todo lo que tendrá.

Un día, la desdichada mujer fue al campo a sembrar sorgo. Mientras trabajaba, una bandada de palomos bajó del cielo y se pusieron a picotear las semillas.

—¡Oh! —se lamentó Nyopakatala—. No basta con que las cornejas me atormenten, también lo hacen los palomos.

Al oír estas palabras, una pareja de palomos voló hacia la mujer y uno de ellos le dijo:

—Vuelve rápidamente a tu casa a buscar dos cuchillos y dos recipientes pequeños.

Nyopakatala se quedó un poco sorprendida, pero fue corriendo y trajo dos cuchillos y dos recipientes.

En uno de ellos, el palomo macho metió una semilla roja de sorgo y, cogiendo el cuchillo, hizo un corte en el seno derecho de Nyopakatala y dejó caer una gota de sangre en el recipiente.

Luego, su compañera metió una semilla blanca de sorgo en el otro recipiente y dejó caer unas gotas de sangre del seno izquierdo de Nyopakatala. Entonces, volviéndose hacia ella, le dijeron:

—Coge los dos recipientes, mételos en una gran tinaja en la tierra y cúbrelos con una cesta. Pase lo que pase, no los toques, hasta que oigas la voz de tus hijos.

Y, tras decir estas palabras, emprendieron el vuelo.

Nyopakatala les obedeció y fue a acostarse.

Al día siguiente las cornejas aparecieron de nuevo, e hicieron lo de costumbre, tirar inmundicias en el tejado de la choza de Nyopakatala y gritar:

¡Craw, crawl, cala!

¡Nyopakatala

no tiene hijos...!

Suciedad en su tejado

es todo lo que tendrá.

Pero Nyopakatala no les hizo caso.

—Ya veréis, reirá mejor quien ría el último —dijo, y se fue a trabajar.

Unos días más tarde, a la hora del crepúsculo, oyó que algo se movía en la tinaja donde estaban los recipientes con las semillas de sorgo. Luego oyó una voz que decía:

—Soyané, ¡deja de empujarme!

—¡Espera y verás, Solé! ¡Le diré a mamá lo malo que eres! —respondió otra voz.

Nyopakatala se precipitó hacia la tinaja, levantó la cesta y miró el interior. Había dos niños encantadores.

—¡Los palomos han cumplido su promesa! —exclamó alegremente, y sacó a los niños de los recipientes, que inmediatamente se transformaron en cubos de estaño.

Los dos niños crecieron como las semillas: en ocho días Solé ya era un apuesto joven, y Soyané, una encantadora muchacha. Pero nadie conocía su existencia, porque Nyopakatala no quería dejarles salir y les recordaba, cada vez que iba al campo, que no debían abandonar la choza.

Sin embargo, un día, después de que se hubo marchado, Solé se volvió hacia su hermana y dijo:

—Ven, vamos a buscar agua al pozo.

Soyané no quería ir.

—Mamá se pondrá furiosa. Sabes que nos ha prohibido abandonar la choza.

—No se enterará —dijo Solé, y, agitando la mano, cogió un cubo de estaño y salió, con Soyané siguiéndole de cerca.

En el pozo llenaron los cubos, y se disponían a volver, cuando un apuesto joven surgió allí de ninguna parte.

—¿Queréis darme de beber? —preguntó.

Solé le dio su cubo lleno de agua, pero el desconocido la tiró al suelo. Solé lo llenó de nuevo, pero el desconocido la tiró por segunda vez.

E hizo lo mismo una tercera vez.

—Soyané, dale agua de tu cubo —dijo Solé dirigiéndose a su hermana—. Quizá quiera beber de él.

Soyané dio su cubo al joven, que lo vació de un trago hasta la última gota. Lo llenó de nuevo, y de nuevo bebió él su contenido. La tercera vez Soyané removi6 el barro del fondo del pozo y llen6 el cubo, pero el joven bebió igual, e incluso le dio las gracias.

—Soyané, el sol empieza a ponerse —dijo de pronto Solé.

Tenemos que volver.

Y se alejaron rápidamente.

El joven les vio marchar y observó cómo entraban en la choza que estaba a las afueras de la aldea, la que tenía el tejado lleno de inmundicias. Fue a ver al jefe de la aldea y le dijo:

—Soy Masilo, hijo del jefe de la aldea vecina, y busco esposa. He visto a una bella joven con su hermano en el pozo. Vive en la choza que está a las afueras de la aldea, la que tiene el tejado cubierto de inmundicias. Me gustaría tenerla por esposa.

El jefe se quedó muy sorprendido al oír aquellas palabras y dijo:

—Nyopakatala, una de mis esposas, vive en esa choza, pero no tiene hijos.

Pero Masilo insistió, y el jefe le prometió que, si decía la verdad, la desconocida muchacha que vivía en la choza de Nyopakatala sería su esposa.

Era por la noche, muy tarde, cuando el jefe fue a la choza de su última esposa. Miró a través de una grieta que había en la pared y vio a Nyopakatala hablando con un apuesto joven y una bella muchacha. Llamó a la puerta y entró.

Nyopakatala, rápidamente, intento esconder a sus hijos y prorrumpió en sollozos.

—¿Has venido a burlarte de mí porque no tengo hijos? —preguntó.



—No, al contrario, he venido a verles —respondió el jefe.

—Son mis hijos, y no tienes ningún derecho sobre ellos —dijo Nyopakatala—. Me los dieron los palomos.

Entonces el jefe la saludó y se fue. Al día siguiente dio la orden de construir una nueva choza en el centro del pueblo para Nyopakatala y sus hijos, y envió un mensajero a Masilo para decirle que fuera a cortejar a la muchacha.

Masilo preparó el ganado como regalo para su prometida y mandó a diez amigos suyos a buscarla a la choza de Nyopakatala. Los jóvenes fueron a casa del jefe y le dijeron:

—Masilo nos ha enviado a buscar a la muchacha de la choza de Nyopakatala, la que le prometiste por esposa.

—Entonces, vamos allá —dijo el jefe, y les acompañó a la choza.

Nyopakatala no quería oír hablar de la boda de Soyané y dijo al jefe:

—Es mi hija, no la tuya. Ya te dije una vez que los palomos me la dieron. No tienes ningún derecho sobre ella.

Pero Soyané la interrumpió:

—Mamá, deseo casarme con Masilo. Le amo.

¿Qué podía hacer la pobre Nyopakatala? Acabó por aceptar y empezó a preparar el viaje de Soyané. Mataron mucho ganado, molieron numerosos sacos de sorgo y pusieron la carne y la harina sobre el buey más fuerte del rebaño.

Cuando todo estuvo dispuesto, Nyopakatala reunió a los jóvenes que Masilo había enviado a buscar a su prometida y les dijo:

—Cuidad mucho a mi hija. Si le ocurre algo, lo sabré inmediatamente, porque el cubo de estaño se rajará. Por el camino encontraréis una gacela herida. No le prestéis atención, o de lo contrario os ocurrirá una desgracia, a vosotros y a Soyané.

Los jóvenes se lo prometieron y emprendieron el viaje. A poca distancia del pueblo, una manada de gacelas cruzó su sendero y vieron a una, herida, que corría tras las demás. Olvidando la advertencia de Nyopakatala, los jóvenes se pusieron a perseguirla. Pero, cuando la hubieron cazado y matado, de repente se convirtieron en lobos que devoraron a la gacela; luego, los sacos de carne y harina; más tarde, al buey, y por último, a la pobre Soyané. Pero su corazón se apartó de sus garras y voló hacia el cielo, donde unos palomos volaban dando vueltas. En el mismo instante, el cubo de estaño, en la choza, se rajó con gran estrépito y Nyopakatala exclamó:

—¡Oh! ¡Sabía que le ocurriría una desgracia a Soyané!

Cuando los lobos hubieron degarrado y descuartizado a Soyané, recuperaron su forma primitiva, y al llegar a su aldea dijeron a Masilo:

—¡Oh, jefe! Una gran desgracia ha caído sobre nosotros durante nuestro viaje. Estábamos cazando una gacela para hacer con su piel una litera para tu prometida y, mientras nos alejamos, unos lobos atacaron la escolta. Devoraron todo lo que había que devorar, mataron a Soyané y la descuartizaron.

Masilo se quedó profundamente afligido, pero nada se podía hacer. En esa época, su hermana vivía en su casa con su hijo. Cuando todo el mundo se iba a los campos, ella se quedaba sola en casa. Un día, una bandada de palomos se posó cerca de la choza; cada uno llevaba en el pico un trozo de leña, todos menos uno. Amontonaron ordenadamente la leña en el patio y se dirigieron a la hermana de Masilo.

—Enséñanos a tu hijo —dijeron.

La mujer les enseñó a su hijo y les dio un puñado de semillas de sorgo. Los palomos se pusieron a comerlo, todos menos el que no llevaba leña en el pico, ése no comió nada.

—Qué palomo tan bonito —dijo la hermana de Masilo—. ¿Quién sabe? Quizá sea Soyané. Seguramente por eso no come, porque una mujer no debe tocar nada en casa de su esposo hasta que él mate en su nombre un cordero o una cabra.

Cayó la noche y los palomos emprendieron el vuelo.

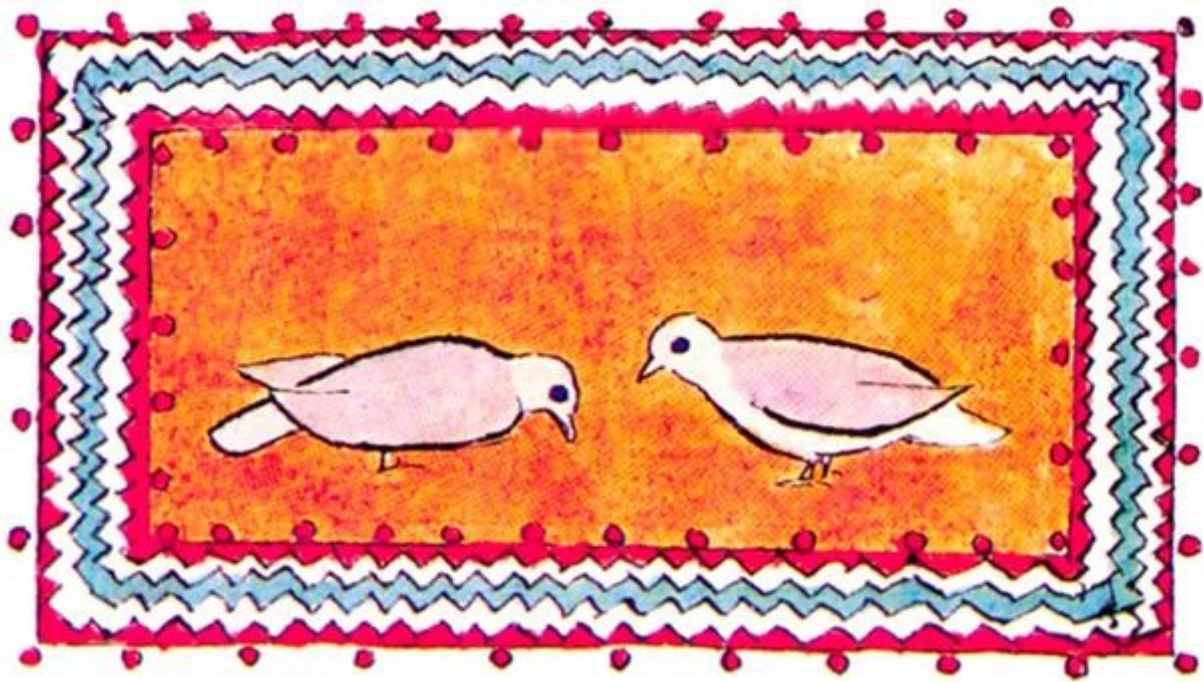
—¿Quién ha recogido leña para el luego? —preguntó Masilo al volver.

—Yo —dijo su hermana.

Al día siguiente todos se fueron a los campos y la hermana de Masilo se quedó sola en casa con su hijo.

Pronto llegaron los palomos y dijeron:

—Enséñanos a tu hijo.



La joven les enseñó a su hijo y les dio un gran puñado de semillas de sorgo. Todos comieron las semillas, menos el bonito palomo, que no las probó.

Luego decidieron moler grano para hacer harina para Masilo, excepto el palomo pequeño, que se quedó solo aparte.

—¡Qué hermoso palomo! —dijo la hermana de Masilo—. Seguramente es Soyané.

Cuando hubieron acabado de moler los granos, los palomos emprendieron el vuelo.

—¿Quién ha molido el sorgo? —preguntó Masilo a su vuelta.

Su hermana le respondió:

—Yo.

Al tercer día, cuando todos se disponían a salir hacia los campos, cogió aparte a Masilo y le dijo:

—Quédate hoy en casa, Masilo.

—Pero ¿por qué? —preguntó su hermano.

—No hagas preguntas. Ya lo verás. Escóndete en la choza, y no salgas hasta que yo te llame.

Poco tiempo después llegaron los palomos, como los días anteriores.

—Enséñanos a tu hijo —dijeron.

La hermana de Masilo les enseñó a su hijo y todos le rodearon, todos menos el pequeño palomo, que dio vueltas alrededor del tejado de la choza.

—¿Por qué no vienes? —preguntó la hermana de Masilo.

—Hay alguien en la choza —respondió.

—¡Qué tontería! Ven con nosotros. No hay nadie en la casa.

Entonces el precioso palomito se posó en el suelo. La hermana de Masilo llamó suavemente a su hermano, y éste se lanzó afuera de su casa y cogió al palomo por las alas. De repente las plumas llenaron los aires a su alrededor y, en lugar del palomo, apareció Soyané, aún más bella que antes.

—¡Déjame marchar! —gritó, debatiéndose para escapar del brazo de Masilo—. ¡Tú tienes la culpa de que muriera! Tus hombres se convirtieron en lobos y me destrozaron y descuartizaron, excepto mi corazón, que voló hacia los palomos. ¡Déjame marchar! ¡Quiero volver a casa de mi madre!

—¡No! ¡No te dejaré marchar! —gritó Masilo, y recogió rápidamente las plumas del suelo y las echó al fuego.

En ese instante, el cubo de estaño de Soyané volvió a quedar intacto y la llorosa Nyopakatala exclamó llena de alegría:

—¡Mi querida Soyané está viva! ¡Por fin está bien!

Mientras tanto, los palomos habían vuelto con el agua y, al ver lo que había pasado, volaron alegremente alrededor de la choza, agitaron las alas para decir adiós y desaparecieron.

Soyané y Masilo se casaron, hubo grandes festejos y todo el mundo estaba alegre. Sólo los diez jóvenes que habían matado a Soyané estaban afligidos, porque Masilo les condenó a muerte.

El pájaro que daba leche

HABÍA una vez un hombre pobre que se llamaba Masilo. Un día se fue a trabajar al campo con su esposa. Labraron y removieron la tierra durante el día y al caer la noche todo estaba preparado para la siembra. Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando llegaron al campo, lo vieron en el mismo estado que antes de trabajarlo. Masilo y su esposa tuvieron que pasar de nuevo toda la jornada labrando y removiendo la tierra hasta la noche. Al día siguiente, el mismo espectáculo se ofreció a sus ojos, y se pusieron otra vez a trabajar. Por la noche terminaron la tarea, pero esta vez Masilo se dirigió a su esposa y dijo:

—Regresa. Me quedo aquí a montar guardia.

La mujer se marchó y Masilo se sentó entre unos arbustos para observar los alrededores. De repente apareció un magnífico pájaro. Era tan bello que Masilo no podía quitarle los ojos de encima. Se posó en los arbustos donde estaba escondido Masilo y se puso a cantar:

*¡Transfórmate,
transfórmate,
salvaje campo!
¡Que lo que está encima
quede debajo!*

Mientras se extinguía la última nota, el campo empezó a transformarse y volvió a quedar como antes.

—¡Así que eres tú el responsable! —gritó Masilo, y sacando el cuchillo se dispuso a cortar la cabeza al pájaro.

Horrorizado, éste dijo:

—No me hagas daño. Si me perdonas la vida, te daré tanta leche que tendrás suficiente para toda tu familia.

—De acuerdo —dijo Masilo—, pero en primer lugar mi campo debe estar labrado como antes.

Entonces el pájaro volvió a cantar su canción.

Mientras se extinguía la última nota, el campo volvió a tener la tierra removida y el suelo apareció otra vez labrado y dispuesto para la siembra.

—Ahora dame la leche que me has prometido.

El pájaro dio tanta y tanta leche que Masilo fue incapaz de bebérsela toda. Metió el pájaro en un saco y volvió a su casa. Al llegar, dijo a su esposa:

—Lava las vasijas y las cazuelas más grandes que tengamos, las que utilizamos para fabricar la cerveza, y date prisa.

—Me gustaría mucho saber qué vas a meter en las vasijas —dijo su mujer—, cuando no tenemos ni una hogaza de pan que comer en casa.

—No te preocupes —contestó Masilo riendo.

Su esposa lavó las vasijas y las cazuelas, y entonces Masilo sacó el pájaro del saco y le dijo:

—Ahora danos leche para llenar estos recipientes.

El pájaro obedeció. Dio leche, leche y leche hasta que Masilo bebió hasta hartarse, sus hijos bebieron hasta no poder más y todavía quedaba mucha.

Masilo volvió a meter el pájaro en el saco y dijo a los niños.

—Ni una palabra a nadie sobre el pájaro encantado.

Y los niños prometieron no decir ni mu.

De este modo, el pobre hombre y su familia empezaron a prosperar. La gente de la aldea se preguntó por qué y cómo engordaban tanto, pero nadie pudo descubrirlo.

Un día se fueron todos al campo a trabajar, menos los niños de la aldea, que se quedaron jugando. Mientras jugaban, empezaron a preguntar a los hijos de Masilo por qué y cómo estaban tan gordos.

—Pero si estamos exactamente igual que vosotros —respondieron.

—No seáis idiotas —dijeron los otros—. Vamos, reveladnos el secreto. Os prometemos no decir nada.

Al final, el hijo de Masilo, Masamanamatug, cedió:

—Venid a nuestra choza y os enseñaré algo.

Los niños entraron en casa de Masilo. Masamanamatug sacó el pájaro del saco y dijo:

—Danos leche.

El pájaro dio leche, leche y leche, y los niños bebieron, bebieron y bebieron hasta que no pudieron más. Entonces dijeron al pájaro:

—Baila para nosotros.

Y el pájaro se puso a bailar, pero los niños gritaron:

—Aquí no hay bastante sitio, saquémosle.

Llevaron fuera al pájaro, pero cuando lo posaron en el suelo él desplegó las alas y echó a volar.

Los hijos de Masilo se pusieron a gritar que sus padres les castigarían cuando volvieran por la noche y vieran lo que había pasado; entonces todos empezaron a perseguirle. El pájaro voló de árbol en árbol y de matorral en matorral, pero en cuanto los niños se acercaban volaba un poco más lejos. Así continuaron mucho tiempo, pero de pronto los niños comprendieron que se habían perdido. Naturalmente, se echaron a llorar.

—No tengáis miedo —les consoló Masamanamatug—. Vamos a escondernos en esta cueva. Seguramente hay leña seca en el interior, haremos fuego y asaremos raíces.

Los niños entraron en la cueva. Efectivamente encontraron leña seca e hicieron fuego. Mientras estaban sentados a su alrededor, asando raíces, un enorme gigante comedor de hombres pasó por allí por casualidad, miró hacia dentro y gritó:

—¡Dadme a mí también!



Masamanamatug le lanzó algunas raíces asadas y, mientras el gigante las comía, los niños se deslizaron fuera de la cueva y huyeron a toda velocidad. Pero el gigante siguió sus huellas. La noche había caído ya, estaba muy oscuro y los niños estaban muy cansados.

—No podemos correr más —se lamentaron. Entonces Masamanamatug dijo:

—No hay nada que hacer. Subamos a este árbol y descansen un ratito.

Los niños apenas habían trepado a las ramas cuando el gigante les alcanzó. Se quedó al pie del árbol y rugió:

—¡Dadme más raíces!

—No tenemos —replicó Masamanamatug.

—Entonces voy a comerlos —gritó el gigante, y empezó a despedazar el tronco del árbol con sus enormes uñas.

Masamanamatug se dirigió a los niños y dijo:

—Voy a cantar una canción y vosotros repetiréis «¡Resiste! ¡Resiste!». Seguro que el árbol resiste y el gigante nos come.

Y Masamanamatug empezó a cantar:

¡Oh!, qué hemos hecho...

y los niños, a coro:

¡Resiste! ¡Resiste!

y continuaron:

Detrás del pájaro

¡Resiste! ¡Resiste!

Las frágiles niñas estaban

¡Resiste! ¡Resiste!

¡No pudieron correr mucho!

¡Resiste! ¡Resiste!

Asamos unas raíces...

¡Resiste! ¡Resiste!

Y analizamos la situación...

¡Resiste! ¡Resiste!

Pero la noche pronto cayó.

¡Resiste! ¡Resiste!
¡Estamos perdidos, desesperados!
¡Resiste! ¡Resiste!
¿Cómo vamos a salvarnos?
¡Resiste! ¡Resiste!

En ese instante, el pájaro encantado se posó en el árbol.

—Agarraos a mis patas; os llevaré a vuestra casa sanos y salvos.

Los niños se agarraron a las patas del pájaro y segundos después estaban en la aldea. Masilo se puso loco de alegría por recuperar a sus hijos sanos y salvos, y con ellos, al pájaro encantado.

Ahora que la aldea sabía la clase de pájaro que poseía Masilo, tuvo que dar también leche a los demás. Pero el pájaro daba tanta que había bastante para todos. De este modo, la gente de la aldea engordó, prosperó y fue muy feliz.

Dzom, el gigante

HACE mucho, muchísimo tiempo, los pigmeos habitaban el maravilloso país de Khum.

Vivían dichosos en aquella región donde el sol brillaba durante todo el día y donde caza y pesca abundaban en los bosques y los ríos.

Un día ocurrió que Dzom, el gigante, llegó a sus tierras. Era un gigante enorme, más grande que cuatro personas de pie unas sobre otras, y podía devorar a un hombre entero de un solo bocado. Comía muchos porque tenía tres cabezas. Dos de sus cabezas sólo presentaban un ojo en medio de la frente. Además, Dzom poseía seis manos.

Dos de ellas llevaban inmensos garrotes, hechos con troncos de árbol endurecidos al fuego para hacerlos más fuertes.

Un día en que el gigante estaba profundamente dormido y roncaba tan fuerte que las hojas de los árboles temblaban, los pigmeos se acercaron a él. Cogieron redes muy sólidas, tan sólidas que ni siquiera un elefante podía romperlas, las echaron sobre el gigante y las ataron fuertemente. Luego entonaron un canto:

*¡Hemos capturado al elefante,
hemos capturado al cerdo!
¡Ha caído en la trampa!
Qué más queremos...
Llamad a los niños
para que vengan a matarlo.
Llamad a las mujeres
para descuartizarlo.
Encended el fuego
para asarlo.
Hemos capturado al elefante,
hemos capturado al cerdo.
¡Ha caído en la trampa!
Qué más queremos...*



En ese momento el gigante se despertó. Dio un salto y rompió las redes en un arranque feroz. Luego cogió los garrotes y los agitó en el aire en todos los sentidos. Las cabezas crujían como cáscaras de huevo a cada golpe.

De los que estaban más cerca, ninguno sobrevivió. De los que pusieron pies en polvorosa, solamente algunos pudieron escapar.

¿A cuántas personas mató Dzom, el gigante? Contad los pájaros que vuelan en el cielo. Contad las mariposas que revolotean de flor en flor. Contad los peces que nadan en el río. ¿A cuántas personas mató Dzom, el gigante? Nadie puede decirlo, pero las mujeres lloraron y se lamentaron, desgarrando el aire con sus gritos.

Y los que estaban tumbados en el suelo, muertos, o vivos que fingían estar muertos, fueron devorados por Dzom, el gigante, como las ranas por el cocodrilo. Comió más en un solo día que lo que comía durante semanas.

Los que lograron huir abandonaron el maravilloso país de Khuma, donde el sol brillaba todo el día y donde la caza y la pesca abundaba en los bosques y los ríos.

La prometida del dragón

EN una aldea muy lejos de aquí vivía un hombre cuyas dos hijas eran encantadoras y estaban en edad de casarse.

Un día, fue a la aldea vecina a visitar a unos amigos. En cuanto llegó, todo el mundo se sentó alrededor del fuego y hablaron de las últimas novedades. De este modo se enteró de que el jefe de aquella aldea buscaba esposa.

De vuelta a su casa, el padre se lo contó a sus hijas y les preguntó:

—¿Cuál de las dos desea ser su mujer?

—¡Yo! —respondió inmediatamente Mpunzikazi, la mayor.

—Bien —dijo el padre—. Entonces voy a prepararte una escolta nupcial para acompañarte a la aldea.

Pero Mpunzikazi exclamó que no quería escolta y que iría sola. Disgustado, su padre respondió:

—¡Cómo puedes hablar así! ¡Una novia no puede ir sola a casa de su prometido!

Pero su hija estaba tan obcecada y se puso tan desagradable, que acabó por renunciar a convencerla. Entonces, al día siguiente, se fue sola a la aldea vecina. Por el camino encontró a un ratón.

—¿Quieres que te indique el camino, Mpunzikazi, oh tú que deseas casarte con el jefe de la aldea vecina?

—Apártate de mi camino —dijo la muchacha de mal humor.

El ratón desapareció y Mpunzikazi continuó su marcha. Pero pronto se dio cuenta de que se había perdido. Al llegar a una encrucijada, vio a una anciana sentada en la orilla del camino. La anciana le dirigió una sonrisa de bienvenida y le preguntó:

—¿Quieres que te indique el camino, Mpunzikazi, oh tú que deseas casarte con el jefe de la aldea vecina?

—¡Quién va a hacer caso de los desatinos de un vejstorio como tú! —replicó la muchacha.

Dicho lo cual, giró sobre sus talones y cogió el camino de la derecha.

—¡Por ahí no! —gritó la anciana.

Pero la orgullosa Mpunzikazi no le hizo caso y continuó. La bondadosa anciana le dio entonces un último consejo:

—Ve, pues, si quieres, por ahí. Pero presta atención. En seguida llegarás a unos árboles que se echarán a reír cuando pases. No les hagas caso y, pase lo que pase, no te rías, o te quedarás horrorizada cuando veas a tu prometido. Luego llegarás a un lugar donde hay un saco de cuero lleno de una leche espesa. Pase lo que pase, no bebas, o el pan que prepares a tu prometido no fermentará jamás. Después encontrarás a un hombre sentado junto a un fuego, con la cabeza bajo el brazo. Pase lo que pase, no te sientes junto al fuego; si no, el pan que hagas a tu prometido no se cocerá jamás.

Mpunzikazi no escuchó lo que dijo la anciana y prosiguió su camino. Pronto llegó a un bosquecillo de árboles que reían a mandíbula batiente. A Mpunzikazi le pareció muy gracioso y rió con ellos. Luego pasó junto a un saco de cuero lleno de leche espesa y, como tenía mucha sed, bebió un gran trago. Poco después vio un fuego junto al cual un hombre estaba sentado, con la cabeza bajo el brazo. La invitó a sentarse. Descansó un poco, pero como los mosquitos la acibillaban, se fue en seguida.

Cuando hubo caminado cierto tiempo, encontró un conejo que la abordó y le dijo:

—Ya estás casi al final de tu viaje, Mpunzikazi, oh, tú que deseas casarte con el jefe de la aldea vecina. Después del próximo recodo, verás a una muchacha llenando el cántaro en el río. Sé amable con ella, hazme caso.

—¡Quién eres tú para darme consejos! —replicó Mpunzikazi, y continuó su camino.

Exactamente como había anunciado el conejo, pronto llegó a un río más allá del cual vio la aldea. A la orilla del río, una joven llenaba un cántaro de agua.

—¿Adónde vas? —le preguntó la muchacha.

—¡A ti qué te importa! —dijo Mpunzikazi malhumorada—. Voy a ser la mujer del jefe de esta aldea, y tú serás mi sirvienta.

—Tu sirvienta, no —sonrió la muchacha—, sino tu cuñada, porque soy la hermana del jefe.

Entonces condujo a Mpunzikazi a su casa y le dio centeno y trigo para que le hiciera pan a su prometido.

—Tienes que darte prisa —le dijo—, porque el jefe volverá pronto.

Mpunzikazi molió el centeno y el trigo y preparó la masa para el pan, pero, por más que amasaba, la masa estaba llena de grumos. Luego modeló

las hogazas y las metió en el horno, pero, aunque puso buen cuidado, el pan no coció; se quemó por fuera y quedó crudo por dentro.

De repente hubo un fuerte vendaval y un trueno, y un horrible dragón de cinco cabezas se posó en el patio.

—Éste es tu prometido Makanda Maklamu —dijo la hermana del jefe a Mpunzikazi—. Ve a recibirle. Ésta, hermano, es tu prometida —continuó la hermana.

—¡Qué novia es esta que ni siquiera viene a recibir a su prometido! —rugió el dragón.



Al oír estas palabras, Mpunzikazi ahuyentó su temor y fue corriendo a buscar el pan que le había cocido. Al verlo, el dragón lanzó un rugido:

—¡Tú no serás mi mujer jamás!

Y agitó la cola con tal fuerza, que la pobre Mpunzikazi cayó muerta.

Como los días y las semanas pasaban y no tenían noticia alguna de Mpunzikazi, su hermana menor, Mpunzanana, dijo a su padre:

—Iré yo a la aldea vecina. Quizá tenga más suerte que mi hermana.

El anciano consintió, le preparó una escolta nupcial y se separó de su hija dándole su bendición.

En el camino encontraron un ratón.

—¿Quieres que te indique el camino, Mpunzanana, oh, tú que deseas casarte con el jefe de la aldea vecina? —preguntó el ratón.

—Naturalmente, si eres tan amable —respondió Mpunzanana, y el ratón le mostró el sendero que desaparecía entre los matorrales.

Pronto la escolta nupcial llegó a una encrucijada. Una anciana, que estaba sentada en aquel lugar, le dirigió una sonrisa de bienvenida y preguntó:

—¿Quieres que te indique el camino, Mpunzanana, oh, tú que deseas casarte con el jefe de la aldea vecina?

—Claro que sí, si eres tan amable —respondió Mpunzanana, y la anciana le señaló el camino de la izquierda.

No había avanzado mucho cuando surgió un conejo que le dijo:

—Estás casi al final de tu viaje, Mpunzanana, oh, tú que deseas casarte con el jefe de la aldea vecina. Después del próximo recodo llegarás a un río y allí encontrarás a un muchacha llenando un cántaro de agua. Sé amable con ella.

—Gracias por advertírmelo, Hermano Conejo —respondió Mpunzanana, y se fueron.

En seguida llegaron al río más allá del cual se distinguía la aldea. A la orilla del agua, una joven llenaba un cántaro.

—¿Adónde vas? —preguntó la muchacha.

—Mi nombre es Mpunzanana. Vengo de la aldea vecina y voy a la tuya a casarme con tu jefe.

—Entonces serás mi cuñada —dijo la muchacha con una sonrisa, y abrazó a Mpunzanana—. Sin embargo, te advierto una cosa. No te asustes al ver a tu prometido.

—¿Por qué iba a asustarme? —preguntó Mpunzanana sorprendida.

La hermana del jefe no respondió y condujo a Mpunzanana y su escolta a su casa. Allí le dio centeno y trigo para que le hiciera pan a su prometido.

Mpunzanana molió el centeno y el trigo e hizo la masa de pan. La masa era buena y esponjosa, y cuando metió las hogazas en el horno, la aldea se llenó de su delicioso olor. De repente, hubo un fuerte vendaval y un trueno, y un horrible dragón de cinco cabezas se posó en el patio.

—Aquí está tu prometido —dijo la hermana del jefe.

Mpunzanana no se asustó. Cogió una hogaza de pan crujiente y bien dorada y se la ofreció al dragón en señal de bienvenida. El dragón comió el pan y lo encontró totalmente a su gusto.

—Tú serás mi mujer —rugió.

Apenas estas palabras salieron de su boca, cuando la piel del dragón se cayó y un apuesto joven hizo su aparición.

Colmó a su prometida de perlas, brazaletes, sortijas y collares.

Y se casaron en medio de una gran fiesta y mucha alegría.

Las siete hermanas

UNA familia de la tribu herero vivía la vida de los nómadas. Su ganado pacía y se iban en busca de otros pastos cuando ya no quedaba hierba alrededor del campamento. Un día que habían cambiado de emplazamiento, construido otras chozas y ya estaban instalados, la hija más joven, Sahavanda, se acordó de repente que había olvidado su collar de cobre en el antiguo campamento.

—Vuelvo a buscarlo —dijo, y sus hermanas quisieron acompañarla.

Entonces las siete hermanas volvieron al antiguo campamento. Al llegar, lo encontraron ocupado por gente de la tribu damara, que capturaron a las jóvenes, diciéndoles:

—Os quedaréis con nosotros y seréis nuestras esposas.

—Yo elijo a ésta —dijo el jefe señalando a la mayor de las siete.

Se llamaba Snihova y era la más bella.

Las hermanas gritaron y suplicaron a los damara que las dejaran marchar, pero no les hicieron caso y las metieron en una de las chozas, poniendo a un anciano a la puerta para que las vigilara.

Al día siguiente los damaras se fueron a cazar y dejaron solas a las siete hermanas y al anciano.

—Si me duermo, no huyáis —dijo éste—. Voy a tumbarme delante de la puerta. Si ronco un poco, quiere decir que dormito simplemente, pero si ronco fuerte quiere decir que duermo profundamente.

Era lo que las muchachas querían saber. Y esperaron a que el anciano se durmiera. Pronto se puso a roncar suavemente, y después de un momento los ronquidos se hicieron más fuertes. Con el mayor sigilo posible, las hermanas se deslizaron al exterior de puntillas y corrieron por el sendero que salía del campamento, deteniéndose solamente el tiempo necesario para cubrirse la cara de ceniza para que nadie las reconociera.

Corrieron, corrieron y corrieron hasta que se encontraron en medio de unas rocas muy altas; allí, Sahavanda, la más joven, dijo:

—No puedo correr más; me quedo aquí.

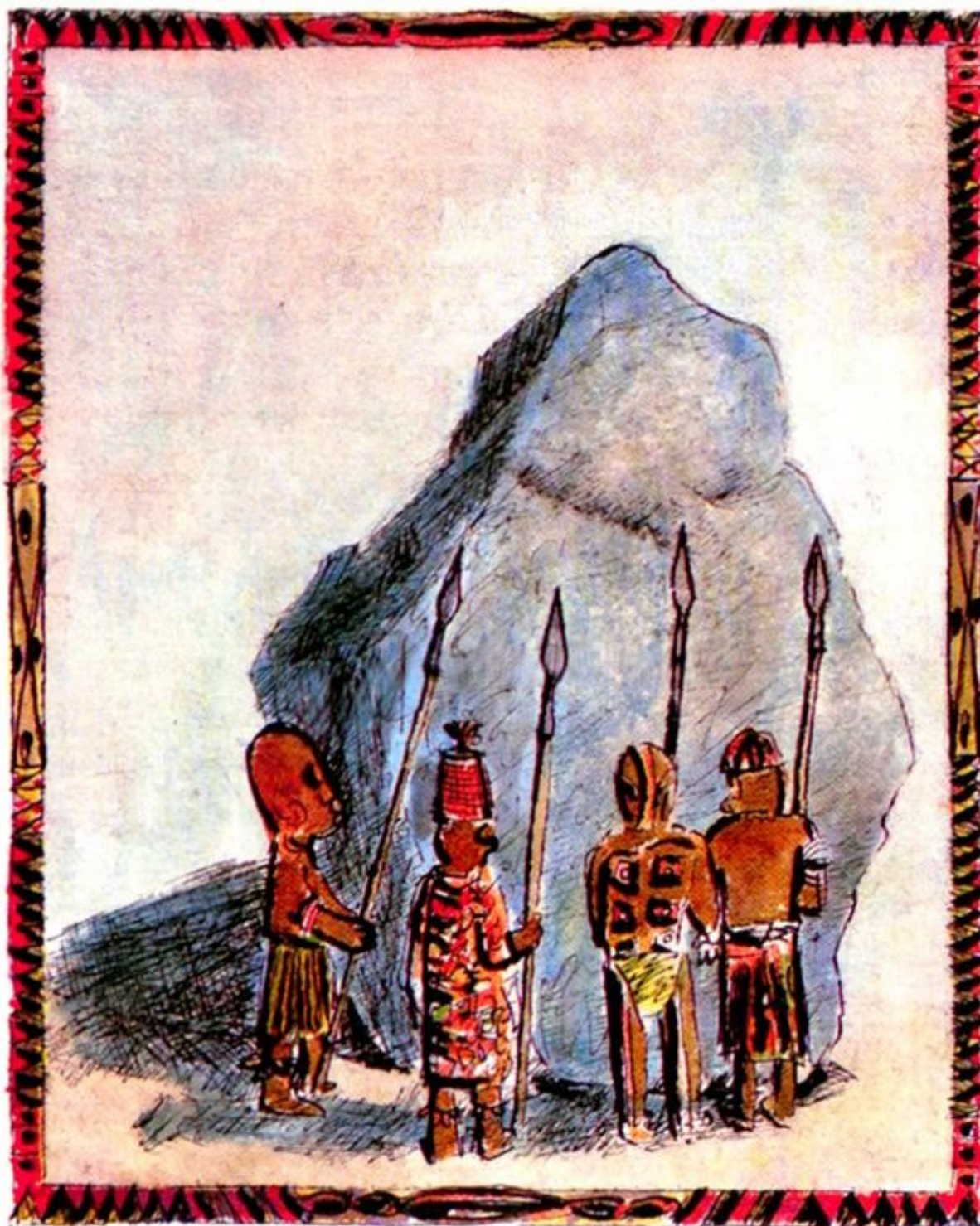
—Debemos continuar —dijo Snihova, la mayor—. Probablemente los damaras ya han descubierto que nos hemos ido y seguro que nos están pisando los talones.

—Prefiero casarme con uno de ellos que morir aquí entre estas horribles rocas —gritó Sahavanda, y se sentó en el suelo.

Snihova se acercó a uno de las rocas, que parecía una choza, y, dándole unos golpecitos, exclamó:

—¡Ábrete, oh roca, ábrete!

Apenas había dicho estas palabras, cuando la roca se abrió. Las siete hermanas entraron y la roca se cerró de nuevo tras ellas. Todas las hermanas estaban muy contentas por haber encontrado tan buen escondite, menos Sahavanda.



—¡Es una roca espantosa! —dijo—. No puedo realizar un movimiento sin hacerme daño contra la piedra.

—Deja de quejarte y ponte contenta por haber encontrado un escondite donde los damaras jamás nos encontrarán —dijo Snihova, la mayor de las siete, pero Sahavanda siguió refunfuñando.

En ese mismo instante oyeron ruido de voces.

Eran los damaras. Al volver de la cacería descubrieron la huida de las muchachas, fueron en su persecución y llegaron ante la roca, allí donde terminaba el sendero.

—Es extraño —dijeron mirando a su alrededor—. ¿Por dónde han podido pasar?

En ese momento Snihova cambió de postura y la campanita que le colgaba del cuello tintineó.

—¿Qué ha sido eso? —gritó un damara—. Se parecía al tintineo de una campana; ¿o era un pájaro?

—¡Quién sabe lo que era! —dijo el jefe—. Volvamos.

Y los damaras se fueron.

Las muchachas esperaron un poco por si los damaras volvían y Snihova dio unos golpecitos en la roca, llamando:

—¡Abrete, oh roca, ábrete!

La roca se abrió y las hermanas salieron una tras otra. Pero en el momento en que Sahavanda, que era la última, llegaba a la salida, la roca volvió a cerrarse de repente y la aprisionó en su interior.

Las demás suplicaron en vano a la roca que la dejara salir. Sahavanda lloró y suplicó y pidió perdón por haber dicho cosas malas de ella. La roca no se movió.

Tristemente, las hermanas volvieron a casa. Es verdad que habían escapado de los damaras, pero habían perdido a Sahavanda.

Poco después, un león se acercó a la roca y llamó con un rugido.

—¡Abrete, oh roca, ábrete!

La roca se abrió y Sahavanda salió rápidamente. Pero su dicha fue breve, porque cuando el león la vio, sin pensarlo dos veces, la cogió y se la comió.

La muchacha que surgió de un huevo de avestruz

SETETELANÉ era un hombre muy pobre. Tan pobre que no tenía nada en el mundo excepto la choza de tierra batida donde vivía. Cazaba ratas de campo y con su piel se hacía la ropa. Y, por supuesto, no tenía mujer. ¡Qué mujer hubiera querido a un pobre mendigo! Si ni siquiera tenía un buey para comprarla...

Un día que volvía a su casa, más hambriento que nunca, encontró un huevo de avestruz en el camino.

—¡Qué bien voy a comer! —exclamó, muy alegre—. Inmediatamente voy a encender fuego y a cocerlo. Pero primero esperaré a que cambie el viento.

Pero el viento siguió soplando en la misma dirección y, como llegaba la noche, Setetelané llevó el huevo a su casa, lo dejó en un rincón y se olvidó de él.

Al día siguiente salió a cazar ratas, como de costumbre. Cuando volvió le esperaba una sorpresa tan grande que se preguntó dónde estaba. Encontró su choza barrida y ordenada y en la mesa había una hogaza de pan fresco y un jarro de cerveza. Se sentó, muy contento, y comió bien por primera vez en su vida.

Al día siguiente se fue muy temprano al bosque, y, cuando volvió por la noche, encontró otra vez la choza barrida y ordenada y el pan fresco y la cerveza sobre la mesa. Volvió a pasar lo mismo al día siguiente y también al otro día. Entonces Setetelané se rascó la cabeza y se preguntó en voz alta.

—¿Cómo es posible? No tengo esposa y, sin embargo, alguien barre el suelo, cuece pan, fabrica cerveza. ¿Quién puede ser?

—Yo barro, cuezo el pan y fabrico la cerveza —respondió una voz.

Y una encantadora muchacha salió del huevo de avestruz olvidado en un rincón.

—Si quieres —dijo—, me quedaré aquí y me ocuparé de ti. Y no te faltará nada. Pero nunca, nunca, me recordarás que he salido de un huevo de avestruz.

Setetelané prometió lo que ella quiso. Era tan feliz de tener una mujer para él... ¡Y qué mujer! Realmente, pensaba en todo y jamás le faltó nada.

Pero las cosas no siempre permanecen sin cambios, y una mañana ella dijo a Setetelané:

—¿Te gustaría ser un jefe muy rico?

—¿A quién no le gustaría? —respondió Setetelané, y fue a acostarse.

Entonces la joven salió de la choza y se puso a golpear el suelo con un mazo en el lugar donde se echaban las cenizas.

Cuando se despertó, Setetelané oyó ruido de voces y mugidos de ganado. Asomó la cabeza al exterior de la choza y se frotó los ojos. Una gran aldea le rodeaba, los establos estaban llenos de ganado y los habitantes rodearon su choza para saludarle, haciendo reverencias y salmodiando:

—¡Larga vida a nuestro jefe!



—Por lo que veo —dijo Setetelané—, soy el jefe de una aldea muy rica.

Y desde entonces vistió un manto de piel y no pieles de rata, y durmió en un lecho mullido, y tuvo tanta comida como podía comer y tanta cerveza como podía beber.

Pero las cosas no siempre permanecen sin cambios, y un día Setetelané bebió mucha cerveza después de una copiosa comida, mucha más de la debida, y se le desató la lengua. Olvidando lo que había prometido a la muchacha, la llamó:

—¡Ven aquí, muchacha que saliste del huevo de avestruz!

La joven acudió y dijo:

—Me has llamado «muchacha que salió del huevo de avestruz».

—¡Naturalmente! ¿Acaso no saliste de un huevo de avestruz? —dijo Setetelané.

Entonces la muchacha dio media vuelta y salió de la choza sin decir una palabra y Setetelané se fue a acostar.

Era lo único que podía hacer después de haber bebido tanto.

Pero en medio de la noche notó que tenía la espalda apoyada en algo duro y se despertó. Se incorporó y vio que el mullido lecho había desaparecido y que estaba tumbado en el suelo. También había desaparecido su manto de piel. En su lugar estaba su vieja ropa hecha con pieles de rata. Al salir de la choza, ya no vio la aldea, sino un gran bosque que le rodeaba por todas partes. En cuanto a la muchacha que había salido del huevo de avestruz, se había ido y no volvió nunca más. Así fue.

La malvada madrastra y Yomandeno, el dragón

HABÍA una vez un hombre que tenía una esposa que se llamaba Tanda y un hijo que se llamaba Luma. La esposa murió pronto y tomó otra que se llamaba Lyenga. Su nueva mujer trajo al mundo un hijo, Ewil; una hija, Efeti, y otro hijo, Billo. Un día el hombre murió y Lyenga se quedó sola con los niños. Rebosaba ternura hacia los suyos, pero hacia Luma, nada.

Cada vez que volvía del mercado llamaba:

Ewil, hijo de Lyenga, ven aquí...

Efeti, hija de Lyenga, ven aquí...

Billo, hijo de Lyenga, ven aquí...

Luma, hijo de Tanda, ¡quédate ahí!

Los niños corrían hacia su madre, y ella les daba toda clase de golosinas, pasteles fritos en aceite y tarta. Pero nunca había nada para Luma, que contemplaba tristemente cómo Ewil, Efeti y Billo comían lo que su madre les había traído.

Un día que se disponía a ir al mercado, dijo a los niños:

—Si Yomandeno, el dragón de diez cabezas, viene a la choza y os llama como yo lo hago ahora:

¡Ewil, hijo de Lyenga, abre la puerta!

¡Efeti, hija de Lyenga, abre la puerta!

¡Billo, hijo de Lyenga, abre la puerta!

¡Luma, hijo de Tanda, abre la puerta!

... pero con profunda y fuerte voz en lugar de con voz aguda y delicada, no abráis a ningún precio, porque os comería.

Los niños prometieron obedecer y la madre se fue al mercado.

Al cabo de cierto tiempo alguien llamó varias veces seguidas a la puerta mientras exclamaba con voz fuerte y profunda.

¡Ewil, hijo de Lyenga, abre la puerta!

¡Efeti, hija de Lyenga, abre la puerta!

¡Billo, hijo de Lyenga, abre la puerta!

¡Luma, hijo de Tanda, abre la puerta!

Los niños supieron inmediatamente que no era su madre, sino el dragón, y gritaron:

—No abriremos. Eres el dragón Yomandeno y no nuestra madre. Tu voz no es como la suya.

Yomandeno se alejó arrastrándose, encontró una gran piedra plana de las que sirven para triturar el tabaco o las especias y la puso en una de sus diez lenguas.

La lengua se volvió en seguida más corta y más delgada, y su voz, aguda y delicada, como la de Lyenga.

Volvió a la choza, llamó de nuevo y dijo:

¡Ewil, hijo de Lyenga, abre la puerta!

¡Efeti, hija de Lyenga, abre la puerta!

¡Billo, hijo de Lyenga, abre la puerta!

¡Luma, hijo de Tanda, abre la puerta!

Al oír una voz aguda y delicada como la de su madre, los niños abrieron la puerta y Ewil, Efeti y Billo se precipitaron fuera para coger las golosinas que siempre les traía.

Sólo Luma se quedó atrás, sabiendo que de todas formas no habría nada para él.

Cuando los niños salieron de la choza, Yomandeno se los tragó a los tres y se alejó arrastrándose hacia el bosque.

Un poco más tarde, Lyenga volvió del mercado y llamó a la puerta diciendo:

¡Ewil, hijo de Lyenga, abre la puerta!

¡Efeti, hija de Lyenga, abre la puerta!

¡Billo, hijo de Lyenga, abre la puerta!
¡Luma, hijo de Tanda, abre la puerta!

A lo que Luma contestó:

Ewil, hijo de Lyenga, se ha ido;
Efeti, hija de Lyenga, se ha ido;
Billo, hijo de Lyenga, se ha ido;
Luma, hijo de Tanda, está solo.

Luego abrió la puerta y, sollozando, contó a su madrastra lo que había ocurrido. Ésta lloró amargamente al oír la noticia y dio a Luma todas las golosinas que había traído. Entonces Lyenga preparó un cesto lleno de comida, trituro jengibre silvestre, cogió un hacha y una lanza y se fue al bosque a buscar a Yomandeno. Por el camino encontró a Yomandeno, el dragón de una cabeza.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Busco a tu hermano, el dragón de diez cabezas.

—Vuelve a tu casa —le aconsejó el dragón—. Mi hermano es un dragón terrible. Te comerá.

Pero Lyenga siguió su camino. Pronto encontró a Yomandeno, el dragón de dos cabezas.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Busco a tu hermano, el dragón de diez cabezas —dijo Lyenga.

—Yo no lo haría si fuera tú —le aconsejó el dragón—. Mi hermano te devorará.

Pero Lyenga no hizo caso y siguió su camino.

En el sendero encontró un dragón de tres cabezas, un dragón de cuatro cabezas, un dragón de cinco cabezas, un dragón de seis cabezas, un dragón de siete cabezas, un dragón de ocho cabezas y un dragón de nueve cabezas; todos le dijeron que volviera a su casa y le advirtieron de que el dragón de diez cabezas la comería. Pero Lyenga siguió su camino.

Por fin llegó al centro del bosque y allí vio a Yomandeno, el dragón de diez cabezas. Era tan terrorífico que Lyenga tuvo miedo y se escondió detrás de unos matorrales. Pero el dragón llamó:

¡Lyenga, te has escondido,
pero te veo!

*¡Lyenga, te has escondido,
pero te cogeré!*

Lyenga comió rápidamente un poco de jengibre silvestre, porque da valor, y salió de los matorrales.

—¿Adónde vas? —preguntó el dragón.

—¡Allí donde debo ir! —respondió Lyenga.

—¿Qué has dicho? No lo he entendido. Deja tus bártulos y trepa a mi pie para que te oiga mejor.

Lyenga no dejó los bártulos, pero trepó a su pie y gritó:

—¡Allí donde debo ir!

Pero el dragón seguía sin oír y dijo:

—Deja tus bártulos y trepa a mi rodilla, para que te oiga mejor.

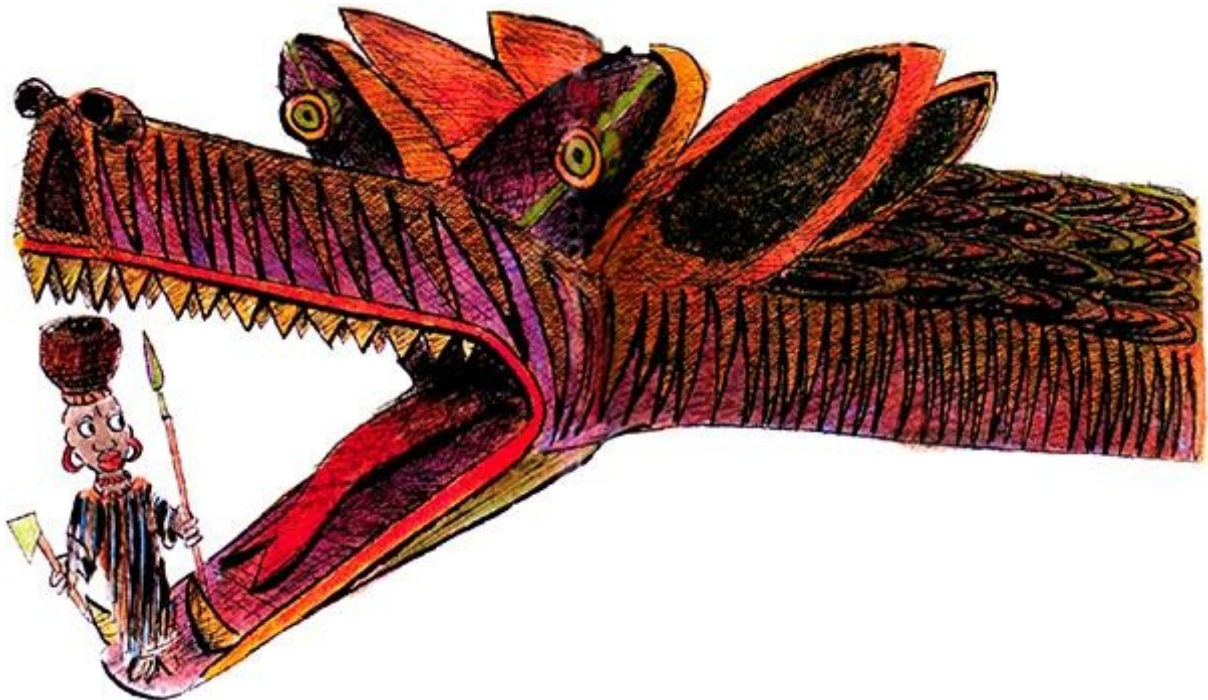
Lyenga trepó a la rodilla del dragón, pero no soltó la cesta llena de comida, ni la lanza, ni el hacha.

—¡Allí donde debo ir! —gritó con todas sus fuerzas.

—Sigo sin oír —dijo el dragón—. Trepa aquí, a mi labio inferior, y suelta tus bártulos.

Lyenga no soltó los bártulos, pero trepó al labio inferior de una de las cabezas del dragón y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Allí donde debo ir!



En ese instante Yomandeno sacó bruscamente la lengua y se tragó a Lyenga, la lanza, el cesto y todo lo demás. En el estómago del dragón, Lyenga encontró a sus hijos y se apresuró a darles de comer. Cuando miró a su alrededor, vio que un gran número de personas, blancas y negras, habían sufrido la misma suerte. Entonces Lyenga cogió la lanza y la clavó en una de las paredes del estómago del dragón.

Poco después, a Yomandeno le sorprendió tener dolor de estómago. «¿Qué ha podido pasar? —se preguntó—. He comido a muchas personas y nunca me ha dolido, pero después de haber comido a esa mujer tengo dolores atroces».

Arrastrándose hasta su guarida, se acostó, y poco después murió.

Entonces Lyenga cogió el hacha, hizo un agujero en el estómago del dragón y salieron al aire libre ella, sus hijos y todos los que estaban allí, los negros y los blancos. Dieron las gracias a Lyenga por haberles liberado. Los blancos le construyeron una enorme casa y los negros le araron un gran campo.

Lyenga se instaló en la casa con sus hijos y también con Luma, el huérfano. A partir de entonces fue muy buena con él, porque había aprendido a conocer la miseria humana.

Los demás se fueron: los blancos, hacia el mar, y los negros, hacia el bosque.

Marama y el río de los cocodrilos

MARAMA era una niña pequeña cuando sus padres murieron. El jefe confió su custodia a una de las mujeres de la aldea. Pero era una mujer malvada, pegaba a la niña, no le daba de comer y sólo pensaba en librarse de ella. Un día dio a Marama un pesado mazo, como esos que sirven para machacar el arroz, y le dijo:

—Vete al río de los cocodrilos Bama-Ba y lava ese mazo para que pueda utilizarlo para triturar el arroz.

Marama estalló en sollozos porque el río estaba muy lejos, era muy profundo y rápido y estaba lleno de serpientes y cocodrilos. A la gente le daba miedo ir allí y sólo las gacelas y los leones iban a beber.

Pero Marama tenía tal terror a su malvada madrastra que cogió el mazo y se fue.

En el camino del bosque encontró a un león. Agitó su melena y rugió con voz terrorífica:

—¿Cuál es tu nombre y adónde vas?

Marama tenía un miedo terrible, pero cantó con dulce voz:

*Marama es mi nombre
y no tengo madre...
Voy al río
a lavar este mazo.
Al río de los cocodrilos
mi madrastra me ha enviado.
Allí sólo van las gacelas
y los leones a beber.
Y duermen las serpientes
y los cocodrilos.*

—¡Ve, pues, Marama, niña sin madre! —dijo el león—. Ve y no tengas miedo. Yo velaré para que no te molesten las gacelas y los leones cuando vayan a beber.

Marama prosiguió su camino, y cuando llegó al río, un horrible y viejo cocodrilo surgió ante ella, abrió su enorme boca y sus grandes ojos rojos parecían salirse de la cabeza.

—¿Cuál es tu nombre y adónde vas? —preguntó.

Marama tenía un miedo terrible, pero cantó con dulce voz:

*Marama es mi nombre
y no tengo madre...
Voy al río
a lavar este mazo.
Al río de los cocodrilos
mi madrastra me ha enviado.
Allí sólo van las gacelas
y los leones a beber.
Y duermen las serpientes
y los cocodrilos.*

—¡Ve, pues, Marama, niña sin madre! —dijo el cocodrilo—. Lava el mazo y no te asustes. Yo velaré para que no te molesten las serpientes y los cocodrilos que viven en el río.

Marama se arrodilló a la orilla del río y empezó a lavar el mazo, pero, como pesaba mucho, se le resbaló de las manos y desapareció en el agua. Marama se puso a llorar porque no podía volver a casa sin el mazo. De repente surgió del agua un cocodrilo que le dio un mazo nuevo, completamente limpio y blanco e incrustado de oro y plata.

—Lleva este mazo a tu casa, Marama, niña sin madre, y enséñaselo a todos para que el mundo sepa que el poderoso Subara, rey del río de los Cocodrilos, es tu amigo.

Marama le dio las gracias y volvió a su casa. Por el camino encontró de nuevo al león.

—Déjame el mazo, Marama, niña sin madre —dijo—. Pesa demasiado para ti. Te lo llevaré hasta tu casa, así todo el mundo sabrá que el poderoso Subara, rey del río de los Cocodrilos, es tu amigo.

Cuando Marama llegó a casa, su madrastra admiró mucho el mazo y le preguntó dónde lo había encontrado. Marama solamente le dijo que lo había encontrado en el río de los Cocodrilos. Entonces la madrastra cogió otro viejo mazo para triturar arroz y fue corriendo al río para poder, también ella, encontrar uno nuevo, blanco e incrustado de oro y plata.

Por el camino a través del bosque, encontró un león. Agitó su melena y rugió con terrorífica voz:

—¿Quién eres y adónde vas?

La perversa mujer se asustó tanto que no pudo decir ni una palabra y puso pies en polvorosa. El león la siguió con la mirada hasta que hubo desaparecido entre los árboles, y simplemente se encogió de hombros.

Al llegar al río, un horrible y viejo cocodrilo le interceptó el paso, abrió su enorme boca y sus grandes ojos rojos parecían salirse de la cabeza.



—¿Cuál es tu nombre y adónde vas? —preguntó.

La malvada mujer se asustó tanto que no pudo decir ni una palabra y huyó por la orilla del río. No llegó muy lejos. Los leones y las gacelas que iban a beber la rodearon, así como las serpientes y los cocodrilos que vivían en el río, y cantaron todos a coro:

*Marama, la niña sin madre,
puede venir a lavar
porque el poderoso Subara,
rey del río,
es su amigo.
Pero para ti, pérfida mujer,
¡el río de los Cocodrilos
significa la muerte!
Y así fue.*

La muchacha serpiente

HABÍA una vez un jefe que tenía dos esposas.

La primera tenía una hija, Khoalakhubeda; la otra no tenía hijos.

Cuando la segunda esposa se quedó embarazada, se fue a casa de sus padres porque temía que la primera esposa hiciera daño al recién nacido. Trajo al mundo una maravillosa niña a la que llamó Polo. Polo es el nombre de una serpiente de agua y la niña siempre estaba vestida con la piel de una serpiente. Todo el mundo pensaba que había nacido con ella.

Polo se convirtió muy pronto en una bella muchacha y en esa época el jefe recibió la visita de Masilo, el hijo del jefe vecino, que le dijo:

—Deseo casarme y busco una mujer.

El jefe ordenó a todas las muchachas de la aldea que se presentaran para que Masilo pudiera elegir. Al oír la noticia, la madre de Polo fue corriendo a casa de sus padres para buscar a su hija, trayendo con ella a otras muchachas jóvenes.

Al día siguiente todas se prepararon para ir a ver a Masilo. Khoalakhubeda, sin embargo, se negó a ir con Polo, diciendo:

—No iré con una serpiente.

Y fue delante con las muchachas de su aldea, y tras ellas iba Polo con las muchachas de la suya. Al llegar a la aldea de Masilo, fueron todas a bañarse al río: Khoalakhubeda y sus compañeras, a una de las orillas; Polo y sus amigas, a la otra. Cuando Polo se quitó su horrible piel de serpiente, vieron lo hermosa que era, incluido Masilo, que estaba en una colina que dominaba el río y observaba el baño de las jóvenes.

«¡Qué muchacha tan maravillosa, pero qué fea está cuando se pone esa negra piel de serpiente!», se dijo cuando la vio.

Después de bañarse, las muchachas se vistieron y fueron a casa de Masilo, que las recibió con estas palabras:

—Sed bienvenidas, bellas muchachas. Sentaos aquí, delante de nuestra choza.

Las jóvenes se sentaron, Khoalakhubeda en un lado y Polo en el otro. Masilo se dirigió a Khoalakhubeda y dijo:

—Dame un poco, Khoalakhubeda.

Ella le ofreció su tabaco y Masilo cogió una pizca. Luego, dirigiéndose a Polo, dijo:

—Dame un poco, Polo.

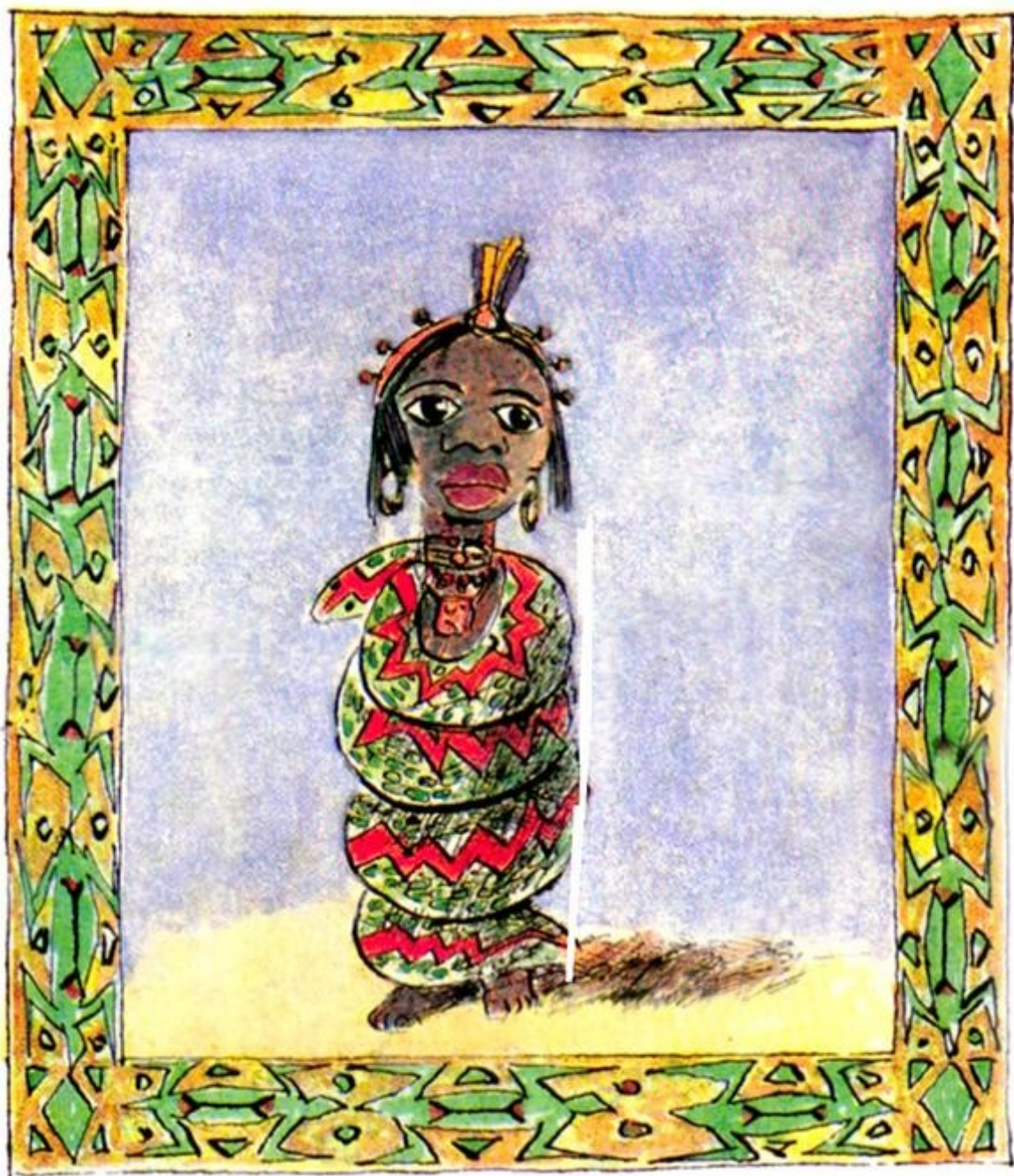
Polo también le ofreció su tabaco y Masilo cogió una pizca. En ese instante, Khoalakhubeda y sus amigas empezaron a reír y gritaron:

—¡Aspira tabaco de serpiente! ¡Aspira tabaco de serpiente!

Luego Masilo entró en la choza y dijo a su madre:

—Lleva una escudilla de gachas de avena a Khoalakhubeda y sus compañeras, y otra más grande a Polo.

La madre de Masilo le obedeció, tras lo cual éste se acercó a Khoalakhubeda, cogió un poco de sus gachas con las manos y las comió. Pero cuando le tocó el turno a Polo, las cogió con una cuchara de hierro.



—¡Come gachas de serpiente! ¡Come gachas de serpiente! —gritaron Khoalakhubeda y sus amigas.

Luego Masilo llamó a sus sirvientes y les dijo:

—Matad un cordero y dádselo a Khoalakhubeda, y matad un carnero grande, el mejor del rebaño, y dádselo a Polo.

Los sirvientes le obedecieron y Khoalakhubeda gritó furiosa:

—¡Mirad qué carnero tan grande le ha dado a la serpiente!

Durante ese tiempo se había puesto el sol y Masilo dijo:

—Khoalakhubeda y sus amigas dormirán en la choza de mi madre; Polo y sus compañeras, en la mía.

Las muchachas se levantaron y se dirigieron a sus chozas respectivas. Masilo entró primero en la choza de su madre y charló un poco con Khoalakhubeda. Luego entró en la suya y dijo a las muchachas:

—Quitad a Polo la horrible piel de serpiente.

—No podemos hacer eso —gritaron—. Es su propia piel. Nació así.

—Oh, eso no es verdad —sonrió Masilo—. La vi cuando se bañaba.

Al conocer que su secreto había sido descubierto, Polo se arrancó la piel de serpiente y Masilo la tiró al fuego. Luego se sentaron y charlaron alegremente toda la noche. Por la mañana, Masilo fue a ver a su madre.

—Extiende esteras por el suelo entre tu choza y la mía.

Luego encargó a los sirvientes que mataran vacas, bueyes, corderos y carneros y que prepararan un gran festín para los habitantes de la aldea.

Mientras tanto, su madre extendió las esteras como le había ordenado, y Masilo pidió a los jóvenes guerreros del pueblo que se colocaran a ambos lados del sendero, con los escudos adornados con plumas por encima de sus cabezas, para proteger a Polo de los rayos del sol.

Cuando todo estuvo dispuesto, llamó:

—¡Polo, sal!

Polo salió al umbral de la puerta, y en ese momento el sol se ensombreció. Los habitantes de la aldea echaron rápidamente un collar de cobre en el suelo y el sol resplandeció de nuevo. Luego Polo caminó, a la sombra de los escudos sujetos en alto por los guerreros, hacia la choza de la madre de Masilo, y todos gritaron:

—¡Venid a ver a la prometida de Masilo! ¡Veréis lo bella que es!

Ante este espectáculo, Khoalakhubeda se quedó lívida de ira, porque no sabía que la piel de serpiente no era sino un traje, ni que Polo fuera tan bella. Después celebraron una gran fiesta y todos bebieron hasta la primeras claridades del alba.

Por la mañana, Masilo eligió el mejor ganado de su rebaño para pagar a su prometida y se fue, con Polo y sus compañeras, a saludar respetuosamente al jefe. Durante todo el camino, los guerreros llevaron los escudos sobre la cabeza de Polo para protegerla del sol.

Cuando por fin llegaron a la aldea, la madre de Polo, al no ver nada que se pareciera a una muchacha con piel de serpiente en el grupo, estalló en sollozos y gritó:

—Oh, mi pobre serpiente, ¿qué te ha ocurrido?

Pero sus lágrimas se secaron deprisa y pronto se alegró cuando supo que Masilo había elegido a Polo por esposa. El jefe también se alegró cuando descubrió que la prometida de Masilo era su hija, porque ni él ni nadie en la aldea sabían que tenía otra hija además de Khoalakhubeda. Se celebró una gran boda con un festín y la fiesta duró toda la noche, hasta el amanecer.

Al día siguiente, Masilo volvió a su casa con Polo y se llevó a Khoalakhubeda para que Polo tuviera una compañera.

De cómo la vida se fue por el mundo

UN día la Vida se fue por el mundo. Caminó, caminó y caminó hasta que encontró un hombre con el cuerpo tan hinchado que apenas podía moverse.

—¿Quién eres? —preguntó el hombre.

—Soy la Vida.

—Si eres la Vida, quizá puedas devolverme la salud...

—Te devolveré la salud —dijo la Vida—, pero sé que me olvidarás tan completamente como a tu enfermedad.

—¿Cómo podría olvidar? —exclamó el hombre.

—Bueno. Volveré dentro de siete años y ya veremos —dijo la Vida.

Luego echó un poco de polvo del camino en la cabeza del hombre y le curó.

La Vida prosiguió su camino y encontró a un leproso.

—¿Quién eres? —preguntó el hombre.

—Soy la Vida.

—¿La Vida? —se extrañó el hombre—. ¡Entonces puedes devolverme la salud!

—Sí, puedo —dijo la Vida—. Pero sé que, si lo hago, me olvidarás tan completamente como a tu enfermedad.

—¡No, no lo olvidaré! —prometió el leproso.

—Volveré dentro de siete años y ya veremos —dijo la Vida.

Luego echó polvo del camino en la cabeza del hombre y el leproso quedó curado.

La Vida prosiguió su camino y encontró a un ciego.

—¿Quién eres? —preguntó el ciego.

—Soy la Vida.

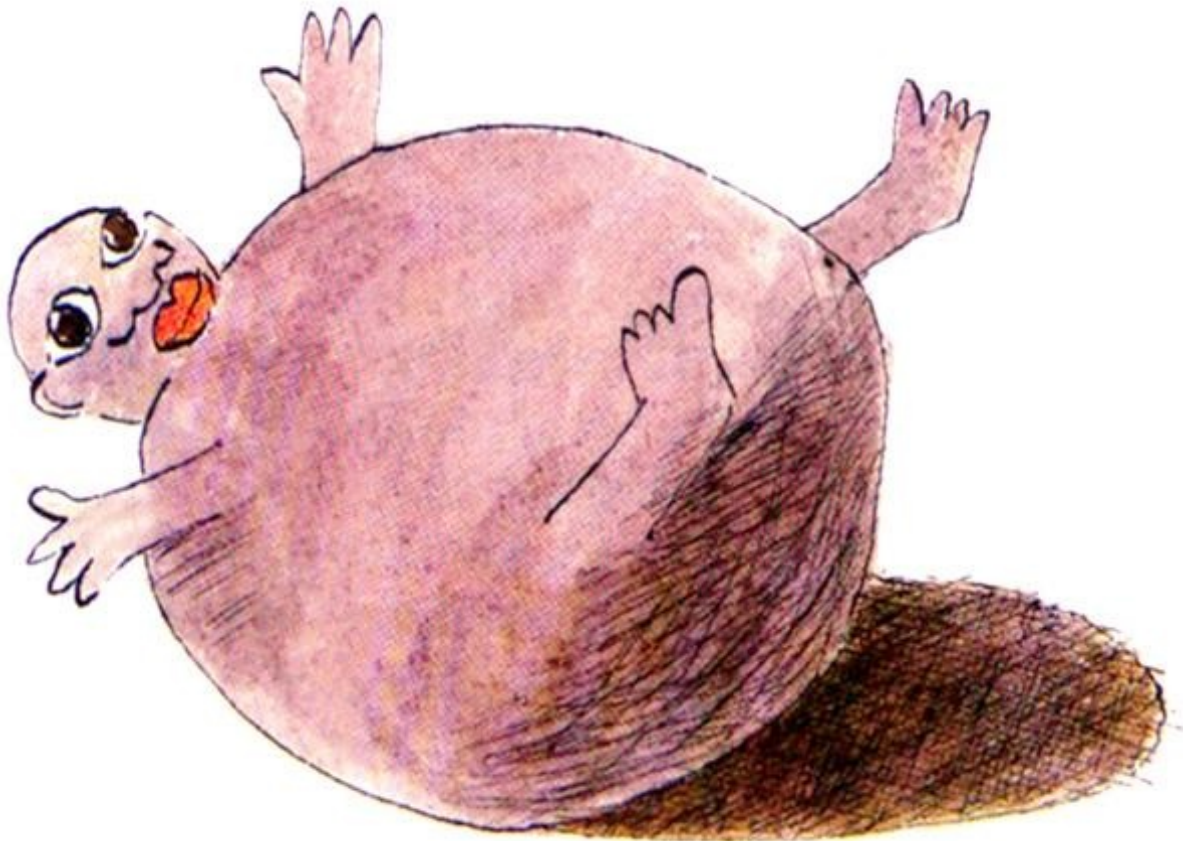
—¡Ah! ¡La Vida! —exclamó el hombre—. Te lo suplico, devuélveme la vista.

—Te devolveré la vista, pero sé que me olvidarás tan completamente como a tu ceguera —dijo la Vida.

—Jamás lo olvidaré y te estaré agradecido hasta el fin de mis días — prometió el ciego.

—Muy bien. Volveré dentro de siete años y ya veremos —dijo la Vida. Luego echó polvo del camino en la cabeza del hombre y éste pudo ver.

Pasaron siete años y la Vida se fue otra vez por el mundo. Se hizo pasar por ciego y se dirigió al hombre al que había devuelto la vista.



—¿Puedo pasar la noche contigo? —preguntó.

—¡No! —gritó el hombre—. Sigue tu camino. No quiero saber nada de enfermos como tú.

—¡Lo predije! —exclamó la Vida—. Hace siete años eras ciego y te devolví la vista. En esa época me dijiste que no me olvidarías jamás ni tampoco tu ceguera.

Luego cogió polvo del camino, lo echó en las huellas de los pasos del miserable ingrato y el hombre quedó ciego de nuevo.

La Vida prosiguió su ruta y fue a ver al leproso que había curado siete años antes. Se transformó en leproso, se acercó a él y le preguntó si podía pasar la noche bajo su techo.



—Sigue tu camino —gritó el hombre—, ¡o me contagiarás!

—Lo predije —dijo la Vida—. Hace siete años te curé y me prometiste no olvidarlo jamás.

Cogió polvo del camino y lo echó en las huellas de los pasos del hombre, que volvió a ser leproso.

La Vida prosiguió su camino, infló su cuerpo hasta el punto de no poder ni moverse y fue al encuentro del último de los tres hombres que había curado siete años antes.

—¿Puedo pasar la noche aquí? —preguntó.

—Naturalmente —dijo el hombre—. Entra, entra. Siéntate y te daré de comer. Sé lo mal que debes sentirte porque yo también estuve así. Pero hace siete años, la Vida pasó por aquí y me curó. Me dijo que volvería siete años más tarde. ¿Por qué no la esperas aquí? Quizá te devuelva la salud...

—Yo soy la Vida y tú eres el único que he curado y que todavía se acuerda de mí y de su enfermedad. Por ello estarás curado para siempre.

Luego añadió:

—La Vida es un perpetuo cambio. La buena suerte se transforma de repente en mala suerte, la pobreza en prosperidad, el amor en odio. ¡Pobre del que lo olvida y no actúa en consecuencia!